

A DOS
METROS
DE TI

Rachael Lippincott
con Mikki Daughtry y Tobias Iaconis

D.J.57



SINOPSIS

Necesitamos estar cerca de las personas que queremos casi tanto como el aire que respiramos.

A Stella Grant le gusta tener el control, a pesar de no poder controlar sus propios pulmones, que la han tenido en el hospital la mayor parte de su vida. Por encima de todo, Stella necesita controlar su espacio para mantenerse alejada de cualquier persona o cosa que pueda transmitirle una infección y poner en peligro su trasplante de pulmón. Dos metros y medio de distancia. Sin excepciones.

Lo único que Will Newman quiere controlar es cómo salir de este hospital. No le importan sus tratamientos, o si hay una nueva medicación en ensayo clínico. Pronto cumplirá dieciocho años y podrá desconectar todas estas máquinas. Desea ir a ver el mundo, no solo sus hospitales.

Will y Stella no pueden acercarse. Solo con que respiren cerca, Will podría provocar que Stella perdiera su puesto en la lista de trasplantes. La única forma de mantenerse con vida es mantenerse alejados.

¿Puedes amar a alguien que no puedes tocar?



A DOS
METROS

Rachael Lippincott, Mikki Daughtry

Rachael Lippincott
Mikki Daughtry
Tobias Iaconis

A dos metros de ti



Título original: *Five Feet Apart*

Rachael Lippincott, 2018

Traducción: Clau, 2019

Revisión: 1.0

Fecha



CAPÍTULO I

Stella

Trazo el contorno del dibujo de mi hermana, unos pulmones moldeados de un mar de flores. Los pétalos brotan de todos los bordes de los óvalos gemelos en tonos rosados, blancos profundos, incluso azules cálidos, pero de alguna manera cada uno tiene una singularidad, una vibración que se siente como si florecieran para siempre. Algunas de las flores no han florecido todavía, y puedo sentir la promesa de la vida esperando a que se desplieguen desde los pequeños brotes bajo el peso de mi dedo. Esos son mis favoritos.

Me pregunto, con demasiada frecuencia, cómo sería tener pulmones así de sanos. Así de vivos. Respiro profundamente, sintiendo que el aire se abre camino dentro y fuera de mi cuerpo.

Deslizándose del último pétalo de la última flor, mi mano se hunde, arrastrando los dedos a través del fondo de estrellas, cada uno de los puntos de luz que Abby dibujó por separado con la intención de captar el infinito. Me aclaro la garganta, apartando mi mano y me inclino para tomar una foto de la cama. Sonrisas idénticas se asoman por debajo de gruesas bufandas de lana, las luces navideñas del parque en la calle brillan sobre nuestras cabezas igual que las estrellas en su dibujo.

Había algo mágico en ello. El suave resplandor de las farolas en el parque, la blanca nieve que se aferraba a las ramas de los árboles, la quietud tranquila de todo eso. El año pasado casi nos congelamos por tomar esa foto, pero era nuestra tradición. Abby y yo, desafiando el frío para ir a ver juntas las luces navideñas.

Esta foto siempre me hace recordar esa sensación. La sensación de ir en una aventura con mi hermana, solo nosotras dos, con el mundo expandiéndose como un libro abierto.

Tomo una chincheta y cuelgo la foto al lado del dibujo antes de sentarme en mi cama y tomar mi cuaderno de bolsillo y un lápiz de la mesa de noche. Mis ojos recorren la larga

lista de tareas que me preparé esta mañana, comenzando con «#1: Lista de tareas planificadas», que ya he tachado satisfactoriamente, y que va hasta «# 22: Contemplar la vida en el más allá».

El número 22 probablemente fue un poco ambicioso para un viernes por la tarde, pero al menos por ahora puedo tachar el número 17, «Decorar paredes». Miro alrededor de la habitación anteriormente austera en la que he pasado la mayor parte de la mañana haciendo mía. Una vez más, las paredes ahora están llenas con el arte que Abby me ha dado a través de los años, fragmentos de color y vida saltando de las paredes blanco clínica, cada una producto de un viaje diferente al hospital.

Yo con un goteo intravenoso en mi brazo, la bolsa llena de mariposas de diferentes formas, colores y tamaños. Yo usando una cánula nasal, el cable torciéndose para formar un signo de infinito. Yo con mi nebulizador, el vapor saliendo de él formando un halo turbio. Luego está la más delicada, un tornado de estrellas descoloridas que dibujó por mi primera vez aquí.

No es tan pulido como su material posterior, pero de alguna manera eso me gusta más.

Y justo debajo de todo esa vibra... mi montón de equipo médico, acomodado justo al lado de una horrible silla de imitación de cuero verde que viene de serie en todas las habitaciones aquí en Saint Grace. Observo con cautela el atril vacío de la IV, sabiendo que mi primera de muchas rondas de antibióticos durante el próximo mes está a una hora y nueve minutos. Suerte la mía.

—*¡Aquí está!* —Llama una voz desde afuera de mi habitación. Levanto la mirada mientras la puerta se abre lentamente y aparecen dos caras familiares en la pequeña grieta de la puerta. Camila y Mya me han visitado aquí un millón de veces en la última década, y todavía no pueden llegar desde el vestíbulo a mi habitación sin preguntarle a cada persona en el edificio cómo llegar.

—Habitación equivocada —les digo, sonriendo mientras una mirada de alivio puro pasa sobre ellas.

Mya se ríe, empujando la puerta para abrirla por completo.

—Honestamente podría haberlo sido. Este lugar sigue siendo un laberinto de mierda.

—¿Están emocionadas? —digo, saltando para abrazarlas a ambas.

Camila se aleja para mirarme, haciendo pucheros, su cabello de color marrón oscuro prácticamente caído junto con ella.

—Segundo viaje consecutivo sin ti.

Es verdad. Esta no es la primera vez que mi fibrosis quística me saca de la carrera para un viaje de la clase o unas vacaciones soleadas o un evento escolar. Alrededor del 70 por ciento de las veces, las cosas son bastante normales para mí. Voy a la escuela, salgo con Camila y Mya, trabajo en mi aplicación. Lo hago todo con pulmones de bajo funcionamiento. Pero el 30 por ciento restante de mi tiempo, la FQ controla mi vida. Es

decir, cuando necesito volver al hospital para un ajuste, me pierdo cosas como una excursión de la clase al museo de arte o en este caso, nuestro viaje de graduación a Cabo.

Resulta que este ajuste en particular se centra en el hecho de que necesito que me bombeen antibióticos para finalmente deshacerme de un dolor de garganta y una fiebre que no desaparece.

Eso, y que mi función pulmonar está cayendo.

Mya se hunde en mi cama, suspirando dramáticamente mientras se recuesta.

—Son solo dos semanas. ¿Estás segura de que no puedes venir? ¡Es nuestro viaje de graduación, Stella!

—Estoy segura —digo firmemente, y saben que lo digo en serio. Hemos sido mejores amigas desde la secundaria, y ya saben que cuando se trata de planes, mi FQ tiene la última palabra.

No es como si no quisiera ir. Es, literalmente, una cuestión de vida o muerte. No puedo irme a Cabo, o a ninguna parte, y arriesgarme a no volver. No puedo hacerle eso a mis padres. No ahora.

—¡Aunque eras la jefa del comité de planificación este año! ¿No puedes conseguir que muevan tus tratamientos? No queremos que te quedes atrapada aquí —dice Camila, señalando a la habitación del hospital tan cuidadosamente decorada.

Sacudo la cabeza.

—¡Todavía pasaremos juntas las vacaciones de primavera juntas! ¡Y no me he perdido un «Fin de semana de mejores amigas» en el descanso de primavera desde el octavo grado, cuando tuve ese resfrío! —digo, sonriendo con esperanza y mirando de acá para allá entre Camila y Mya. Sin embargo, ninguna de las dos me devuelve la sonrisa, y ambas optan por seguir luciendo como si hubiese matado a las mascotas de sus familias.

Me doy cuenta de que ambas sostienen las bolsas de los trajes de baño que les dije que trajeran, así que agarro a Camila de la mano en un intento desesperado de cambiar de tema.

—Ooh, ¡opciones de traje! ¡Tenemos que elegir los mejores! —Ya que no voy a broncearme bajo el cálido sol de Cabo en un traje de baño de mi elección, me imagino que al menos puedo vivir un poco indirectamente a través de mis amigas al elegir los suyos con ellas.

Esto las anima a los dos. Con mucho gusto tiramos sus bolsas en mi cama, creando una mezcla de flores, lunares y fluorescentes.

Reviso la pila de trajes de baño de Camila, agarrando uno rojo que cae en algún lugar entre la parte inferior de un bikini y una pequeña pieza de tela, el cual sé sin lugar a dudas es hecho por su hermana mayor, Megan.

Se lo arrojo.

—Este. Es muy tú.

Sus ojos se abren, y lo sostiene contra su cintura, arreglando sus gafas de marco de alambre con sorpresa.

—Quiero decir, las líneas de bronceado serían bastante grandes...

—Camila —le digo, agarrando un bikini a rayas blancas y azules que puedo decir que le quedará como un guante—. Estoy bromeando. Este es perfecto.

Parece aliviada, agarrando el bikini de mí. Dirijo mi atención a la pila de Mya, pero está ocupada enviando mensajes de texto desde la silla de verde en la esquina, con una gran sonrisa en su rostro.

Busco uno de una sola pieza que ha usado desde que estaba en clases de natación en sexto grado, sosteniéndolo con una sonrisa.

—¿Qué te parece este, Mya?

—¡Me encanta! ¡Se ve genial! —dice, escribiendo furiosamente.

Camila resopla, metiendo sus trajes en la bolsa y sonriéndome.

—Masón y Brooke terminaron —dice como explicación.

—Oh Dios mío. ¡No lo hicieron! —digo. Esto es noticia. Una *asombrosa* noticia.

Bueno, no para Brooke. Pero Mya ha estado enamorada de Masón desde la clase de inglés de la Sra. Wilson en segundo año, por lo que este viaje es su oportunidad de finalmente hacer un movimiento.

Me molesta que no estaré allí para ayudarla a hacer un plan asesino de diez pasos para el «Tórrido romance en Cabo con Masón».

Mya guarda su teléfono y se encoge de hombros casualmente, de pie y fingiendo mirar algunas de las obras de arte en las paredes.

—No es gran cosa. Nos reuniremos con él y Taylor en el aeropuerto mañana por la mañana.

La miro y ella estalla en una gran sonrisa.

—Está bien, ¡si es como gran cosa!

Todas chillamos de emoción, y sostengo una adorable pieza de lunares que es súper *vintage*, y justo para ella. Ella asiente, agarrándolo y sosteniéndolo contra su cuerpo.

—Esperaba que eligieras este.

Miro hacia Camila que está mirando nerviosamente su reloj, lo cual no es una sorpresa. Ella es una campeona dejando todo para última hora y probablemente no haya empacado nada para Cabo todavía.

Excepto el bikini, por supuesto.

Se da cuenta que la veo mirando su reloj y sonrío tímidamente.

—Todavía necesito comprar una toalla de playa para mañana.

Clásico de Camila.

Me pongo de pie, mi corazón se hunde en mi pecho ante la idea de que se vayan, pero no quiero retenerlas.

—¡Entonces, tienen que irse! Su avión sale, como, al amanecer mañana.

Mya mira alrededor de la habitación con tristeza mientras Camila retuerce su bolsa de trajes de baño abatida alrededor de su mano. Las dos están haciendo esto aún más difícil de lo que pensé. Me trago la culpa y la molestia que viene burbujeando. No es como si se fueran a perder su viaje de graduación a Cabo. Al menos estarán juntas.

Les doy a ambas una gran sonrisa, prácticamente empujándolas hacia la puerta conmigo. Mis mejillas duelen por toda esta falsa positividad, pero no quiero arruinarlo para ellas.

—Te enviaremos un montón de fotos, ¿de acuerdo? —dice Camila, dándome un abrazo.

—¡Más te vale! Photoshopéame en algunas —le digo a Mya, que es una maga en Adobe—. ¡Ni siquiera sabrás que no estuve allí!

Se detienen en la puerta, y les doy un exagerado movimiento de ojos, empujándolas juguetonamente hacia el pasillo.

—Fuera de aquí. Tengan un gran viaje.

—¡Te queremos, Stella! —gritan mientras caminan por el pasillo. Las veo irse, saludando con la mano hasta que los rizos rebotando de Mya están completamente fuera de la vista, de repente no quieren nada más que salir con ellos, ir a empacar en lugar de desempacar.

Mi sonrisa se desvanece cuando cierro la puerta y veo la vieja foto de familia fijada con cuidado en la parte posterior de la puerta.

Fue tomada hace algunos veranos en el porche delantero de nuestra casa durante una barbacoa del 4 de julio. Abby, mamá, papá y yo, con sonrisas tontas en nuestras caras mientras la cámara captura el momento.

Siento una sensación de nostalgia al escuchar el sonido de la madera desgastada y desvencijada de ese escalón delantero, crujiendo debajo de nosotros cuando nos reíamos y nos acercábamos para tomar la foto. Extraño ese sentimiento. Todos juntos, felices y sanos. En la mayor parte.

Esto no está ayudando. Suspirando, me alejo, mirando hacia el carrito de la medicina.

Con toda honestidad, me gusta aquí. Ha sido mi hogar lejos de casa desde que tenía seis años, por lo que generalmente no me importa venir. Recibo mis tratamientos, tomo mi

medicina, bebo mi peso corporal en batidos, puedo ver a Barb y Julie, me voy hasta mi próximo ataque. Tan simple como eso. Pero esta vez me siento ansiosa, incluso inquieta. Porque en lugar de querer estar saludable, *necesito* estar saludable. Por el bien de mis padres.

Porque se han ido y han arruinado todo al divorciarse. Y después de perderse el uno al otro, no podrán manejar perderme a mí también. Lo sé.

Si puedo mejorar, tal vez...

Un paso a la vez. Me dirijo a la pared de oxígeno, verificando que el medidor de flujo esté correctamente configurado, y escucho el constante silbido del oxígeno que sale de él antes de tirar el tubo alrededor de mis orejas y deslizar las puntas de la cánula en mi nariz. Suspirando, me hundo en el colchón de hospital cuya incomodidad me es familiar, y respiro hondo.

Busco mi cuaderno de bolsillo para leer lo siguiente en mi lista de tareas pendientes y mantenerme preocupada: «# 18: Grabar un video».

Agarro mi lápiz y lo muerdo pensativamente mientras miro las palabras que escribí antes. Curiosamente, contemplar la vida futura parece más fácil ahora.

Pero la lista es la lista, así que, exhalando, me acerco a mi mesita de noche para tomar mi computadora portátil, sentada con las piernas cruzadas en el nuevo edredón floral que escogí ayer en Target, mientras que Camila y Mya estaban comprando ropa para Cabo. Ni siquiera necesitaba el edredón, pero estaban tan entusiasmadas de ayudarme a elegir algo para mi viaje al hospital, que me sentí mal por no tomarlo. Al menos ahora coincide con mis paredes, brillante, vibrante y colorido.

Golpeo mis dedos ansiosamente en el teclado y entrecierro los ojos en mi reflejo en la pantalla mientras mi computadora se inicia. Frunzo el ceño ante la masa de largo cabello castaño e intento alisarlo, pasando mis dedos a través de él una y otra vez. Frustrada, me retiro el cabello de la muñeca y recurro a un moño desordenado en un intento de parecer medio decente para este video. Tomo mi copia de *Codificación Java para teléfonos Android* de mi mesita de noche y coloco mi computadora portátil encima, así que no muestro nada serio debajo de la barbilla y puedo tener una foto que sea remotamente halagadora.

Al iniciar sesión en mi cuenta de YouTube Live, ajusto la cámara web, asegurándome de que puedan ver el dibujo pulmonar de Abby directamente detrás de mí.

Es el telón de fondo perfecto.

Cierro los ojos y respiro hondo, escuchando la respiración sibilante de mis pulmones tratando desesperadamente de llenarme de aire a través del mar de mucosidad. Exhalando lentamente, asumo una gran sonrisa típica de tarjetas Hallmark en mi cara antes de abrir mis ojos y presionar la tecla entrar para ir en vivo.

—Hola chicos. ¿Están teniendo un buen viernes negro? ¡Esperé por la nieve que nunca

llegó!

Miro hacia la esquina de mi pantalla cuando giro la cámara hacia la ventana del hospital, el cielo es de un gris turbio, los árboles del otro lado del cristal están completamente estériles. Sonríó mientras el conteo de mi transmisión en vivo supera el 1K, una fracción de los 23,940 suscriptores de YouTube que sintonizan para ver cómo va mi batalla contra la fibrosis quística.

—Entonces, podría estar preparándome para tomar un avión a Cabo para el viaje de graduación de mi escuela, pero en lugar de eso, pasaré estas vacaciones en mi hogar lejos de casa, gracias a un dolor de garganta leve.

Además de una fiebre furiosa. Recuerdo que cuando me tomaron la temperatura al ingresar esta mañana, los números parpadeantes en el termómetro sonaban en unos fuertes 39° centígrados. Sin embargo, no quiero mencionarlo en el video, porque mis padres definitivamente lo verán más tarde.

Por lo que ellos saben, tengo un molesto resfriado.

—¿Quién necesita dos semanas enteras de sol, cielos azules y playas cuando puedes tener un mes de lujo justo en tu propio patio?

Recito las comodidades, contándolas con mis dedos.

—Veamos. Tengo un conserje de tiempo completo, budín de chocolate ilimitado y servicio de lavandería. ¡Ah, y Barb convenció a la Dra. Hamid para que me permitiera conservar todos mis medicamentos y tratamientos en mi habitación esta vez! ¡Échenle un vistazo!

Giro la cámara web a la pila de equipos médicos y luego al carrito de medicamentos que tengo al lado, que ya he organizado perfectamente en orden alfabético y cronológico según el tiempo de dosificación programado que conecté en la aplicación que hice. ¡Finalmente está lista para una prueba!

Ese era el número 14 en la lista de tareas pendientes de hoy, y estoy muy orgullosa de cómo resultó.

Mi computadora suena cuando los comentarios comienzan a llegar. Veo que uno menciona el nombre de Barb con algunos emojis de corazón. Ella es una de las favoritas de la multitud tanto como mi favorita. Desde que llegué por primera vez al hospital hace más de diez años, ella ha sido la terapeuta respiratoria aquí, enviándome caramelos a mí y a los demás pacientes con FQ, como mi compañero en el crimen, Poe. Ella sostiene nuestra mano incluso a través de los dolores más dolorosos como si no fuera nada.

He estado haciendo videos de YouTube durante aproximadamente la mitad de ese tiempo para crear conciencia sobre la fibrosis quística. A través de los años, más personas de las que podría haber imaginado comenzaron a seguir mis cirugías, mis tratamientos y mis visitas a Saint Grace's, y me acompañaron a través de mi incómoda fase de frenillos y todo.

—Mi función pulmonar ha bajado al treinta y cinco por ciento —digo mientras vuelvo la cámara hacia mí—. La Dra. Hamid dice que estoy subiendo constantemente a la cima de la lista de trasplantes ahora, por lo que estaré aquí por un mes, tomando antibióticos y apegándome a mi régimen... —Mis ojos viajan al dibujo detrás de mí, los pulmones sanos se ciernen sobre mi cabeza, fuera de mi alcance.

Sacudo la cabeza y sonrío, inclinándome para agarrar una botella del carrito de la medicina.

—Eso significa tomar mis medicamentos a tiempo, usar mi AffloVest para disolver esa mucosidad y —levanto la botella—, una gran cantidad de nutrición líquida a través de mi sonda gástrica todas las noches. Si alguna de las damas allí afuera deseaba poder comer cinco mil calorías al día y aún tener un cuerpo de playa listo para Cabo, estoy dispuesta a un intercambio.

Mi computadora se vuelve loca de pitidos, los mensajes llegan uno tras otro. Leyendo unos pocos, dejo que la positividad elimine toda la negatividad que sentí al entrar en esto.

¡AGUANTA AHÍ, STELLA! TE AMAMOS.

¡CÁSATE CONMIGO!

—Pueden llegar nuevos pulmones en cualquier momento, ¡así que tengo que estar lista! —digo las palabras como si las creyera de todo corazón. Aunque después de todos estos años he aprendido a no hacerme demasiadas ilusiones.

¡DING! Otro mensaje.

TENGO FQ Y ME RECUERDAS QUE SIEMPRE SEA POSITIVO. XOXO.

Mi corazón se calienta, y le doy una gran sonrisa final a la cámara, a esa persona que lucha la misma pelea que yo. Esta vez es genuino.

—¡Muy bien, chicos, gracias por vernos! Tengo que revisar mis medicamentos de la tarde y la noche ahora. Ya saben lo obsesiva que soy. Espero que todos tengan una gran semana. ¡Adiós!

Termino el video en vivo y exhalo lentamente, cerrando el navegador para ver las caras sonrientes y listas para el invierno en el fondo de mi escritorio. Camila, Mya y yo, brazo a brazo, todas con el mismo lápiz labial rojo intenso que habíamos elegido juntas en Sephora. Camila había querido un rosa brillante, pero Mya nos había convencido de que el rojo era el color que NECESITÁBAMOS en nuestra vida. Todavía no estoy convencida de que eso sea cierto.

Recostada, recojo el panda desgastado que descansa sobre mis almohadas y envuelvo mis brazos alrededor de él. Parches, lo llamaba mi hermana Abby. Y que nombre tan apropiado le puso. Los años en que entré y salí del hospital conmigo ciertamente lo han afectado. Tiene parches multicolores cosidos en lugares donde se abrió, su relleno se

derramó cuando apreté demasiado fuerte durante el tratamiento más doloroso de mis tratamientos.

—¡Volví! ¡Entrega!

Cuando se trata de Barb, no ha cambiado mucho en los últimos seis meses, o en los últimos diez años; ella sigue siendo la mejor. El mismo cabello corto y rizado. Los mismos uniformes médicos de colores. La misma sonrisa que ilumina toda la habitación.

Pero luego, Julie, extremadamente embarazada, se arrastra detrás de ella, cargando un goteo intravenoso.

Ahora *ese* es un gran cambio en comparación con hace seis meses.

Trago mi sorpresa y le sonrío a Barb cuando coloca el pudín en el borde de mi cama para que yo lo coloque en mi carrito de medicamentos, luego saca una lista de verificación para corroborar que el carrito tenga todo lo que necesito.

—¿Qué haría yo sin ti? —pregunto.

Me guiña.

—Te morirías.

Alguien toca a mi puerta, y se abre en menos de un segundo más tarde cuando Barb entra con un montón de tazas de pudín para que tome mi medicamento con eso.

Julie cuelga la bolsa intravenosa de antibióticos a mi lado, su vientre rozando mi brazo. ¿Por qué no me dijo que está embarazada? Me pongo rígida, sonriendo levemente, mientras observo el golpe de su bebé y trato de alejarme sutilmente de él.

—¡Mucho ha cambiado en los últimos seis meses!

Se frota la barriga, los ojos azules brillan intensamente mientras me sonrío.

¿Quieres sentir su patada?

—No —le digo, un poco demasiado rápido. Me siento mal cuando se ve un poco sorprendida por mi franqueza, sus cejas rubias se arquean sorprendidas. Pero no quiero que ninguno de mis malos juju esté cerca de ese bebé perfecto y saludable.

Afortunadamente, sus ojos viajan al fondo de mi escritorio.

—¿Son esas tus fotos del baile formal de invierno? ¡Vi un montón en Insta! —dice emocionada—. ¿Cómo estuvo?

—¡Súper divertido! —digo con un montón de entusiasmo mientras la incomodidad desaparece. Abro una carpeta en mi escritorio llena de fotos—. Me la comí en la pista de baile por tres canciones completas. Viajé en una limusina. La comida no apestó. Además, llegué a las diez y media antes de cansarme, ¡lo cual fue mucho mejor de lo esperado! Quién necesita un toque de queda cuando tu cuerpo lo hace por ti, ¿verdad?

Le muestro a ella y a Barb algunas fotos que todos tomamos en la casa de Mya antes

del baile mientras ella me engancha al goteo intravenoso y examina mi presión arterial y la lectura de O2. Recuerdo que solía tener miedo de las agujas, pero con cada extracción de sangre y goteo intravenoso, ese miedo se fue alejando lentamente. Ahora ni siquiera me estremezco. Me hace sentir fuerte cada vez que me pinchan o me inyectan. Como que puedo superar cualquier cosa.

—De acuerdo —dice Barb cuando consiguen todos mis signos vitales y terminan de decir oooohhh y ahhhhh con mi brillante vestido plateado de corte A y mi ramillete de rosas blancas. Camila, Mya y yo decidimos intercambiar ramilletes cuando fuimos al baile formal. No quería tener una cita, no es que alguien me haya invitado de todos modos. Era muy posible que necesitara saltarme el baile o que no me sintiera bien a mitad del baile, lo cual no hubiera sido justo para cualquiera con quien pudiera haber ido. Ninguna de las dos quería que me sintiera excluida, así que, en lugar de tener citas propias, decidieron que iríamos juntas. Sin embargo, debido a los desarrollos de Masón, eso no parece muy probable para el baile de graduación.

Barb asiente al carrito de medicina lleno, apoyando una mano en su cadera.

—Todavía te vigilaré, pero estás bastante bien. —Levanta un frasco de pastillas—. Recuerda, debes tomarlo con comida —dice, devolviéndolo con cuidado y sosteniendo otro—. Y asegúrate de que no...

—Lo tengo, Barb —le digo. Ella solo está mostrando su lado materno habitual, pero levanta las manos en señal de rendición. En el fondo, ella sabe que estaré absolutamente bien.

Me despido con la mano mientras ambas se dirigen hacia la puerta, usando el control remoto al lado de mi cama para sentarme un poco más.

—Por cierto —dice Barb lentamente mientras Julie sale de la habitación. Sus ojos se estrechan en mí y me lanza una mirada de advertencia—. Quiero que primero termines tu goteo intravenoso, pero Poe acaba de registrarse en la habitación 310.

—¿Qué? ¿De verdad? —digo, mis ojos se ensanchan mientras me muevo para lanzarme de la cama para encontrarlo. ¡No puedo creer que no me haya dicho que estaría aquí!

Barb se adelanta, me agarra por los hombros y me empuja suavemente hacia la cama antes de que pueda levantarme por completo.

—¿Qué parte de «Quiero que termines tu goteo intravenoso primero» no entendiste?

Le sonrío tímidamente, pero ¿cómo podía culparme? Poe fue el primer amigo que hice cuando llegué al hospital. Él es el único que realmente lo entiende. Hemos luchado juntos contra la FQ durante una década increíble. Bueno, juntos desde una distancia segura, de todos modos.

No podemos acercarnos demasiado el uno al otro. Para los pacientes con fibrosis quística, la infección cruzada de ciertas cepas de bacterias es un gran riesgo. Un toque

entre dos pacientes con FQ puede, literalmente, matarlos a los dos.

Su serio ceño fruncido da paso a una suave sonrisa.

—Instálate. Relájate. Toma una píldora para el resfriado. —Mira el carrito de medicina, bromeando—. No literalmente.

Asiento, una verdadera risa derramándose, mientras una nueva ola de alivio me llena de la noticia de que Poe también está aquí.

—Me detendré más tarde para ayudarlo con su AffloVest —dice Barb por encima del hombro mientras se va. Tomando mi teléfono, me conformo con un mensaje de texto rápido en lugar de una carrera loca por el pasillo a la habitación 310.

¿ESTÁS AQUÍ? YO TAMBIÉN. PUESTA A PUNTO

No pasa ni un segundo y mi pantalla se ilumina con su respuesta:

BRONQUITIS. ACABA DE SUCEDER. VIVIRÉ. VEN A SALUDARME MÁS TARDE. VOY A CHOCAR AHORA.

Me recuesto en la cama, exhalando largo y lento.

La verdad es que estoy nerviosa por esta visita.

Mi función pulmonar cayó al 35 por ciento tan rápidamente. Y ahora, incluso más que la fiebre y el dolor de garganta, estar aquí en el hospital durante el próximo mes haciendo un tratamiento tras otro para detener la marea mientras mis amigos están lejos me está asustando. Mucho. El treinta y cinco por ciento es un número que mantiene a mi madre despierta por la noche. Ella no lo dice, pero su computadora lo hace. Búsqueda tras búsqueda sobre trasplantes de pulmón y porcentajes de función pulmonar, nuevas combinaciones y fraseo, pero siempre la misma idea. Cómo conseguirme más tiempo. Me da más miedo que nunca. Pero no por mí. Cuando tienes FQ, te acostumbras a la idea de morir joven. No, estoy aterrorizada por mis padres. Y qué pasará con ellos si sucede lo peor, ahora que no se tienen el uno al otro.

Pero con Poe aquí, alguien que entiende, puedo superarlo. Una vez que se me permita verlo.



El resto de la tarde transcurre lentamente.

Trabajo en mi aplicación, comprobando que resolví el error de programación que seguía apareciendo cuando intentaba ejecutarlo en mi teléfono. Puse un poco de Fucidin en la piel adolorida alrededor de mi sonda gástrica en un intento de hacer que sea menos rojo-camión-de-bomberos y más de un color rosa atardecer de verano. Reviso y reviso mi pila de botellas y píldoras «Antes de acostarse». Respondo a los mensajes de texto de mis padres a cada hora. Miro por la ventana mientras la tarde se desvanece y veo a una pareja

de mi edad, riendo y besándose mientras entran al hospital. No todos los días ves a una pareja feliz entrando en un hospital. Mirándolos tomados de la mano e intercambiando miradas anhelantes, me pregunto cómo sería tener a alguien que me mire así. La gente siempre está mirando mi cánula, mis cicatrices, mi sonda Gástrica, no a *mí*.

No hace que los chicos quieran hacer una fila junto a mi casillero.

«Salí» con Tyler Paul mi primer año de preparatoria, pero eso duró todo un mes, hasta que tuve una infección y tuve que ir al hospital por unas semanas. Incluso unos pocos días después, sus textos comenzaron a distanciarse en el tiempo cada vez más, y decidí romper con él. Además, no era nada como esa pareja en el patio. Las palmas de Tyler eran sudorosas cuando nos tomamos de las manos, y él usaba mucho *spray* Axe para el cuerpo, que me hacía toser cada vez que nos abrazábamos.

Este proceso de pensamiento no es exactamente una distracción útil, por lo que incluso le doy una oportunidad al número 22, «Contemplar la vida en el más allá», en mi lista de tareas pendientes, y leo algo de *Vida, Muerte e Inmortalidad: El Viaje del Alma*.

Pero, muy pronto, solo opto por acostarme en la cama, mirando al techo y escuchando el silbido de mi respiración. Puedo escuchar el aire luchando para pasar el moco que ocupa espacio en mis pulmones. Dándome la vuelta, abro un frasco de Flovent para ayudar a mis pulmones. Vierto el líquido en un nebulizador junto a mi cama, la pequeña máquina cobra vida mientras los vapores salen de la boquilla.

Me siento, mirando fijamente el dibujo de los pulmones mientras inhalo y exhalo.

Y Y dentro y fuera.

Y Y dentro y... fuera.

Espero que cuando mis padres vengan de visita en los próximos días, mi respiración sea un poco menos trabajosa. Les dije a los dos que el otro me llevaría al hospital esta mañana, pero en realidad tomé un Uber desde la esquina, a una calle desde el nuevo lugar de mi madre. No quiero que ninguno de ellos tenga que enfrentarse a verme aquí de nuevo, al menos hasta que me vea mejor.

Mi mamá ya me estaba dando miradas preocupadas cuando necesitaba ponerme el oxígeno portátil solo para empacar.

Hay un golpe en mi puerta, y miro por encima de la pared que estoy mirando, esperando que sea Poe quien se detenga para saludarme. Me quito la boquilla cuando Barb asoma la cabeza. Se pone una mascarilla quirúrgica y unos guantes de látex en una mesa junto a mi puerta.

—Uno nuevo arriba. ¿Nos vemos en quince?

Mi corazón salta.

Asiento, y ella me da una gran sonrisa antes de escabullirse de la habitación. Agarro la boquilla y tomo un golpe más rápido del Flovent, dejando que el vapor llene mis

pulmones lo mejor que pueda antes de levantarme y moverme. Apagando el nebulizador, levanto mi concentrador de oxígeno portátil desde donde se está cargando al lado de mi cama, presiono el botón circular en el centro para encenderlo y me tiro la correa por encima del hombro. Después de colocar la cánula, me dirijo a la puerta, me pongo los guantes azules de látex y envuelvo los hilos de la mascarilla alrededor de las orejas.

Poniéndome mis Converse blancos, abro la puerta y luego me meto en el corredor blanco, decidiendo ir por el camino largo para poder pasar por la habitación de Poe.

Paso por la estación de enfermeras en el centro del piso, saludando a la asistente, una joven enfermera llamada Sarah, que sonrío sobre la parte superior del nuevo y elegante cubículo de metal.

Lo reemplazaron antes de mi última visita hace seis meses. Es la misma altura, pero solía estar hecho de esta madera desgastada que probablemente había existido desde que se fundó el hospital hace sesenta y tantos años. Recuerdo que cuando era lo suficientemente pequeña para escabullirme a la habitación en la que estaba Poe, mi cabeza todavía estaba a unos centímetros de limpiar el escritorio.

Ahora me llega a los codos.

Dirigiéndome por el pasillo, sonrío cuando veo una pequeña bandera colombiana pegada en la parte exterior de una puerta entreabierta, una patineta volcada manteniéndola ligeramente abierta.

Miro adentro para ver a Poe dormido en su cama, acurrucado en una bola sorprendentemente pequeña debajo de su edredón a cuadros, un suave póster de Gordon Ramsay, colocado directamente sobre su cama, vigilándolo.

Dibujo un corazón en el tablero de borrado en seco que está pegado a la parte exterior de su puerta para hacerle saber que he estado allí, antes de avanzar por el pasillo hacia las puertas dobles de madera que me llevarán a la parte principal del hospital, subir por un ascensor, bajar por el ala C, cruzar el puente hacia el Edificio 2 e ir directamente a la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales.

Una de las ventajas de venir aquí durante más de una década es que conozco el hospital tan bien como la casa en la que crecí. Cada corredor sinuoso o escalera oculta, o atajo secreto, los he explorado una y otra vez.

Pero antes de que pueda abrir las puertas dobles, la puerta de una habitación se abre a mi lado, y giro la cabeza con sorpresa para ver el perfil de un chico alto y delgado que nunca había visto. Está parado en la puerta de la habitación 315, sosteniendo un cuaderno de bocetos en una mano y un lápiz de carbón en la otra, un brazalete blanco de hospital como el mío envuelto alrededor de su muñeca.

Me detengo en seco.

Su cabello despeinado, marrón chocolate oscuro es perfectamente rebelde, como si acabara de salir de una revista *Teen Vogue* y aterrizar justo en el medio del Hospital Saint

Grace. Sus ojos son de un azul profundo, las esquinas se arrugan mientras habla.

Pero es su sonrisa la que me llama la atención más que cualquier otra cosa. Es ladeada, encantadora y tiene un calor magnético.

Él es tan lindo, mi función pulmonar se siente como que cayó otro 10 por ciento.

Es bueno que esta máscara me cubra la mitad de la cara, porque no planifiqué chicos lindos en mi piso durante esta estadía en el hospital.

—He cumplido con sus horarios —dice mientras pone el lápiz casualmente detrás de la oreja. Me desvió ligeramente hacia la izquierda y veo que está sonriendo a la pareja que vi entrar al hospital antes—. Entonces, a menos que pongas tu trasero en el botón de llamada, nadie te va a molestar por al menos una hora. Y no lo olvides. Tengo que dormir en esa cama, amiga.

—Muy por delante de ti. —Observo mientras la chica abre la cremallera de la bolsa de lona que está sosteniendo para mostrarle las mantas.

Espera. ¿Qué?

Chico lindo silba.

—Mira eso. Una Girl Scout regular.

—No somos animales, hombre —le dice el novio de ella a él, dándole una gran sonrisa de amigo a amigo.

Oh Dios mío. Asqueroso. Está dejando que sus amigos lo hagan en su habitación, como si fuera un motel.

Hago una mueca y vuelvo a caminar por el pasillo hacia las puertas de salida, poniendo tanto espacio como sea posible entre cualquier esquema que esté ocurriendo allí y yo.

Y pensar que es lindo.





CAPÍTULO II

Will

—**E**stá bien, los veo en un rato —digo, guiñándole el ojo a Jason y cerrando la puerta de mi habitación para darles algo de privacidad. Me encuentro cara a cara con las cuencas vacías del cráneo dibujado en mi puerta, una máscara de O2 colgada en su boca, con las palabras «Abandonen toda esperanza, aquellos que entran aquí», escrito debajo.

Ese debería ser el eslogan para este hospital. O cualquiera de los otros cincuenta en los que he estado durante los últimos ocho meses de mi vida.

Entrecierro los ojos por el pasillo para ver que la puerta se cierra detrás de la chica que vi que se mudaba a una habitación en el pasillo el día de hoy, con sus Converse blancos desgastados desapareciendo al otro lado. Ella había estado sola, arrastrando una bolsa de lona lo suficientemente grande para unos tres adultos, pero en realidad parecía un poco *sexy*.

Y, seamos honestos aquí. No todos los días ves a una chica remotamente atractiva en un hospital, a menos de cinco puertas de ti.

Mirando mi cuaderno de bocetos, me encojo de hombros, lo enrolló y guardo en mi bolsillo trasero antes de dirigirme por el pasillo detrás de ella. No es que tenga nada mejor que hacer, y ciertamente no estoy tratando de quedarme por aquí durante la próxima hora.

Empujando a través de las puertas, la veo cruzar el piso de baldosas grises, saludando y charlando con casi todos mientras va, como si estuviera haciendo su propio desfile personal del Día de Acción de Gracias. Entra en el gran ascensor de cristal, con vista al *lobby* este, justo después de un gran árbol de Navidad adornado que deben haber levantado temprano esta mañana, mucho antes de comerse las sobras del Día de Acción de Gracias.

El cielo no permita que dejen la gigantesca exhibición de pavos ni un minuto más.

Observo como sus manos se levantan para arreglar su mascarilla mientras se inclina para presionar un botón, las puertas se cierran lentamente.

Empiezo a subir las escaleras abiertas junto al ascensor, tratando de no toparme con nadie mientras lo observo irse al quinto piso. Por supuesto.

Subo corriendo las escaleras tan rápido como mis pulmones me permiten, logrando llegar al quinto piso con el tiempo suficiente para un ataque de tos grave y recuperarme antes de que ella salga del ascensor y desaparezca en una esquina. Me froto el pecho, aclaro mi garganta y la sigo por un par de pasillos hacia el ancho puente de cristal que conduce al siguiente edificio.

A pesar de que acaba de llegar esta mañana, claramente sabe a dónde va. A juzgar por su ritmo y el hecho de que aparentemente conoce a cada persona en el edificio, no me sorprendería que fuera la alcaldesa de este lugar. He estado aquí dos semanas y me llevó hasta ayer descubrir cómo escapar de mi habitación a la cafetería en el Edificio 2, y de ninguna manera no tengo dificultades de orientación. He estado en tantos hospitales a lo largo de los años, descubrir cómo sortearlos es lo que ahora me cuenta como un pasatiempo.

Se detiene brevemente debajo de un conjunto de puertas dobles que leen ENTRADA ESTE: UNIDAD DE CUIDADO INTENSIVO NEONATAL y da un vistazo dentro antes de abrirlas.

La UCIN.

Raro.

Tener hijos cuando tienes FQ cae en la categoría súper difícil. He oído hablar de chicas con FQ que se lamentan *mucho*, pero mirar a los bebés que nunca podría tener es otro nivel.

Eso es jodidamente deprimente.

Hay muchas cosas que me molestan sobre la FQ, pero esa no es una de ellas. Casi todos los hombres con FQ son infértiles, lo que al menos significa que no tengo que preocuparme por embarazar a nadie y comenzar mi propio espectáculo de mierda de una familia.

Apuesto a que Jason desearía tenerlo a su favor ahora mismo.

Mirando a ambos lados, cierro la brecha entre las puertas y yo, mirando dentro de la ventana estrecha para verla de pie frente al panel de visión, sus ojos enfocados en un pequeño bebé dentro de una incubadora en el otro lado. Sus frágiles brazos y piernas están conectados a máquinas de diez veces su tamaño.

Abriendo la puerta y deslizándome dentro del pasillo poco iluminado, sonrío mientras miro a la chica Converse por un segundo. No puedo dejar de mirar su reflejo, todo más allá del cristal se difumina cuando la miro. Ella es más bonita de cerca, con sus largas pestañas y sus cejas llenas. Incluso hace que una mascarilla se vea bien. La observo

mientras se quita el cabello ondulado de color marrón arenoso de los ojos, mirando fijamente al bebé a través del cristal con un enfoque determinado.

Me aclaro la garganta, llamando su atención.

—Y yo aquí pensando que iba a ser otro tonto hospital lleno de tontos enfermos. Y apareces tú. Suerte la mía.

Sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo del vidrio, sorprendiéndose al principio, y luego casi de inmediato cambiando a algo parecido al disgusto. Ella mira hacia otro lado, de nuevo al bebé, guardando silencio.

Bueno, eso es siempre una señal prometedora. Nada como la repulsión real para comenzar con el pie derecho.

—Te vi mudarte a tu habitación. ¿Estarás aquí un rato?

Ella no dice nada. Si no fuera por la mueca, creería que ni siquiera me escuchó.

—Oh ya entiendo. Soy tan guapo que ni siquiera puedes juntar una frase.

Eso le molesta lo suficiente como para obtener una respuesta.

—¿No deberías estar procurando habitaciones para tus «invitados»? —responde bruscamente, girándose para mirarme mientras se acomoda la mascarilla.

Me agarra fuera de base por un segundo, y me rio, sorprendido de cuán fuerte y directa es.

Eso *realmente* la molesta.

—¿Alquilas por hora o qué? —pregunta, sus ojos oscuros se estrecharon.

—¡Ja! Eras tú acechando en el pasillo.

—No acecho —responde—. *Tú* me seguiste hasta aquí.

Es un punto válido. Pero ella definitivamente acechó primero. Pretendo estar sorprendido y levanto mis manos en una derrota simulada.

—Con la intención de presentarme, pero con esa actitud...

—Déjame adivinar —dice, cortándome—. Te consideras un rebelde. Ignoras las reglas porque de alguna manera te hace sentir que tienes el control. ¿Estoy en lo cierto?

—No te equivocas —le replico antes de inclinarme contra la pared de manera casual.

—¿Crees que es lindo?

Le sonrío.

—Quiero decir, debes pensar que es bastante adorable. Estuviste en el pasillo un rato muy largo mirando fijamente.

Ella pone los ojos en blanco, claramente no entretenida por mí.

—No es lindo que dejes que tus amigos tomen prestada tu habitación para tener sexo.

Ah, entonces ella es una verdadera santurrona.

—¿Sexo? Oh, cielos no. Me dijeron que tendrían una reunión del club de libros un poco ruidosa allí durante casi una hora.

Ella me mira, definitivamente no se divierte con mi sarcasmo.

—Ah. Así que de eso se trata —digo, cruzando los brazos sobre mi pecho—. Tienes algo contra el sexo.

—¡Por supuesto que no! He tenido relaciones sexuales —dice ella, sus ojos se ensanchan mientras las palabras salen de su boca—. Está bien...

Esa es la mentira más grande que he escuchado durante todo el año, y estoy prácticamente rodeado de personas que endulzan el hecho de que estoy muriendo.

Me río.

—«Bien» no es exactamente un respaldo sonoro, pero tomaré un punto en común donde pueda conseguirlo.

Sus cejas gruesas forman un ceño fruncido.

—No tenemos *nada* en común.

Guiño, divirtiéndome demasiado haciéndola enojar.

—Fría. Me gusta.

La puerta se abre de golpe y Barb aparece a través de ella, haciéndonos saltar de la sorpresa del ruido repentino.

—¡Will Newman! ¿Qué haces aquí arriba? ¡Se supone que no debes salir del tercer piso después del truco que hiciste la semana pasada!

Miro hacia atrás a la chica.

—Ahí tienes. Un nombre que combina con tu pequeño perfil psicológico. ¿Y tú eres?

Ella me mira con furia, rápidamente se pone la mascarilla sobre su boca antes de que Barb lo note.

—La que te ignora.

Buena esa. La Srta. santurrona tiene cojones.

—Y claramente la mascota del profesor, también.

—¡Dos metros y medio en todo momento! ¡Ambos conocen las reglas! —Me doy cuenta de que estoy demasiado cerca y retrocedo un paso cuando Barb nos alcanza, entrando en el espacio y la tensión entre nosotros. Ella se gira para mirarme, sus ojos estrechándose—. ¿Qué crees que estás haciendo aquí arriba?

—Uh —digo, señalando a la ventana de visualización—. ¿Mirando a los bebés?

A ella claramente no le divierte mi respuesta.

—Vuelve a tu habitación. ¿Dónde está tu mascarilla? —Me acerco para tocar mi cara sin máscara—. Stella, gracias por mantener tu máscara.

—Ella no la tenía hace cinco segundos —murmuro. Stella me mira por encima de la cabeza de Barb, y le devuelvo una gran sonrisa.

Stella.

Su nombre es Stella.

Puedo ver que Barb está a punto de enojarse, así que decido salir. He tenido más que suficientes discursos por el momento.

—Relájate, Stella —digo, caminando hacia la puerta—. Es solo la vida. Se acabará antes de que nos demos cuenta.

Salgo por las puertas, cruzo el puente y bajo por el ala C. En lugar de retroceder por el largo camino, me subo a un elevador de vidrio, mucho más inestable, que descubrí hace dos días. Me deja justo al lado de la estación de enfermeras en mi piso, donde Julie está leyendo algunos papeles.

—Hola, Julie —le digo, apoyándome en el mostrador y tomando un lápiz.

Ella levanta la vista, mirándome rápidamente, antes de que sus ojos vuelvan a los papeles en sus manos.

—¿Justo en qué estabas?

—Eh, vagando por el hospital. Haciendo enojar a Barb —digo, encogiéndome de hombros y girando el lápiz alrededor de los dedos—. Ella es *tan* ruda.

—Will, ella no es ruda, solo es, ya sabes...

Le doy una mirada.

—Ruda.

Se apoya en la estación de enfermeras, poniendo una mano en su barriga súper embarazada.

—Firme. Las reglas importan. Especialmente a Barb. Ella no corre riesgos.

Echo un vistazo para ver que las puertas al final del pasillo se abren de nuevo cuando Barb y la santurróna salen.

Los ojos de Barb se estrechan hacia mí y me encojo de hombros inocentemente.

—¿Qué? Estoy hablando con Julie.

Ella resopla, y las dos caminan por el pasillo hacia la habitación de Stella. Stella se arregla su mascarilla, mirándome, sus ojos se encuentran con los míos por una fracción de segundo.

Suspiro, observándola irse.

—Ella me odia.

—¿Cuál de las dos? —pregunta Julie, siguiendo mi mirada por el pasillo.

La puerta de la habitación de Stella se cierra detrás de las dos, y miro a Julie.

Me da una mirada que he visto alrededor de un millón de veces desde que llegué aquí. Sus ojos azules se llenan con una mezcla entre «¿Estás loco?» y algo muy parecido al cariño.

Aunque más hacia el lado de «¿Estás loco?».

—Ni siquiera lo pienses, Will.

Bajo la mirada a la carpeta que está frente a ella, el nombre saltando hacia mí desde la esquina superior izquierda.

Stella Grant.

—Está bien —digo como si no fuera gran cosa—. Buena noche.

Regreso al 315, tosiendo cuando llego, el moco espeso en mis pulmones y garganta, mi pecho doliendo por la excursión. Si hubiera sabido que iba a correr una media maratón en todo el hospital, me habría molestado en llevar mi oxígeno portátil.

Eh, ¿a quién estoy engañando?

Reviso mi reloj para asegurarme de que ha pasado una hora antes de abrir la puerta. Enciendo la luz, notando una nota doblada de Hope y Jason en las sábanas del hospital de color blanco cloro.

Que romántico de su parte.

Intento no decepcionarme, ya se han ido. Mi madre me sacó de la escuela y me cambió a educación en el hogar con un lado del turismo hospitalario internacional cuando me diagnosticaron B. cepacia hace ocho meses. Como si mi vida no fuera ridículamente corta, B. cepacia cortará otra gran parte de ella al hacer que mi mierda de función pulmonar se agote aún más rápido de lo que ya lo hace. Y no te dan nuevos pulmones cuando tienes una bacteria resistente a los antibióticos que corre desenfrenada dentro de ti.

Pero «incurable» es solo una sugerencia para mi madre, y está decidida a encontrar el tratamiento como una aguja en un pajar. Incluso si eso significa separarme de todos.

Al menos, este hospital se encuentra a media hora de Hope y Jason, por lo que pueden venir a visitarme regularmente y contarme sobre todo lo que me estoy perdiendo en la escuela. Desde que obtuve B. cepacia, siento que son los únicos en mi vida que no me tratan como a una rata de laboratorio. Siempre han sido así. Tal vez es por eso que son tan perfectos el uno para el otro.

Despliego la nota para ver un corazón y, en la nítida letra cursiva de Hope, «¡Nos vemos pronto! ¡Dos semanas hasta tus Grandes 18! Hope y Jason». Y eso me hace sonreír.

—Grandes 18. —Dos semanas más hasta que esté a cargo. Estaré fuera de este último ensayo clínico de medicamentos y saldré de este hospital y podré hacer algo con mi vida, en lugar de dejar que mi madre la desperdicie.

No más hospitales. No más quedar atrapado en edificios encalados en todo el mundo mientras los médicos prueban droga tras droga, tratamiento tras tratamiento, sin que ninguno funcione.

Si voy a morir, me gustaría *vivir* primero.

Y *luego* moriré.

Entorno los ojos al corazón, pensando en ese fatídico último día. En algún lugar poético. Una playa, tal vez. O un bote de remos en algún lugar de Mississippi. Simplemente no hay paredes. Podría dibujar el paisaje, dibujar una caricatura final de mí, mostrándole el dedo medio al universo, y luego morder el grande.

Arrojo la nota de nuevo sobre la cama, mirando las sábanas antes de darles una olisqueada rápida para que estar a salvo. Almidón y lejía. Solo la colonia regular de hospital. Bien.

Me deslizo en el sillón reclinable de cuero que hay junto a la ventana y aparto un montón de lápices de colores y cuadernos de dibujo, y tomo mi computadora portátil de debajo de un montón de dibujos animados de políticos fotocopiados de la década de 1940 que estaba mirando antes como referencia. Abro mi navegador y escribo *Stella Grant* en Google, sin esperar mucho. Ella parece ser del tipo que tiene solo páginas privadas de Facebook. O una tonta cuenta de Twitter en la que re tuitea memes sobre la importancia de lavarse las manos.

El primer resultado, sin embargo, es una página de YouTube llamada el *Diario No Muy Secreto de Stella Grant*, que contiene al menos un centenar de videos que se remontan a unos seis años. Entrecierro los ojos, porque el nombre de la página parece extrañamente familiar. Oh, Dios mío, este es el canal aburrido al que mi madre me envió un enlace hace unos meses para intentar que me tomara mis tratamientos en serio.

Tal vez si hubiera sabido que se veía así...

Me desplazo hasta la primera entrada, haciendo clic en un video con una miniatura de una joven Stella con una boca llena de metal y una coleta alta. Intento no reírme. Me pregunto cómo se verán sus dientes ahora, considerando que nunca la he visto sonreír.

Probablemente muy bien. Parece el tipo de persona que en realidad usaría su re tenedor en la noche en lugar de dejar que acumule polvo en el estante de un baño.

No creo que el mío haya llegado a casa después de la cita del ortodontista.

Presiono el botón de volumen y su voz sale de mis altavoces.

—Como todos los pacientes de FQ, nací terminal. Nuestros cuerpos producen demasiada mucosidad, y a esa mucosidad le gusta entrar en nuestros pulmones y causar

infecciones, lo que hace que nuestra función pulmonar se de-te-riore. —La niña tropieza con la gran palabra antes de mostrar una gran sonrisa a la cámara—. En este momento, estoy en un cincuenta por ciento de mi función pulmonar.

Hay un corte de mierda, y ella da vuelta hacia un conjunto de escaleras que reconozco de la entrada principal del hospital. No es de extrañar que conozca tan bien por aquí. Ha estado viniendo aquí desde siempre.

Le devuelvo la sonrisa a la pequeña niña, aunque ese corte fue la cosa más cursi que he visto en mi vida. Se sienta en los escalones, respirando hondo.

—La Dra. Hamid dice que, a este ritmo, necesitaré un trasplante para cuando esté en la escuela secundaria. ¡Un trasplante no es una cura, pero me dará más tiempo! ¡Me encantaría un par de años más si tuviera la suerte de conseguir uno!

Al menos ella tiene una oportunidad.





CAPÍTULO III

Stella

Me pongo el Afflo Vest azul y lo coloco alrededor de mi torso con la ayuda de Barb. Se parece mucho a un chaleco salvavidas, excepto por el control remoto que sale de él. Por un cortísimo momento, dejo que sea un chaleco salvavidas, y miro por la ventana, imaginándome en Cabo en un bote con Mya y Camila, con el sol de la tarde brillando en el horizonte.

Las gaviotas gorjean, la arena de la playa en la distancia, los surfistas sin camisa, y luego, a pesar de mí, pienso en Will. Parpadeo, Cabo se desvanece cuando los estériles árboles de mi ventana vuelven a la vista.

—Entonces. Will, ¿tiene FQ? —pregunto, aunque eso es obvio. Barb me ayuda a sujetar la última correa en su lugar. Tiro del hombro del chaleco para que no roce mi prominente clavícula.

—FQ y algo más. *B. cepacia*. Él es parte del nuevo ensayo de drogas para cevaflomalina. —Ella se acerca, enciende la máquina y me mira.

Mis ojos se abren y miro hacia mi bañera gigante de desinfectante para manos. ¿Estaba tan cerca de él y tiene *B. cepacia*? Es prácticamente una sentencia de muerte para las personas con FQ. Tendrá suerte de vivir unos años más.

Y eso es si está tan dedicado a su régimen como yo.

El chaleco comienza a vibrar. Duro. Puedo sentir que la mucosidad en mis pulmones comienza a aflojarse lentamente.

—Si contraes eso, puedes despedirte de la posibilidad de nuevos pulmones —agrega, mirándome—. Mantente alejada.

Asiento. Oh, tengo toda la intención de hacer eso. Necesito ese tiempo extra. Además,

estaba demasiado lleno de sí mismo para ser mi tipo.

—La prueba —comienzo a decir, mirando a Barb y levantando la mano para detener la conversación mientras toso un montón de moco.

Ella asiente con aprobación y me entrega una bandeja de color rosa pálido. Escupo dentro y me limpio la boca antes de hablar.

—¿Cuáles son sus probabilidades?

Barb exhala, sacudiendo la cabeza antes de encontrarme con la mirada.

—Nadie lo sabe. La droga es demasiado nueva.

Sin embargo, su mirada lo dice todo. Nos quedamos en silencio, excepto por el ruido de la máquina, el chaleco vibrando.

—Estás lista. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Le sonrío, dándole una mirada suplicante.

—¿Una malteada?

Ella rueda sus ojos, poniendo sus manos en sus caderas.

—¿Qué, soy servicio de habitaciones ahora?

—¡Tengo que aprovechar los beneficios, Barb! —digo, lo que la hace reír.

Ella se va, y me siento, el AffloVest hace que todo mi cuerpo se agite mientras funciona. Mi mente divaga, y me imagino el reflejo de Will en el vidrio de la UCIN, parado justo detrás de mí con una sonrisa atrevida en su rostro.

B. cepacia. Eso es duro.

¿Pero caminar por el hospital sin máscara? No es de extrañar que la adquiriera en primer lugar, haciendo trucos como ese. He visto su tipo en el hospital más veces de las que puedo contar. El tipo descuidado, *Bravucones* rebeldes en un intento desesperado de desafiar su diagnóstico antes de que todo llegue a su fin. Ni siquiera es original.

—Está bien —dice Barb, y me trae no uno sino dos mañeadas, como la reina que es—. Esto debería aguantar un poco.

Los coloca en la mesa junto a mí, y sonrío a sus familiares ojos marrón oscuro.

—Gracias, Barb.

Asiente, tocando mi cabeza suavemente antes de salir por la puerta.

—Buenas noches, nena. Te veo mañana.

Me siento, mirando por la ventana y tosiendo más y más mucosidad mientras el chaleco hace su trabajo de limpiar mis vías respiratorias. Mis ojos viajan al dibujo de los pulmones y la imagen que cuelga a su lado. Mi pecho comienza a doler de una manera que no tiene nada que ver con el tratamiento cuando pienso en mi verdadera cama. Mis padres.

Abby. Levanto mi teléfono para ver un mensaje de mi papá. Es una imagen de su vieja guitarra acústica, apoyada contra una mesa de noche desgastada en su nuevo apartamento. Pasó todo el día preparándolo después de que insistiera en que lo hiciera en lugar de llevarme al hospital. Fingió no sentirse aliviado, al igual que yo fingí que mamá me estaba llevando para que no se sintiera culpable.

Se ha pretendido mucho desde el divorcio más ridículo de todos los tiempos.

Han pasado seis meses y aún no pueden mirarse.

Por alguna razón, me dan tantas ganas de escuchar su voz. Toco en su información de contacto y casi presiono el botón verde de llamada de mi teléfono, pero decido no hacerlo en el último segundo. Nunca llamo el primer día, y toda la tos que me produce el AffloVest lo pondría nervioso. Él todavía me está enviando mensajes de texto cada hora para chequearme.

No quiero preocupar a mis padres. *No puedo.*

Mejor esperar hasta mañana.



Mis ojos se abren de golpe a la mañana siguiente y busco lo que me despertó, al ver mi teléfono vibrando ruidosamente en el suelo, habiendo caído de la mesa. Miro los vasos de batido y el montón de tazas de pudín de chocolate vacías ocupando prácticamente todo el espacio. No es de extrañar que el teléfono se cayera.

Si somos 60 por ciento de agua, me estoy acercando a que mi 40 por ciento restante sea pudín.

Gimo, extendiéndome sobre la cama para agarrar mi teléfono, mi Sonda Gástrica ardiendo con el estiramiento. Toco suavemente mi costado, levantando mi camisa para desenganchar el tubo, sorprendida de que la piel que lo rodea está aún más roja y más inflamada de lo que estaba antes.

Eso no es bueno. Las irritaciones generalmente desaparecen con un poco de Fucidin, pero mi aplicación de ayer no pareció hacer una diferencia.

Le aplico un poco más de la pomada, con la esperanza de que se aclare, y agrego una nota a mi lista de tareas para monitorearla, antes de desplazarme por mis notificaciones. Tengo un par de Snaps esperándome de Mya y Camila, que parecen adormecidas pero felices cuando abordaron el avión esta mañana. Mis padres me enviaron mensajes de texto, chequeando cómo dormí, si me he acomodado, y diciendo que les llame cuando me levante.

Estoy a punto de responder a ambos cuando mi teléfono vibra, y me deslizo hacia la derecha para ver un texto de Poe:

¿Estás despierta?

Se ha pretendido mucho desde el divorcio más ridículo de todos los tiempos.

Han pasado seis meses y aún no pueden mirarse.

Por alguna razón, me dan tantas ganas de escuchar su voz. Toco en su información de contacto y casi presiono el botón verde de llamada de mi teléfono, pero decido no hacerlo en el último segundo. Nunca llamo el primer día, y toda la tos que me produce el AffloVest lo pondría nervioso. Él todavía me está enviando mensajes de texto cada hora para chequearme.

No quiero preocupar a mis padres. *No puedo*. Mejor esperar hasta mañana.

Le devuelvo un rápido mensaje para ver si él quiere tener nuestra hora habitual de desayuno en veinte minutos, antes de colgar el teléfono y colgar mis piernas sobre mi cama para agarrar mi computadora portátil.

Menos de un segundo después, mi teléfono vibra con su respuesta: ¡*Yees!*

Sonrío, presionando el botón de llamada de la enfermera junto a mi cama. La amistosa voz de Julie cruje a través del altavoz.

—¡Buenos días, Stella! ¿Estás bien?

—Sí. ¿Puedo desayunar ahora? —pregunto, encendiendo mi computadora portátil.

—¡Lo tienes!

La hora en mi computadora portátil dice 9:00 a.m., y acerco el carrito médico, mirando los grupos de códigos de colores que puse ayer. Me sonrío a mí misma, dándome cuenta de que mañana a esta hora, después de que la versión beta de mi aplicación esté completamente en funcionamiento, recibiré una notificación en mi teléfono que me indica que tome mis píldoras matutinas y las dosis exactas de cada una que necesito.

Casi un año de duro trabajo finalmente da fruto. Una aplicación para todas las enfermedades crónicas, completa con cuadros médicos, horarios e información de dosis.

Tomo mis pastillas y abro Skype, escaneando la lista de contactos para ver si alguno de mis padres está conectado. Hay un pequeño punto verde al lado del nombre de mi padre, y presiono el botón de llamada, esperando que suene ruidosamente.

Su rostro aparece en la pantalla mientras coloca sus gafas de borde grueso sobre sus ojos cansados. Me doy cuenta de que todavía está en pijama, su cabello canoso sobresale en todas direcciones, con una almohada llena de bultos apoyada detrás de él. Papá siempre fue un madrugador. Fuera de la cama antes de las siete y media de la mañana, incluso los fines de semana.

La preocupación comienza a envolverse lentamente alrededor de mi interior.

—Necesitas afeitarte —le digo, tomando el rastro inusual que cubre su barbilla. Siempre ha estado bien afeitado, excepto por una fase de barba que atravesó un invierno en la escuela primaria.

Él se ríe, frotándose la barbilla desaliñada.

—Necesitas nuevos pulmones. ¡Mic drop^[1]!

Ruedo mis ojos mientras él se ríe de su propia broma.

—¿Cómo estuvo el concierto?

Se encoge de hombros.

—Ah, ya sabes.

—¡Me alegro de que estés tocando de nuevo! —digo alegremente, haciendo mi mejor esfuerzo por parecer positiva para él.

—¿Tu dolor de garganta está mejorando? —pregunta, dándome una mirada preocupada.

Asiento, tragando para confirmar que la crudeza en mi garganta ha comenzado a disminuir.

—¡Ya está un millón de veces mejor! —El alivio llena sus ojos, y cambio de tema rápidamente antes de que pueda hacer más preguntas relacionadas con el tratamiento—. ¿Cómo está tu nuevo apartamento?

Me da una sonrisa exagerada.

—¡Es genial! ¡Tiene una cama y un baño! —Su sonrisa se desvanece ligeramente, y se encoge de hombros—. Y no mucho más. Estoy seguro de que el lugar de tu mamá es mejor. Ella siempre puede hacer que cualquier lugar se sienta como en casa.

—Tal vez si la llamas...

Él sacude su cabeza hacia mí y me corta.

—Continuando. En serio, está bien, cariño. El lugar es genial, y te tengo a ti ¡y a mi guitarra! ¿Qué más necesito?

Mi estómago se contrae, pero alguien toca a mi puerta y entra Julie, sosteniendo una bandeja de color verde oscuro con un montón de comida.

Mi papá la ve y se ilumina.

—¡Julie! ¿Cómo has estado?

Julie deja la bandeja y le presenta su barriga. Para alguien que insistió durante los últimos cinco años en que nunca tendría hijos, parece ridículamente ansiosa por tener hijos.

—Muy ocupada, ya veo —dice mi papá, sonriendo ampliamente.

—Hablamos luego, papá —le digo, moviendo mi cursor hacia el botón de finalizar llamada—. Te amo.

Me saluda antes de que termine el chat. El olor a huevos y tocino sale del plato, una

malteada gigante de chocolate sentada en la bandeja al lado.

—¿Necesitas algo más, Stell? ¿Algo de compañía?

Miro su vientre de mamá, sacudiendo mi cabeza mientras una sorprendente oleada de desprecio llena mi pecho. Amo a Julie, pero realmente no estoy de humor para hablar sobre su nueva pequeña familia cuando la mía se desmorona.

—Poe está a punto de llamarme.

Justo a tiempo, mi laptop hace ping y la imagen de Poe aparece, el símbolo verde del teléfono apareciendo en mi pantalla. Julie frota su estómago, dándome una mirada extraña antes de mirarme con una sonrisa confusa y con los labios apretados.

—Bueno. ¡Ustedes dos, diviértanse!

Presiono aceptar y la cara de Poe aparece lentamente, sus gruesas cejas negras cuelgan sobre los cálidos ojos marrones y familiares. Le cortaron el cabello desde la última vez que lo vi. Más corto. Limpio. Él me da una gran sonrisa de oreja a oreja, e intento sonreírle, pero termina pareciendo más una mueca.

No puedo sacar la imagen de mi padre de mi cabeza. Tan triste y solo, en la cama, pero las líneas de su rostro aún profundas y llenas de agotamiento.

Y ni siquiera puedo ir a verlo.

—¡Hey *mami*! Te ves muy bien —dice, bajando su malteada y entrecerrando los ojos—. ¿Estás en otro de tus maratones de pudín de chocolate otra vez?

Sé que aquí es donde se supone que debo reírme, pero parece que he agotado mi cuota de simulación para el día, y aún no son las nueve y media.

Poe frunce el ceño.

—Oh... oh. ¿Qué está mal? ¿Es cabo? Sabes que las quemaduras solares no son cosa de juego de todos modos.

Alejo eso y en su lugar sostengo mi bandeja como una modelo de programa de juegos para mostrarle a Poe mi desayuno de leñador. ¡Huevos, tocino, papas, y una malteada! Lo habitual en nuestras citas de desayuno.

Poe me lanza una mirada desafiante, como si no pasara por alto ese cambio de tema, pero no puede resistir sostener su plato para mostrarme la comida idéntica, excepto que sus huevos están bellamente adornados con cebolletas, perejil y... Espera.

¡Malditas trufas!

—¡Poe! ¿Dónde diablos conseguiste trufas?

Él levanta las cejas, sonriendo.

—Poe está a punto de llamarme.

Justo a tiempo, mi laptop hace ping y la imagen de Poe aparece, el símbolo verde del

teléfono apareciendo en mi pantalla. Julie frota su estómago, dándome una mirada extraña antes de mirarme con una sonrisa confusa y con los labios apretados.

—¡Tienes que traerlas, *mija!* —Dice mientras mueve la cámara web para mostrarme un carrito médico que se ha convertido en un estante de especias perfectamente organizado. Está lleno de frascos y artículos especiales en lugar de frascos de pastillas, ubicado debajo de su santuario ante su patinador favorito, Paul Rodríguez, y todo el equipo nacional de fútbol colombiano. Clásico de Poe. La comida, el monopatín y el *fútbol* son, por lejos, sus tres cosas favoritas.

Él tiene suficientes camisetas en su pared para vestir completamente a todos los pacientes de FQ en este piso para un equipo B de bajo nivel de juego y sin fuerza cardiovascular.

La cámara se vuelve hacia él, y veo el pecho de Gordon Ramsay mirando por detrás de él.

—¡Pero primero, nuestros aperitivos! —Sostiene un puñado de tabletas de Creon, que ayudarán a nuestros cuerpos a digerir los alimentos que estamos a punto de comer.

—¡La mejor parte de cada comida! —digo sarcásticamente mientras saco mis tabletas rojas y blancas de un pequeño vaso de plástico junto a mi bandeja.

—Entonces —dice Poe después de tragarse la última—. Ya que no escupirás nada, hablemos de mí. ¡Estoy soltero! Listo para...

—¿Rompiste con Michael? —pregunto, exasperada—. ¡Poe!

Poe toma un largo sorbo de su malteada.

—Tal vez él rompió conmigo.

—¿Lo hizo?

—¡Sí! Bueno, fue mutuo —dice, antes de suspirar y sacudir la cabeza—. Lo que sea. Rompí con él.

Arrugo la frente. Eran perfectos el uno para el otro. A Michael le gustaba el skate y tenía un blog de comida súper popular que Poe había seguido religiosamente durante tres años antes de conocerse. Era diferente de las otras personas con las que Poe había salido. Más viejo, de alguna manera, a pesar de que acababa de cumplir dieciocho años. Lo más importante, Poe era diferente con él.

—Realmente te gustaba, Poe. Pensé que él podría ser tu elegido.

Pero debería saberlo mejor; Poe podría escribir un libro sobre temas de compromiso. Sin embargo, eso nunca lo detuvo en la búsqueda de otro gran romance. Antes de Michael fue Tim, la semana después de esto podría ser David. Y, para ser sincera, lo envidiaba un poco, con sus salvajes romances.

Nunca he estado enamorada. Tyler Paul de seguro no contó. Pero incluso si tuviera la

oportunidad, las citas son un riesgo que no puedo permitirme ahora. Tengo que mantenerme enfocada. Mantenerme viva. Recibir mi trasplante. Reducir la miseria de mis padres. Es casi un trabajo de tiempo completo. Y definitivamente no uno *sexy*.

—Bueno, no lo es —dice Poe, actuando como si no fuera gran cosa—. A la mierda de todos modos, ¿verdad?

—Oye, al menos tienes que hacer eso —le digo, encogiéndome de hombros mientras tomo mis huevos. Puedo ver la sonrisa burlona de Will de ayer cuando le dije que había tenido relaciones sexuales antes. Estúpido.

Poe se ríe a medias en su malteada, pero escupe y comienza a ahogarse. Sus monitores vitales comienzan a sonar en el otro lado de la computadora portátil mientras lucha por respirar.

Oh, Dios mío. No, no, no. Salto.

—¡Poe!

Dejo a un lado la computadora portátil y corro hacia el pasillo cuando suena una alarma en la estación de las enfermeras, con miedo en cada poro de mi cuerpo. En algún lugar una voz grita:

—¡Habitación 310! El nivel de oxígeno en la sangre está en caída libre. ¡Está desaturizando!

Desaturizando. No puede respirar, no puede respirar.

—¡Se está ahogando! ¡Poe se está ahogando! —grito, las lágrimas llenan mis ojos mientras vuelo por el pasillo detrás de Julie, poniéndome una mascarilla mientras voy. Ella irrumpe por la puerta delante de mí y va a revisar el monitor de pitidos. Tengo miedo de mirar. Tengo miedo de ver sufrir a Poe. Tengo miedo de ver a Poe...

Bien.

Está bien, sentado en su silla como si nada hubiera pasado.

El alivio me atraviesa y empiezo a sudar frío cuando mira a Julie, con una expresión tímida en su rostro mientras levanta el sensor de su dedo.

—¡Lo siento! Se desenchufó. No lo conecté de nuevo después de mi ducha.

Exhalo lentamente, dándome cuenta de que he estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Lo que es bastante difícil de hacer cuando tienes pulmones que apenas funcionan.

Julie se apoya contra la pared, tan sorprendida como yo.

—Poe. Dios mío. Cuando tu O₂ cae así... —Ella sacude la cabeza—. Solo ponlo de nuevo.

—Ya no lo necesito, Jules —dice, mirándola—. Déjame quitármelo.

—Absolutamente no. Tu función pulmonar apesta ahora. Tenemos que vigilarte, así que necesitas mantener esa maldita cosa. —Ella respira hondo, extendiendo un trozo de cinta para que él pueda pegar el sensor de nuevo—. Por favor.

Suspira ruidosamente, pero vuelve a colocar el sensor de la punta de los dedos en el sensor de oxígeno en la sangre que lleva en la muñeca.

Asiento, finalmente recuperando el aliento.

—Estoy de acuerdo, Poe. Mantenlo puesto.

Me mira mientras coloca el sensor en su dedo medio, sosteniéndolo hacia mí y sonriendo.

Ruedo mis ojos hacia él, mirando por el pasillo a la habitación del imbécil: 315. La puerta está bien cerrada a pesar de la conmoción, una luz brilla debajo de ella. ¿Ni siquiera asoma la cabeza para asegurarse de que todo el mundo está bien? Esto fue prácticamente un caos en el pasillo, ya que todos abrieron sus puertas para verificar que todo estaba bien. Me agito y me aliso el cabello, mirando a Poe a tiempo para verlo levantando las cejas hacia mí.

—¿Qué, estás intentando lucir bien para alguien?

—No seas ridículo. —Lo miro y a Julie mientras miran con curiosidad en mi dirección. Señalo su comida—. Estás a punto de perder algunas trufas perfectamente buenas en un montón de huevos fríos —le digo, antes de salir corriendo por el pasillo para terminar nuestro chat de desayuno. Cuanto más espacio haya entre la habitación 315 y yo, mejor.





CAPÍTULO IV

Will

Me froto los ojos somnolientos, haciendo clic en otro video, mi bandeja de huevos y tocino a medio comer fríos en la mesa junto a mí. He estado despierto toda la noche viendo sus videos, uno tras otro. Ha sido un maratón de Stella Grant, incluso con su tonto contenido de F.Q.

Escaneando la barra lateral, hago clic en el siguiente.

Este es del año pasado, la iluminación es ridículamente oscura, excepto por el destello de la cámara de su teléfono. Parece un evento de recaudación de fondos, celebrado en un bar con poca luz. Hay una enorme pancarta colgando sobre el escenario que lee: SALVA EL PLANETA: APOYA AL DÍA DE LA TIERRA.

La cámara enfoca a un hombre que toca una guitarra acústica, sentado de manera informal en un taburete de madera, mientras una niña de cabello castaño rizado canta. Los reconozco a ambos por todos los videos que he visto.

El padre de Stella y su hermana, Abby.

El enfoque gira sobre Stella, con una gran sonrisa en su rostro, sus dientes tan blancos como predije. Ella está usando maquillaje, y toso con sorpresa por lo diferente que se ve. Sin embargo, no es el maquillaje. Ella está más feliz. Más tranquila. No como ha sido en persona.

Incluso la cánula de su nariz le queda bien cuando sonrío así.

—¡Papá y Abby! ¡Robándose el *show*! Si muero antes de cumplir los veintiún años, al menos he estado en un bar. —Ella gira la cámara para mostrar a una mujer mayor con el mismo cabello largo y castaño sentada junto a ella en una cabina de color rojo brillante—. ¡Saluda mamá!

La mujer saluda, dándole a la cámara una gran sonrisa.

Una camarera pasa por su mesa y Stella la llama.

—Ah, sí. Tomaré un *bourbon*, por favor. Puro.

Resoplo cuando la voz de su madre grita.

—¡No, no lo haré!

—Ahh, buen intento, Stella —le digo, riendo mientras una luz brillante se enciende, iluminando sus caras.

La canción de fondo termina y Stella comienza a aplaudir de forma maniática, girando la cámara para mostrar a su hermana, Abby, sonriéndole desde el escenario.

—Entonces, mi hermana pequeña, Stella, está aquí esta noche —dice, señalando directamente a Stella—. ¡Como si luchar por su propia vida no fuera suficiente, ella también va a salvar el planeta! ¡Ven a mostrarles lo que tienes, Stella!

La voz de Stella llega a través de mis altavoces, confundida y conmocionada.

—Uh, ¿ustedes planearon esto?

La cámara se vuelve hacia su madre, que sonrío. Sí.

—Vamos, bebé. ¡Lo filmaré! —dice su mamá, y todo se desenfoca cuando Stella le entrega el teléfono.

Todos en la sala aplauden mientras ella coloca su concentrador de oxígeno portátil en el escenario, su hermana Abby, la ayuda a subir los peldaños y hacia el centro de atención. Ella ajusta su cánula con nerviosismo mientras su padre le entrega un micrófono, antes de que se vuelva hacia la multitud y hable.

—Esta es mi primera vez. Delante de una multitud, de todos modos. ¡No se rían!

Así que, naturalmente, todos ríen, incluida Stella. Solo que, su risa está llena de nervios.

Ella mira a su hermana con cautela. Abby le dice algo que el micrófono apenas registra.

—Bushel y un peck.

¿Qué significa *eso*?

Sin embargo, funciona, y como magia, el nerviosismo se desvanece de la cara de Stella.

Su padre comienza a tocar su guitarra y yo tarareo antes de que mi cerebro incluso registre conscientemente lo que están cantando. Todos en la audiencia también se balancean, las cabezas se mueven hacia la izquierda y hacia la derecha, los pies golpean con el ritmo.

—Ahora he oído que había un acorde secreto...

Guau. Ambas pueden cantar.

Su hermana está luciendo esa voz clara, fuerte y poderosa, mientras que la de Stella es entrecortada y suave, suave en todas las formas correctas.

Presiono pausa cuando la cámara se acerca a la cara de Stella, todas sus facciones cobran vida en el resplandor del foco. Despreocupada, sonriente y *feliz*, allá arriba en el escenario junto a su hermana y su padre. Me pregunto qué la puso tan... tensa ayer.

Me paso los dedos por el cabello, observando su largo cabello, la sombra de su clavícula, la forma en que sus ojos marrones brillan cuando sonrío. Su adrenalina le da a su cara una pizca de color, sus mejillas un rosa brillante y alegre.

No voy a mentir. Ella es bonita.

Realmente *bonita*.

Miro hacia otro lado y... espera un segundo. No hay forma. Resalto el número con mi cursor.

—¿Cien mil vistas? ¿Me estás tomando el pelo?

¿Quién es esta chica?



Ni siquiera una hora más tarde, mi primera siesta después de toda la noche despierto es interrumpida por una fuerte alarma en el pasillo, y luego mi madre y la Dra. Hamid entran en mi cuarto para una visita nocturna. Aburrido, reprimo un bostezo y miro hacia el patio vacío, los vientos fríos y el pronóstico de nieve hace que todos se mantengan dentro.

Nieve. Al menos eso es algo que esperar.

Apoyo mi cabeza contra el frío cristal, ansioso por que el mundo exterior se cubra con una manta blanca. No he tocado nieve desde la primera vez que mi mamá me envió a un centro de tratamiento de primera línea para ser un conejillo de indias para un medicamento experimental para combatir la B. cepacia. Fue en Suecia, y habían estado perfeccionando esto durante media década.

Claramente, no se «perfeccionó» lo suficiente, porque salí de allí y regresé a casa en aproximadamente dos semanas.

En este punto no recuerdo mucho de esa estancia en particular. Lo único que recuerdo de la mayoría de mis viajes al hospital es el blanco. Sábanas blancas de hospital, paredes blancas, batas de laboratorio blancas, todo junto. Pero sí recuerdo las montañas y montañas de nieve que cayeron mientras estuve allí, el mismo blanco, solo que hermoso, menos estéril. Real. Había estado soñando con ir a esquiar en los Alpes, maldita sea la función pulmonar. Pero la única nieve que pude tocar fue en el techo del Mercedes de

alquiler de mi madre.

—Will —dice la voz de mi madre, severamente, cortando a través de mi sueño despierto de nieve fresca—. ¿Estas escuchando?

¿Está bromeando?

Giro mi cabeza para mirarla a ella y al Dra. Hamid, y asiento como un muñeco cabeza de burbuja a pesar de que no he escuchado una sola palabra todo este tiempo. Están revisando los resultados de mi primera prueba desde que comencé el ensayo clínico hace aproximadamente una semana, y como de costumbre, nada ha cambiado.

—Tenemos que ser pacientes —dice la Dra. Hamid—. La primera fase de los ensayos clínicos en humanos comenzó hace apenas dieciocho meses. —Observo a mi madre y la veo asentir con entusiasmo, con su corto y rubio cabello moviéndose hacia arriba y hacia abajo con las palabras del médico.

Me pregunto cuántas cuerdas tuvo que tirar y cuánto dinero tuvo que botar para meterme en esto.

—Lo estamos vigilando, pero Will necesita ayudarnos. Necesita mantener las variables en su vida al mínimo. —Sus ojos se enfocan en mí, su rostro delgado muy serio—. Will. Los riesgos de infección cruzada son aún más altos ahora, así que...

La corto.

—No tosas cerca de ningún otro paciente de FQ. Lo tengo.

Sus cejas negras sobresalen mientras frunce el ceño.

—No te acerques lo suficiente para tocarlos. Por su seguridad y la tuya.

Levanto mi mano en una muesa de promesa, recitando lo que probablemente podría ser el lema de la FQ en este punto,

—Dos metros y medio en todo momento.

Ella asiente.

—Lo tienes.

—Lo que tengo es B. cepacia, haciendo esta conversación nula e inútil. —Eso no va a cambiar en el corto plazo.

—¡Nada es imposible! —dice la Dra. Hamid con entusiasmo. Mi mamá se come esta línea—. Yo creo eso. Necesitas creerlo también.

Combino una sonrisa con un pulgar hacia arriba, antes de convertirlo en un pulgar hacia abajo y sacudir la cabeza, la sonrisa se me escapa de la cara. Es una tontería.

La Dra. Hamid se aclara la garganta, mirando a mi madre.

—Bien. Te lo dejo a ti.

—Gracias, Dra. Hamid —dice mi madre, estrechando su mano con entusiasmo, como si solo hubiera logrado firmar un contrato para su cliente más importante.

La Dra. Hamid me da una última sonrisa de labios finos antes de irse. Mi mamá se da vuelta para mirarme, sus ojos azules son penetrantes, su voz mordida.

—Me costó *mucho* esfuerzo meterte en este programa, Will.

Si por «esfuerzo» se refiere a escribir un cheque que podría enviar un pequeño pueblo a la universidad, entonces definitivamente puso un poco de esfuerzo para que yo pudiera ser una placa de Petri humana.

—¿Qué deseas? ¿Un agradecimiento por llevarme a otro hospital y perder más tiempo? —Me levanto y me acerco a ella—. En dos semanas tendré dieciocho años. Un adulto legal. Ya no tendrás las riendas.

Por un segundo se ve desconcertada, luego sus ojos se estrechan en mí. Agarra su último abrigo de Prada de la silla que está junto a la puerta, se lo pone y mira hacia atrás para mirarme.

—Te veré en tu cumpleaños.

Me inclino hacia la puerta, observándola irse, sus tacones sonando por el pasillo. Se detiene en la estación de enfermeras, donde Barb está hojeando algunos papeles.

—Barb, ¿verdad? Déjame darte mi celular. —La oigo decir mientras abre su bolso, agarrando su billetera desde adentro—. Si la ceftaloxima no funciona, Will puede... volverse difícil.

Cuando Barb no dice nada, saca una tarjeta de visita de su billetera.

—Ya ha estado decepcionado tantas veces, y espera estar decepcionado otra vez. Si no está cumpliendo, ¿me llamarás?

Ella coloca la tarjeta de visita en el mostrador antes de colocar un billete de cien encima, ya que es un restaurante elegante y soy una mesa que necesita ser adulada. Guau. Eso es simplemente genial.

Barb mira fijamente el dinero, levantando las cejas a mi madre.

—Eso fue inapropiado, ¿verdad? Lo siento. Hemos estado en muchos...

Su voz se desvanece, y veo como Barb toma la tarjeta de visita y el dinero del mostrador, encontrando la mirada de mi madre con el mismo aspecto de determinación que me da cuando me obliga a tomar alguna medicina.

—No se preocupe. Está en buenas manos. —Presiona los cien en la mano de mi madre, se guarda la tarjeta de visita y mira más allá de mi madre para encontrarse con mis ojos.

Me meto de nuevo en mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí y tirando del cuello de mi camiseta. Me acerco a la ventana, y luego vuelvo a sentarme en mi cama, y

luego vuelvo a la ventana, empujando las persianas cuando las paredes comienzan a cerrarse sobre mí.

Necesito salir. Necesito aire que no esté lleno de antiséptico.

Abro la puerta de mi armario para agarrar una sudadera con capucha, ponérmela y mirar hacia fuera en la estación de enfermeras para ver si la costa está despejada.

Ya no hay señales de Barb o de mi madre, pero Julie está en el teléfono detrás del escritorio, entre la puerta de salida que me llevará directamente a la única escalera en este edificio que lleva al techo, y yo.

Cierro la puerta silenciosamente, arrastrándome por el pasillo. Intento agacharme más abajo que la estación de las enfermeras, pero un tipo de metro ochenta que intenta mantenerse agachado y escabullirse es tan sutil como un elefante con los ojos vendados. Julie me mira y presiono mi espalda contra la pared, pretendiendo camuflarme. Sus ojos se estrechan en mí mientras mueve el teléfono lejos de su boca.

—¿A dónde crees que vas?

Hago la mímica de caminar con mis dedos.

Ella niega con la cabeza, sabiendo que he estado confinado en el tercer piso desde que me quedé dormido en las máquinas expendedoras en el Edificio 2 la semana pasada y causé una búsqueda por todo el hospital. Pongo mis manos juntas, haciendo un gesto de súplica y esperando que la desesperación que sale de mi alma la convenciera de lo contrario.

Al principio, nada. Su rostro permanece firme, su mirada inmutable. Luego pone los ojos en blanco, lanzándome una mascarilla antes de despedirme con la mano hacia la libertad.

Gracias a Dios. Necesito salir de este infierno blanco más de lo que necesito nada más.

Le guiño un ojo. Al menos ella es realmente humana.

Dejo el ala FQ, empujando para abrir la pesada puerta de la escalera y subiendo los peldaños de concreto a pesar de que mis pulmones se están quemando después de un solo piso. Tosiendo, tiro de la barandilla de metal, paso el cuarto piso y el quinto, y luego el sexto, y finalmente llego a una gran puerta roja con un gran aviso estampado: SALIDA DE EMERGENCIA. LA ALARMA SONARÁ CUANDO LA PUERTA SEA ABIERTA.

Saco mi billetera del bolsillo trasero, sacando un dólar bien doblado que guardo allí para momentos como estos. Levanto la mano y coloco el billete en el marco del interruptor de alarma para que la alarma no suene, luego abro la puerta solo un poco y me deslizo a la azotea.

Luego me agacho para colocar mi billetera entre la puerta y la jamba de manera de que no se cierre de golpe detrás de mí. He aprendido esa lección de la manera más difícil.

Mi madre sufriría un ataque al corazón si viera que estaba usando la billetera Louis

Vuitton que me regaló hace unos meses como tope de la puerta, pero fue un regalo estúpido para alguien que nunca va a ningún sitio que no sea las cafeterías del hospital.

Al menos como tope de puerta es útil.

Me pongo de pie, respirando hondo y tosiendo automáticamente cuando el frío y duro aire invernal conmociona mis pulmones. Sin embargo, se siente bien, estar afuera. No quedar atrapado dentro de muros monocromáticos.

Me estiro, mirando hacia el cielo gris pálido, los copos de nieve predichos finalmente se deslizan lentamente por el aire y aterrizan en mis mejillas y cabello. Camino lentamente hacia el borde del techo y me siento en la piedra helada, colgando mis piernas hacia un lado. Exhalo un aliento que siento que he estado conteniendo desde que llegué hace dos semanas.

Todo es hermoso desde aquí.

No importa a qué hospital vaya, siempre busco la manera de llegar al techo.

He visto desfiles desde el de Brasil, las personas lucían como hormigas de colores brillantes mientras bailaban por las calles, salvajes y libres. He visto dormir a Francia, la Torre Eiffel brillando intensamente en la distancia, las luces apagándose silenciosamente en los apartamentos del tercer piso, la luna vagando perezosamente a la vista. He visto las playas de California, el agua que se extiende por millas y millas, la gente disfrutando de las olas perfectas a primera hora de la mañana.

Cada lugar es diferente. Cada lugar es único. Son los hospitales desde los que veo los que son los mismos.

Esta ciudad no es la vida de la fiesta, pero se siente como si fuera un camino a casa. Tal vez eso debería hacerme sentir más cómodo, pero solo me hace sentir más inquieto. Probablemente porque por primera vez en ocho meses, estoy a un viaje en auto hasta casa. *Casa*. Donde están Hope y Jason. Donde mis viejos compañeros de clase están abriéndose camino lentamente hacia los finales, intentando entrar a cualquier escuela de la Ivy League que sus padres seleccionaron para ellos. Donde mi habitación, mi maldita vida, en realidad, está vacía y sin vida.

Observo los faros de los autos que pasan por la carretera al lado del hospital, las luces parpadeantes de las fiestas en la distancia, los niños riendo deslizándose en el estanque helado junto a un pequeño parque.

Hay algo simple en eso. Una libertad que hace que las puntas de mis dedos piquen.

Recuerdo cuando éramos Jason y yo, deslizándonos en el estanque helado al final de la calle de su casa, el frío hundiéndose profundamente en nuestros huesos mientras jugábamos. Estaríamos allí por horas, teniendo concursos para ver quién podría deslizarse más lejos sin caerse, lanzándonos bolas de nieve, haciendo ángeles de nieve.

Aprovechamos al máximo cada minuto hasta que mi mamá inevitablemente apareció y me arrastró de vuelta dentro.

Las luces se encienden en el patio del hospital, y miro hacia abajo para ver a una niña sentada dentro de su habitación en el tercer piso, escribiendo en una computadora portátil, un par de auriculares sobre sus orejas mientras se concentra en su pantalla.

Espera un segundo.

Entrecierro los ojos. Stella.

El viento frío tira de mi cabello, y levanto mi capucha, observando su cara mientras escribe.

¿En qué podría estar trabajando? Es sábado por la noche.

Ella era tan diferente en los videos que vi. Me pregunto qué cambió. ¿Es todo esto? ¿Todas las cosas del hospital? Las píldoras y los tratamientos y esas paredes encaladas que te empujan y te asfixian lentamente, día a día.

Me pongo de pie, balanceándome en el borde del techo, y miro hacia el patio siete pisos más abajo, solo por un momento imaginando la ingravidez, el abandono absoluto de la caída. Veo a Stella mirando a través del cristal y hacemos contacto visual justo cuando una fuerte ráfaga de viento me saca el aire. Intento respirar para recuperarlo, pero mis pulmones de mierda apenas absorben oxígeno.

El aire que consigo se engancha en mi garganta y empiezo a toser. *Fuerte.*

Mi caja torácica grita a medida que cada tos extrae más y más aire de mis pulmones, mis ojos empiezan a llorar.

Finalmente, empiezo a controlarlo, pero...

Mi cabeza nada, los bordes de mi visión se vuelven negros.

Me tropiezo, me asusto, moviendo la cabeza y tratando de concentrarme en la puerta de salida roja o en el suelo o algo así. Me quedo mirando mis manos, deseando que el negro se aclare, que el mundo vuelva a estar a la vista, sabiendo que el aire libre sobre el borde del techo está a unos centímetros de distancia.





CAPÍTULO V

Stella

Abro la puerta de la escalera, abrochándome la chaqueta mientras comienzo a subir los escalones hasta el techo. Mi corazón está latiendo tan fuerte en mis oídos, que apenas puedo escuchar mis pasos debajo de mí mientras subo los escalones.

Él tiene que estar loco.

Sigo imaginándolo parado al borde del techo, a punto de desplomarse siete pisos hasta su muerte, el miedo pintado en cada facción de su rostro. Nada como su anterior sonrisa de confianza.

Jadeando, paso el quinto piso y me detengo un momento para recuperar el aliento, mientras mis palmas sudorosas se aferran a la barandilla de metal. Miro por la escalera hacia el piso superior, con la cabeza dando vueltas y el dolor de garganta ardiendo. Ni siquiera tuve tiempo de tomar mi oxígeno portátil. Solo dos historias más. Dos más. Me obligo a seguir escalando, mis pies se mueven en orden: derecho, izquierdo, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo.

Finalmente, la puerta del techo está a la vista, abierta por debajo de una brillante alarma roja, *lista* para sonar.

Dudo, mirando desde la alarma a la puerta y viceversa. Pero, ¿por qué no se disparó cuando Will la abrió? ¿Está dañada?

Entonces lo veo. Un billete de dólar doblado que mantiene presionado el interruptor, evita que suene la alarma y dejando que todos en el hospital conozcan a un tipo loco con fibrosis quística y tendencias autodestructivas colgando en el techo.

Sacudo la cabeza. Él podría estar loco, pero eso es inteligente.

La puerta está abierta con una billetera, y la empujo tan rápido como puedo,

asegurándome de que el billete de un dólar permanezca firmemente en su lugar sobre el interruptor. Me paro en seco y recobro el aliento por primera vez en cuarenta y ocho escalones. Mirando a través del techo, me siento aliviada al ver que se ha alejado una distancia segura del borde y no ha caído hacia su muerte. Se vuelve a mirarme mientras jadeo, con una expresión de sorpresa en su rostro. Acercó mi bufanda roja mientras el aire frío me azota la cara y el cuello, mirando hacia abajo para ver si su billetera todavía está encajada en la jamba de la puerta antes de ir hacia él.

—¿Tienes ganas de morir? —grito, deteniéndome a unos tres metros de distancia de él. Él puede hacerlo, pero yo ciertamente no.

Sus mejillas y nariz están enrojecidas por el frío, y una fina capa de nieve se ha acumulado en su ondulado cabello castaño y en la capucha de su sudadera color burdeos. Cuando se ve así, casi puedo fingir que no es tan idiota.

Pero luego comienza a hablar de nuevo.

Se encoge de hombros, casualmente, señalando desde el borde del techo hasta el suelo.

—Mis pulmones están tostados. Así que voy a disfrutar de la vista mientras pueda.

Qué poético.

¿Por qué esperaba algo diferente?

Miro por delante de él para ver el brillante horizonte de la ciudad a lo lejos, muy lejos, las luces navideñas cubren cada centímetro de cada árbol, más brillantes ahora de lo que las he visto cuando hacen que el parque vuelva a la vida. Algunas incluso están tendidas de un árbol a otro, creando este camino mágico por el que podrías caminar debajo, retroceder, boquiabierto.

En todos mis años aquí nunca he estado en el techo. Temblando, me aprieto la chaqueta con más fuerza, envolviendo mis brazos alrededor de mi cuerpo mientras muevo mis ojos hacia él.

—Buena vista o no, ¿por qué alguien querría arriesgarse a caer siete pisos? —le pregunto, preguntándome genuinamente qué poseería alguien con pulmones defectuosos para hacer un viaje al techo en pleno invierno.

Sus ojos azules se iluminan de una manera que hace que mi estómago haga volteretas.

—¿Has visto París desde un tejado, Stella? ¿O Roma? ¿O aquí, incluso? Es lo único que hace que todo este tratamiento de mierda parezca pequeño.

—¿Tratamiento de mierda? —pregunto, dando dos pasos hacia él. Dos metros y medio de distancia. El límite—. Ese tratamiento de mierda es lo que nos mantiene vivos.

Resopla, poniendo los ojos en blanco.

—Ese tratamiento de mierda es lo que nos impide estar ahí abajo y vivir realmente.

Mi sangre comienza a hervir.

—¿Sabes siquiera la suerte que tienes de estar en este ensayo de drogas? Pero solo lo das por sentado. Un mocoso mimado y privilegiado.

—Espera, ¿cómo sabes sobre el ensayo? ¿Has estado preguntando por mí?

Ignoro sus preguntas, continuando.

—Si no te importa, entonces vete —le respondo—. Deja que alguien más tome tu lugar en el ensayo. Alguien que quiera vivir.

Lo miro, observando cómo cae la nieve en el espacio entre nosotros, desapareciendo a medida que aterriza en el polvo bajo nuestros pies. Nos miramos el uno al otro en silencio, y luego se encoge de hombros, su expresión ilegible. Da un paso hacia atrás, hacia el borde otra vez.

—Tienes razón. Quiero decir, me estoy muriendo de todos modos.

Estrecho mis ojos hacia él. Él no lo haría. ¿Verdad?

Otro paso atrás. Y otro, sus pasos crujen en la nieve recién caída. Sus ojos están fijos en los míos, desafiándome a decir algo, a detenerlo. Desafiándome a llamarlo.

Más cerca. Casi hasta el borde.

Inhalo bruscamente, el frío raspa el interior de mis pulmones.

Él cuelga un pie del extremo, y el aire libre hace que mi garganta se contraiga. Él no puede...

—¡Will! ¡No! ¡Para! —grito, dando un paso más hacia él, mi corazón latiendo con fuerza en mis oídos.

Se para, con la pierna flotando por el borde. Un paso más y habría caído. Un paso más y lo habría hecho...

Nos miramos el uno al otro en silencio, sus ojos azules curiosos, interesados. Y luego comienza a reír, fuerte, profundo y salvaje, de una manera tan familiar, que se siente como presionar un moretón.

—Oh Dios mío. La mirada en tu cara no tiene precio. —Imita mi voz—, ¡Will! ¡No! ¡Para!

—¿Estás jodidamente bromeando? ¿Por qué harías eso? ¡Caer a tu muerte no es una broma! —Puedo sentir mi cuerpo temblando. Me meto las uñas en la palma de la mano, tratando de detener el temblor mientras me alejo de él.

—¡Oh, vamos, Stella! —me llama—. Solo estaba bromeando.

Abro la puerta de la azotea y paso por encima de la cartera, con ganas de poner tanto espacio como sea posible entre nosotros. ¿Por qué me molesto? ¿Por qué subí cuatro pisos para ver si estaba bien? Empiezo a correr los primeros pasos, estirándome para darme cuenta... Me olvidé de ponerme la mascarilla.

Nunca olvido mi mascarilla.

Disminuyo la velocidad y luego me detengo por completo cuando una idea aparece en mi cabeza. Subiendo de nuevo a la puerta, levanto lentamente el billete de dólar del interruptor de la alarma, guardándolo en el bolsillo mientras vuelo de regreso al tercer piso del hospital.

Apoyándome contra la pared de ladrillo, recupero el aliento antes de quitarme la chaqueta y la bufanda, abrir la puerta y caminar hacia mi habitación, como si acabara de salir de la UCIN. En algún lugar en la distancia, la alarma del techo se apaga cuando Will abre la puerta para volver al interior, distante, pero a todo volumen cuando suena por la escalera, retumbando en el pasillo.

No puedo evitar sonreír.

Julie arroja una carpeta azul para pacientes sobre el escritorio detrás de la estación de enfermeras, sacudiendo la cabeza y murmurando para sí misma:

—¿El techo, Will? ¿De Verdad?

Es bueno saber que no soy la única a la que está volviendo loca.



Miro por la ventana, observando como cae la nieve en el resplandor fluorescente de las luces del patio, el pasillo finalmente se queda en silencio después de la reprimenda de Will, de una hora de duración. Mirando el reloj, veo que son solo las ocho de la noche, lo que me da mucho tiempo para trabajar en el número 14 de mi lista de tareas pendientes, «Preparar la aplicación para la prueba beta», y en el número 15, «Tabla de dosis completa para la diabetes», antes de irme a la cama esta noche.

Reviso mi Facebook rápidamente antes de comenzar. Aparece una notificación roja para una invitación a un Viaje de graduación este viernes por la noche en Cabo. Hago clic en la página y veo que utilizaron la descripción que había redactado cuando aún estaba organizando esto, y no estoy segura de si eso me hace sentir mejor o peor. Me desplazo por la lista de personas que van y veo las fotos de Camila y Mya, y las de Masón (ahora sin Brooke), seguidas de las fotos de media docena de personas de mi escuela que ya respondieron con un sí.

Mi iPad comienza a sonar, y veo una llamada de FaceTime de parte de Camila. Es como si supieran que estaba pensando en ellas. Sonrío y deslizo el dedo hacia la derecha para aceptar la llamada, casi cegándome cuando el brillante sol de cualquier playa prístina en la que están sentadas irrumpe en la pantalla de mi iPad.

—¡De acuerdo, estoy oficialmente celosa! —digo cuando la cara de Camila quemada por el sol aparece a la vista.

Mya se lanza para poner su cara sobre el hombro de Camila, su cabello rizado rebota en el marco. Está usando el traje de baño de una pieza de lunares que le ayudé a elegir,

pero claramente no tiene tiempo para bromas.

—¿Hay chicos lindos allí? Y no te atrevas a decir...

—Solo Poe —decimos al mismo tiempo.

Camila se encoge de hombros, arreglando sus lentes.

—Poe cuenta. ¡Es LINDO!

Mya resopla, empujando a Camila.

—Poe está mil por ciento no interesado en ti, Camila.

Camila la golpea juguetonamente en el brazo, y luego se congela, entrecerrando los ojos.

—Oh Dios mío. ¿Está ahí? Stella, ¿hay un chico lindo allí?

Ruedo mis ojos.

—Él no es lindo.

—«¡Él!» —Las dos gritan de alegría, y puedo sentir la cascada de preguntas que están a punto de derramarse sobre mí.

—¡Me tengo que ir! ¡Hablamos mañana! —digo mientras protestan, y cuelgan. El momento en el techo todavía está un poco demasiado fresco y extraño para hablar. La página de la fiesta en la playa de Cabo vuelve a verse. Coloco el cursor sobre «No voy», pero no puedo hacer clic en él todavía, así que en lugar de eso solo cierro la página y levanto Visual Studio.

Abro el proyecto en el que he estado trabajando y empiezo a revisar las líneas y líneas de código, ya sintiendo que mis músculos se relajan mientras lo hago. Encuentro un error en la línea 27, donde coloco una c en lugar de una x para una variable y un signo igual faltan en la línea 182, pero aparte de eso, la aplicación finalmente parece lista para ir a la versión beta. Casi no puedo creerlo. Celebraré con una taza de pudín más tarde.

Intento pasar a completar la tabla de dosificación para la diabetes en mi hoja de cálculo de las afecciones crónicas más prevalentes, clasificando según las diferentes edades, pesos y medicamentos. Pero pronto me encuentro mirando las columnas en blanco, con las yemas de mis dedos tocando el borde de mi computadora portátil, mi mente a un millón de kilómetros de distancia.

Enfócate.

Me estiro para agarrar mi cuaderno de bolsillo, tachando el número 14 y tratando de obtener la sensación de calma que generalmente proviene de los elementos de la lista de tareas pendientes, pero no llega. Me congelo mientras mi lápiz se cierne sobre el número 15, mirando desde las columnas y filas en blanco en mi hoja de cálculo hasta la tabla de dosificación completa para la diabetes.

Inconcluso. Ugh

Tiro el cuaderno sobre mi cama, la inquietud y el malestar llenan mi estómago. De pie, camino hacia la ventana, mi mano empuja las persianas.

Mis ojos viajan al techo, al lugar donde Will estaba parado antes. Sé que era su persona habitual cuando llegué allí, pero no me imaginé la tos y el tambaleo. O el miedo.

El Sr. «La muerte viene para todos nosotros» no quería morir.

Inquieta, camino hacia mi carrito de medicamentos, esperando que pasar a «Medicamentos antes de acostarse» en mi lista de tareas me ayude a calmarme. Mis dedos golpean el metal del carro mientras miro el mar de botellas, luego vuelvo a mirar por la ventana hacia el techo y luego a las botellas.

¿Está haciendo sus tratamientos?

Probablemente, Barb pueda obligarlo a tomar la mayoría de sus medicamentos, pero no puede estar allí para cada dosis. Ella puede atarlo a su AffloVest, pero no puede asegurarse de que lo mantenga encendido durante la media hora completa.

Probablemente no esté haciendo todos sus tratamientos.

Trato de repasar los medicamentos en el orden en que los tomo, revolviéndolos en el carrito, todos los nombres se confunden. En lugar de sentirme calmada, siento más y más frustración, la ira subiendo por los lados de mi cabeza.

Lucho con la tapa de un diluyente de moco, presionándola con todas mis fuerzas e intentando retorcerla.

No quiero que muera.

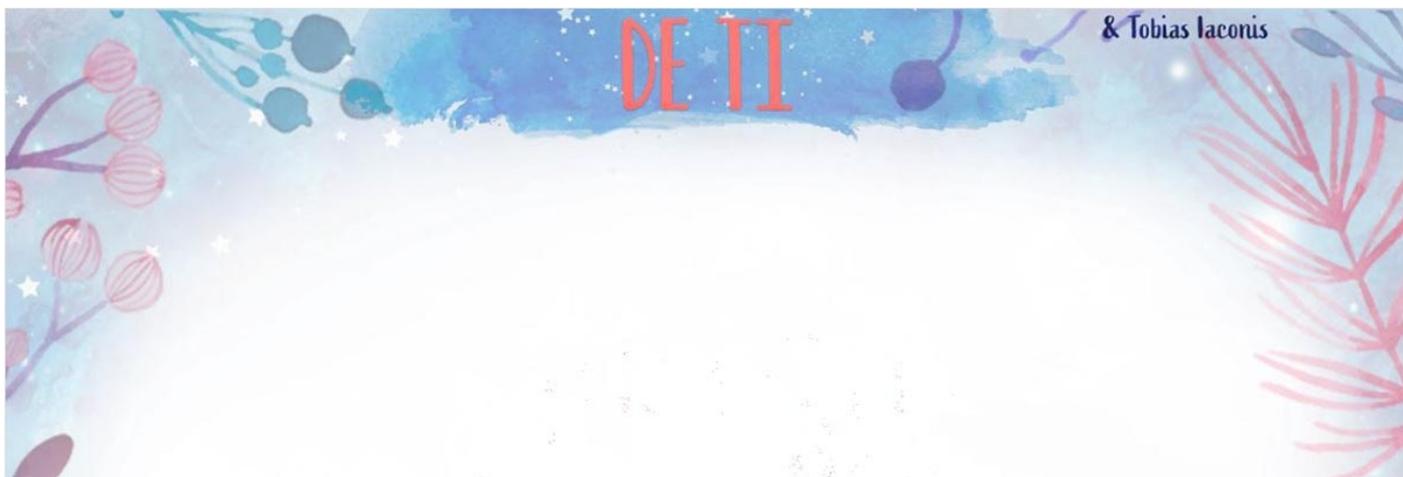
El pensamiento se sube a la montaña de frustración y planta una bandera, clara y ruidosa y tan sorprendente para mí que ni siquiera la entiendo. Solo lo veo caminando de regreso al borde de ese techo. Y a pesar de que él es el peor de los casos...

No quiero que muera.

Giro la tapa bruscamente y sale volando, las píldoras se derraman sobre mi carrito médico. Enojada, golpeo la botella, las pastillas saltan de nuevo con la fuerza de mi mano.

—¡Maldita sea!





CAPÍTULO VI

Will

Abro la puerta de mi habitación, sorprendido de ver a Stella apoyada contra la pared al otro lado del pasillo. Después de la maniobra que hice ayer, pensé que se mantendría alejada de mí por lo menos una semana. Lleva alrededor de cuatro mascarillas y dos pares de guantes, sus dedos se envuelven firmemente alrededor de la barandilla de plástico en la pared. Mientras se mueve, percibo el olor a lavanda.

Huele bien. Probablemente sea mi nariz deseando olfatear cualquier cosa que no sea blanqueador.

Sonrío

—¿Eres mi proctólogo?

Me da lo que creo que es una mirada helada por lo que puedo ver de su cara, inclinándose para mirar más allá de mí dentro de mi habitación. Miro detrás de mí para qué es lo que está mirando. Los libros de arte, el AffloVest colgado en el borde de la cama de cuando me lo quité tan pronto como Barb se fue, mi cuaderno de bocetos abierto sobre la mesa. Eso es todo.

—Lo sabía —dice ella finalmente, como si confirmara la respuesta a un gran misterio de Sherlock Holmes. Extiende su mano enguantada—. Déjame ver tu régimen.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Nos miramos fijamente, sus ojos marrones lanzando dagas a través de mí mientras trato de darle una mirada igualmente intimidante. Pero estoy aburrido como una mierda, así que mi curiosidad me supera. Ruedo mis ojos y me vuelvo para ir a destrozarme mi habitación en busca de una hoja de papel que probablemente ya esté en un vertedero en algún lugar.

Dejo de lado algunas revistas y reviso debajo de la cama. Hojeo un par de mis páginas del cuaderno de bocetos, e incluso miro debajo de mi almohada, pero no se encuentra en ninguna parte.

Me enderezo y sacudo la cabeza hacia ella.

—No puedo encontrarlo. Lo siento. Te veo luego.

Sin embargo, ella no se mueve, y se cruza de brazos desafiándome, negándose a irse.

Así que sigo mirando, mis ojos escaneando la habitación mientras Stella golpea su pie con impaciencia en el pasillo. Es inútil. Esa cosa es... espera.

Me percató de mi cuaderno de dibujo de tamaño bolsillo que se encuentra en mi cómoda, el régimen atiborrado en la parte posterior del mismo, perfectamente doblado y apenas sobresaliendo más allá de las pequeñas páginas del libro.

Mi madre debe haberlo escondido allí para que no terminara en el contenedor de basura.

Lo agarro, me dirijo a la puerta y le extiendo el papel.

—No es que sea de tu incumbencia...

Ella me arrebató el papel antes de apoyarse de nuevo contra la pared del fondo. La veo con furia mirando las ordenadas columnas y filas que convertí en una caricatura bastante enferma, imitando un nivel de Donkey Kong, mientras que mamá y la Dra. Hamid conversaban. Hay escaleras dibujadas encima de la información de mi dosis, los barriles rodantes rebotando alrededor de los nombres de mis tratamientos, la damisela en apuros gritando «¡AYUDA!» en la esquina izquierda junto a mi nombre. Listo, ¿verdad?

—¿Qué es —cómo podrías— por qué?

Claramente, no lo cree.

—¿Así es como se ve un aneurisma? ¿Debo llamar a Julie?

Ella empuja el papel hacia mí, su cara como un trueno.

—Oye —digo, levantando mis manos—. Entiendo que tienes un complejo de héroe salvando al mundo, pero déjame fuera de esto.

Sacude su cabeza hacia mí.

—Será. Estos tratamientos no son opcionales. Estos medicamentos no son opcionales.

—Es probable que por eso sigan empujándolos por mi garganta. —Sin embargo, para ser justos, cualquier cosa puede ser opcional si eres lo suficientemente creativo.

Stella sacude la cabeza, levanta las manos y sale corriendo por el pasillo.

—¡Me estás volviendo loca!

Las palabras de la Dra. Hamid de antes me sorprenden jugando en mi cabeza. *No te*

acerques lo suficiente para tocarlos. Por su seguridad, y la tuya. Agarro una mascarilla de una caja sin abrir que Julie puso junto a mi puerta, la guardo en mi bolsillo y corro tras ella.

Miro hacia un lado para ver a un chico de cabello castaño corto con nariz afilada y pómulos incluso más afilados, mirando por la habitación 310, sus cejas alzándose con curiosidad mientras sigo a Stella por el pasillo hasta el ascensor. Ella llega primero, entra y se gira para mirarme mientras presiona el botón del piso. Me muevo para entrar tras ella, pero levanta la mano.

—Dos metros y medio.

Mierda.

Las puertas se cierran y golpeo mi pie con impaciencia, presionando el botón de arriba una y otra vez mientras veo que el elevador sube constantemente hasta el quinto piso y luego vuelve lentamente hacia mí. Miro nerviosamente la estación de enfermeras vacía detrás de mí antes de deslizarme rápidamente en el ascensor y apretar el botón de cerrar la puerta. Me encuentro con mi propia mirada en el metal borroso del ascensor, recordando la mascarilla en mi bolsillo y poniéndomela mientras subo al quinto piso. Esto es estúpido. ¿Por qué estoy siguiendo a Barb Jr.?

Con un toque, la puerta se abre lentamente, y camino por el pasillo y cruzando el puente hacia la entrada este de la UCIN, esquivando a algunos médicos en el camino. Todos están claramente en camino hacia algún lugar, así que nadie me detiene. Empujando suavemente la puerta para abrirla, observo a Stella por un momento. Abro la boca para preguntar de qué diablos se trata, pero luego veo que su expresión es oscura. Grave. Me detengo a una distancia segura de ella y sigo sus ojos hacia el bebé, más tubos y cables que miembros.

Veo el pequeño pecho, luchando por subir y bajar, luchando por seguir respirando. Siento mi propio latido en mi pecho, mis propios pulmones débiles tratando de llenarme con aire tras mi loca carrera por el hospital.

—Ella está luchando por su vida —dice finalmente, encontrándose con mis ojos en el cristal—. No sabe lo que está por delante de ella o por qué está luchando. Es solo... Instinto, Will. Su instinto es luchar. Vivir.

Instinto.

Perdí ese instinto hace mucho tiempo. Tal vez en mi quincuagésimo hospital, en Berlín. Tal vez hace unos ocho meses cuando contraje B. cepacia y quitaron mi nombre de la lista de trasplantes. Hay muchas posibilidades.

Mi mandíbula se aprieta.

—Escucha, tienes al chico equivocado para ese pequeño e inspirador discurso...

—Por favor —me interrumpió, girándose para enfrentarme con una sorprendente cantidad de desesperación en su expresión—. Necesito que sigas tu régimen. Estricta y

completamente.

—No creo haber oído eso bien. Acabas de decir... ¿Por favor? —digo, tratando de esquivar la seriedad de esta conversación. Sin embargo, su expresión no cambia. Sacudo la cabeza, acercándome a ella, pero no demasiado cerca. Algo está pasando.

—Bueno. ¿Qué está pasando realmente aquí? No me reiré.

Ella respira hondo, retrocediendo dos pasos ante mi paso adelante.

—Yo tengo... Problemas de control. Necesito saber que las cosas están en orden.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Sé que no estás haciendo tus tratamientos. —Se apoya contra el cristal, mirándome—. Y eso me está volviendo loca. Mucho.

Me aclaro la garganta, mirando más allá de ella al pequeño bebé indefenso al otro lado del vidrio. Siento una punzada de culpa, aunque eso no tiene sentido.

—Sí, bueno, me encantaría ayudarte. Pero lo que estás pidiendo... —Sacudo la cabeza, encogiéndome de hombros—. Eh, no sé cómo.

—Mentira, Will —dice, pisando fuerte—. Todos los pacientes con FQ saben cómo administrar sus propios tratamientos. Somos prácticamente médicos para cuando cumplimos los doce.

—¿Incluso si somos niños mimados privilegiados? —Desafío, quitándome la mascarilla. A ella no le divierte mi comentario, y su cara todavía es frustrada, angustiada. No sé cuál es el verdadero problema, pero claramente está afectándola. Esto es más que problemas de control. Respirando hondo, dejo de joder—. ¿Vas en serio? ¿Te estoy volviendo loca?

No responde, y nos quedamos allí, mirándonos fijamente en silencio, algo que limita el entendimiento que pasa entre nosotros. Finalmente, doy un paso atrás y me pongo la mascarilla nuevamente como ofrenda de paz, antes de apoyarme contra la pared.

—Bueno. De acuerdo —digo, mirándola—. Entonces, si estoy de acuerdo con esto, ¿qué hay para mí?

Sus ojos se estrechan y lleva su sudadera gris apretándola contra su pecho. La observo, la forma en que su cabello cae sobre sus hombros, la forma en que sus ojos muestran cada pequeña cosa que siente.

—Quiero dibujarte —digo antes de que pueda detenerme.

—¿Qué? —dice, sacudiendo la cabeza con firmeza—. No.

—¿Por qué no? —pregunto—. Eres hermosa.

Mierda. Eso se me escapó. Ella me mira sorprendida y, a menos que me lo imagine, solo un poco complacida.

—Gracias, pero de ninguna manera.

Me encojo de hombros y empiezo a caminar hacia la puerta.

—Supongo que no tenemos un trato.

—¿No puedes practicar un poco de disciplina? ¿Adherirte a tu régimen? ¿Ni siquiera para salvar tu propia vida?

Me detengo en seco, mirándola. Ella no lo entiende.

—Nada va a salvar mi vida, Stella. O la tuya. —Sigo andando por el pasillo, gritando por encima de mi hombro—: Todos en este mundo respiran aire prestado.

Empujo la puerta para abrirla y estoy a punto de irme cuando su voz suena detrás de mí.

—Ugh, ¡bien!

Me doy vuelta, sorprendido, la puerta se cierra con un clic.

—Pero nada de desnudos —añade. Se ha quitado la mascarilla y puedo ver sus labios contraerse en una sonrisa. La primera que me ha dado. Ella está haciendo una broma.

Stella Grant está haciendo una broma.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Ah, debería haber sabido que encontrarías una forma de quitarle toda la diversión.

—No voy a posar durante horas y horas —dice, mirando al bebé prematuro, con la cara repentinamente seria—. Y tu régimen. Lo hacemos a mi manera.

—Trato —le digo, sabiendo que hacerlo a su manera quiere decir que será un gigantesco dolor en el culo—. Yo diría que lo sacudiéramos, pero...

—Divertido —dice, mirándome y luego asintiendo hacia la puerta—. Lo primero que tienes que hacer es conseguir un carrito de medicina en tu habitación.

Hago un saludo militar.

—En eso. Carro médico en mi habitación.

Empujo la puerta para abrirla, dándole una gran sonrisa que me dura hasta el ascensor. Sacando mi teléfono, le envío un mensaje de texto rápido a Jason: *Entiende esto, amigo: una tregua con esa chica de la que te hablé.*

Él ha estado disfrutando mucho de las historias que le he contado sobre ella. Lloró de tanto reírse ante el incidente de la alarma de la puerta ayer.

Mi teléfono vibra con su respuesta cuando el ascensor se detiene lentamente en el tercer piso: debe ser por tu buena apariencia. Claramente no será por tu encantadora personalidad.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y miro a la vuelta de la esquina para comprobar

que el puesto de enfermeras todavía estaba vacío antes de salir del ascensor. Salto cuando un fuerte estruendo resuena desde una puerta abierta.

—Ay. Mierda —dice una voz desde dentro.

Asomo la vista para ver al tío de cabello oscuro que llevaba un par de pijamas de franela.

Un pantalón y una camiseta de Food Network. Está sentado en el suelo junto a un monopatín volcado, frotándose el codo, claramente después de la aniquilación.

—Oh, hey —dice, levantándose y recogiendo el monopatín—. Acabas de perderte el *show*.

—¿Estás haciendo acrobacias aquí?

Se encoge de hombros.

—No hay lugar más seguro para romperte una pierna. Además, Barb acaba de terminar su turno.

Punto válido.

—No puedo discutir con la lógica. —Me río, levantando la mano para hacer una pequeña ola—. Soy Will.

—Poe —dice, sonriéndome de nuevo.

Cogemos sillas de nuestras habitaciones y nos sentamos en nuestras respectivas puertas. Es agradable hablar con alguien por aquí que no está enojado conmigo todo el tiempo.

—Entonces, ¿qué te trae a Saint Grace's? No te he visto aquí antes. Stell y yo conocemos a casi todos los que llegan.

Stell. ¿Así que son amigos cercanos?

Inclino mi silla hacia atrás, dejándola apoyada contra el marco de la puerta, y trato de dejar caer la bomba de la B. cepacia tan casualmente como puedo.

—Ensayo experimental para B. cepacia.

Usualmente evito decírselo a los pacientes con FQ porque hacen un punto para evitarme como la plaga.

Sus ojos se abren, pero no se aleja. Él simplemente rueda el monopatín de un lado a otro bajo sus pies.

—¿B. cepacia? Eso es *duro*. ¿Hace cuánto la contrajiste?

—Hace unos ocho meses —le digo. Recuerdo que una mañana me desperté teniendo más problemas para respirar que de costumbre y luego no pude dejar de toser. Mi madre, obsesionada con cada respiración que he tomado durante toda mi vida, me llevó directamente al hospital para que me hiciera algunas pruebas. Todavía puedo escuchar sus

tacones haciendo clic ruidosamente detrás de la camilla, dando órdenes a la gente como si fuera la jefa de cirugía.

Pensé que estaba obsesionada antes de que volvieran los resultados. Ella siempre reaccionaba exageradamente a cada tos fuerte o jadeo, manteniéndome fuera de la escuela o forzándome a cancelar los planes para ir a las citas con el médico o al hospital sin ninguna razón.

Recuerdo haber realizado una actuación de coro obligatoria en el tercer grado y toser justo en el medio de nuestra interpretación de «*This Little Light of Mine*». Literalmente detuvo el concierto en mitad del espectáculo y me arrastró fuera del escenario para ir a un chequeo.

Pero no sabía lo bien que estaba. Las cosas están mucho peor ahora de lo que eran entonces. Hospital tras hospital, ensayo experimental tras ensayo experimental. Cada semana es otro intento de solucionar el problema, curar lo incurable. Un minuto sin una IV o no hablar de un próximo paso es un minuto perdido.

Pero nada me va a devolver a una lista de trasplante de pulmón. Y cada semana que desperdiciamos, una mayor parte de mi función pulmonar también se desperdicia.

—Se colonizó tan rápido —le digo a Poe, poniendo las patas delanteras de mi silla en el suelo—. Un minuto estaba en la parte superior de la lista de trasplantes, y luego un cultivo de garganta más tarde... —Me aclaro la garganta, tratando de no dejar que se muestre la decepción, y me encojo de hombros—. Lo que sea.

No tiene sentido detenerse en lo que podría haber sido.

Poe resopla.

—Bueno, estoy *seguro* de que esa actitud. —Imita mi encogimiento de hombros y toque de mi cabello—, es lo que está volviendo loca a Stella.

—Parece que la conoces bien. ¿De qué se trata, de todos modos? Ella dijo que solo es una loca por el control, pero...

—Llámalo como quieras, pero Stella tiene su mierda junta. —Deja de rodar la patineta y me sonrío—. Ella definitivamente me mantiene en línea.

—Es mandona.

—No, es una jefa —dice Poe, y puedo decir por la expresión en su rostro que lo dice en serio—. Me ha visto en las verdes y las maduras, hombre.

Ahora estoy curioso. Estrecho mis ojos.

—¿Alguna vez han tenido...?

—¿Algo? —dice Poe, inclinando su cabeza hacia atrás para reír—. Oh hombre. ¡De ninguna manera! No, no, no.

Le doy una mirada. Ella es linda. Y él claramente se preocupa por ella. Mucho. Me

resulta difícil creer que ni siquiera *intentó* hacer un movimiento.

—Quiero decir, para empezar, ambos tenemos FQ. No tocar —dice. Esta vez me está dando la mirada calculada—. El sexo no es algo por lo que valga la pena morir, si me preguntas.

Resoplo, sacudiendo la cabeza. Claramente, todos en esta ala han tenido sexo «bueno». Por alguna razón, todos piensan que, si tienes una enfermedad, o un trastorno, o estás enfermo, te conviertes en un santo.

Lo que es un montón de mierda.

La FQ podría haber mejorado mi vida sexual, en todo caso. Además, la única ventaja de moverse tanto es que no me quedo en ningún lugar el tiempo suficiente para involucrar sentimientos. Jason parece bastante feliz desde que se entusiasmó con Hope, pero realmente no necesito ninguna otra mierda seria en mi vida.

—En segundo lugar, ha sido mi mejor amiga prácticamente toda mi vida —dice, devolviéndome al presente. Juro que se está poniendo un poco lloroso.

—Creo que la amas —le digo, burlándome de él.

—Demonios sí. La adoro, joder —dice Poe como si fuera una obviedad—. Me acostaría sobre carbón caliente por ella. Le daría mis pulmones si valieran una mierda.

Maldita sea. Intento ignorar los celos que penetran en mi pecho.

—Entonces no lo entiendo. Por qué...

—Ella no es un *él* —dice Poe, cortándome.

El centavo tarda un segundo en caer, pero luego me río y sacudo la cabeza.

—Qué manera de enterrar el plomo, amigo.

No estoy seguro de por qué estoy tan aliviado, pero lo estoy. Miro fijamente la pizarra de borrado en seco que cuelga en la puerta directamente sobre su cabeza con un gran corazón dibujado en él.

Si Stella también está tratando de mantenerme vivo, no debe odiarme por *completo*, ¿verdad?





CAPÍTULO VII

Stella

Dame diez minutos —digo cerrando la puerta y dejando a Will y Poe afuera en el pasillo.

Miro alrededor de su habitación mientras mi aplicación se descarga en su teléfono, viendo la nota que deslicé bajo su puerta esta mañana colocada sobre su cama.

—Envíame un mensaje de texto cuando tengas el carrito de medicinas. (718) 555 3295. Estaré aquí esta tarde para arreglar todo.

Sabía que sería difícil, especialmente porque Will y Barb claramente no están en el mejor de los términos, por lo que ella no lo defendería, pero él fue por encima de su cabeza y logró encantar a la Dra. Hamid. Levanto la nota y me doy cuenta de que ha dibujado una pequeña caricatura a lo largo del borde, de una Barb enojada en sus uniformes coloridos exclusivos, empujando un carrito de medicina y gritando: «¡NO HAGAS QUE ME ARREPIENTA DE ESTO!».

Sacudo la cabeza, una sonrisa se desliza en mis labios cuando vuelvo a bajar la nota y camino hacia el carrito de medicina. Reorganizo algunos frascos de pastillas, asegurándome una vez más de que todo está en el mismo orden cronológico que lo que programé en la aplicación después de hacer una referencia cruzada a su régimen cubierto por Donkey Kong.

Reviso dos veces su computadora portátil para ver cuánto tiempo más tarda en completarse la descarga desde el enlace que le envié, tratando de no respirar más de lo necesario en esta habitación llena de B. cepacia.

Ochenta y ocho por ciento completo.

Mi corazón salta cuando escucho un ruido afuera de la puerta, y arranco mi mano del teclado, preocupada de que nos hayan atrapado. Por favor, que no sea Barb. Por favor, que

no sea Barb. Ella debería estar en su hora de almuerzo, pero si ya está de regreso, comenzando sus rondas de lunes por la tarde, me matará.

Los pasos de Will hacen eco hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, frente a la puerta, y voy de puntillas hacia la puerta, casi presionando mi oreja contra ella. Pero me siento aliviada al escuchar solo las dos de sus voces.

—Limpiaste todo, ¿verdad? —dice Poe.

—Por supuesto que lo hice. Dos veces, solo para estar a salvo —responde Will—. Quiero decir, claramente, esta no fue mi idea, ya sabes.

Ajusto la bata de aislamiento sobre la parte superior de mi traje quirúrgico desechable y abro la puerta de un tirón, entrecerrando los ojos a través de mis gafas.

Poe da vuelta en su patineta para mirarme.

—Hombre, Stella. ¿Te dije cómo te ves hoy?

Él y Will se echan a reír por tercera vez por mi improvisado traje de materiales peligrosos. Los miro con furia antes de mirar hacia el pasillo.

—¿Todavía claro?

Se empuja en su patineta y lentamente pasa junto a la estación de enfermeras, mirando por encima del escritorio.

Dispara un pulgar hacia arriba en mi dirección.

—Solo apúrate.

—¡Ya casi termino! —digo, volviendo a la habitación y cerrando la puerta.

Miro el carrito de medicina, lanzando un suspiro de satisfacción por lo meticulosamente organizado que está. Pero luego veo el escritorio en el que está su computadora portátil, que es tan... no. Me acerco y agarro un puñado de lápices de colores, colocándolos de forma segura en el soporte para lápices al que pertenecen. Arreglo las revistas y los cuadernos de bocetos, asegurándome de que estén en orden por tamaño y, al hacerlo, cae un trozo de papel.

Es un niño de dibujos animados que se parece mucho a Will sosteniendo un par de globos y forzando el aire en unos pulmones de aspecto desinflado, con la cara enrojecida por el esfuerzo. Sonrío, leyendo el título debajo: «*Solo respira*».

Es muy bueno.

Extendiéndome, trazo suavemente los pulmones de Will, como lo hago con el dibujo de Abby. Las puntas de mis dedos enguantados aterrizan en la pequeña caricatura de Will, su mandíbula afilada, su cabello rebelde, sus ojos azules y la misma sudadera burdeos que llevaba en el techo.

Lo único que falta es la sonrisa.

Miro hacia la pared y me doy cuenta de que solo tiene una vieja caricatura colgada justo encima de su cama. Tomando una tachuela de un frasco pequeño, cuelgo su caricatura en la pared debajo de ella.

El portátil se apaga y parpadeo, alejando rápidamente mi mano. Carga completa. Doy media vuelta, caminando hacia su escritorio y desenchufando su teléfono. Recogiendo todo, abro la puerta y extendiendo el teléfono al Will que no es de caricatura.

Se estira para quitármelo, y se fija la mascarilla con la otra mano.

—Construí una aplicación para enfermedades crónicas. Tablas médicas, horarios. — Me encojo de hombros casualmente—. Te alertará cuando necesites tomar tus pastillas o hacer un tratamiento...

—¿*Construiste* una aplicación? Como, ¿lo construiste, construiste? —Me interrumpe, mirándome desde el teléfono con sorpresa, con los ojos azules muy abiertos.

—Noticias de última hora. Las chicas pueden codificar.

Su teléfono suena y veo el frasco de pastillas animado aparecer en su pantalla.

—Ivacaftor. Ciento cincuenta miligramos —le digo. Maldita sea, ya me siento mejor.

Levanto mis cejas a Will, quien me está mirando con una mirada que no es de burla por una vez. Está impresionado. Bien.

—Mi aplicación es tan simple que incluso los niños pueden resolverla.

Salgo, balanceando mis caderas inexistentes con confianza, mis mejillas se calientan mientras me dirijo directamente al baño público al otro lado del piso que nadie usa.

La luz parpadea mientras cierro la puerta detrás de mí. Me quito los guantes y tomo unas toallitas desinfectantes de un contenedor redondo que está junto a la puerta, frotándome las manos tres veces. Exhalando lentamente, arranco todo lo que estoy usando; los botines y el gorro y la mascarilla y las batas y el traje quirúrgico. Los meto todos en el contenedor, los empujo hacia abajo y cierro la tapa antes de correr hacia el fregadero.

Mi piel pica, como si pudiera sentir la B. cepacia buscando una manera de deslizarse dentro y comerme.

Voy al lavamanos y giro la manija, el agua caliente sale del grifo ruidosamente. Agarro la porcelana lisa, mirándome en el espejo, de pie en mi sujetador y ropa interior. El puñado de cicatrices en relieve que recubren mi pecho y estómago de cirugía tras cirugía, mis costillas se empujan a través de mi piel cuando respiro, el ángulo agudo de mi clavícula se hace más agudo por la tenue iluminación del baño. El enrojecimiento alrededor de mi Sonda Gástrica está empeorando, una infección definitivamente comienza a formarse.

Soy demasiado delgada, también tengo cicatrices... Me encuentro con mis ojos color avellana en el espejo.

¿Por qué Will querría dibujarme?

Su voz hace eco en mi cabeza, llamándome hermosa. *Hermosa*. Hace que mi corazón se mueva de una manera que no debería.

El vapor comienza a nublar el espejo, borrando la imagen. Miro hacia otro lado, bombeando el jabón hasta que se desborda en mi mano. Me friego las manos y los brazos y la cara con eso, lavando todo y bajando hacia el lavabo. Luego aplico un poco de desinfectante de manos de alta resistencia por seguridad.

Me seco, abriendo la tapa del segundo bote de basura y sacando una bolsa de ropa que cuidadosamente coloqué una hora antes de camino a la habitación de Will. Una vez que estoy vestida, me miro en el espejo una vez más antes de salir del baño con cuidado, asegurándome de que nadie me vea salir. Como nueva.



Recostada en mi cama, miro con cautela mi lista de tareas del lunes, pero en cambio sigo navegando a través de las redes sociales en mi teléfono. Hago tap en la historia de Camila en Instagram, observando por millonésima vez mientras saluda alegremente a la cámara desde un kayak, sosteniendo el teléfono sobre su cabeza para mostrar a Mya remando frenéticamente detrás de ella.

La mayor parte de mi tiempo, desde la operación secreta de materiales peligrosos, la he pasado absorbiendo indirectamente a Cabo a través de las Historias de Instagram de mis compañeros. Fui a bucear en aguas cristalinas con Melissa. Navegué con Jude para ver el Arco de Cabo San Lucas. Disfruté de la playa con una Brooke aparentemente no muy desconsolada.

Justo cuando estoy a punto de golpear la actualización una vez más, alguien toca a mi puerta y Barb asoma la cabeza. Mira mi carrito médico por un segundo y estoy bastante segura de que sé lo que viene.

—¿Has estado en la habitación de Will? Su configuración se ve... horriblemente familiar.

Sacudo la cabeza, no. No fui yo. Una de las ventajas de ser una santurróna es que Barb probablemente me crea.

Me siento aliviada cuando mi computadora portátil suena con una notificación de FaceTime, la imagen de Poe aparece en la pantalla. Me quedo inmóvil antes de responder, silenciosamente deseando que no diga nada sobre Will mientras doy vuelta a mi computadora portátil.

—¡Mira quién acaba de regresar de la hora del almuerzo!

Afortunadamente, sus ojos inmediatamente se acercan para ver a Barb parada en la puerta, y retiene cualquier comentario que esté a punto de hacer.

—Oh. Hola, Barb. —Se aclara la garganta. Barb le sonríe cuando comienza a divagar sobre peras flambeadas con algún tipo de reducción. Observo mientras ella cierra la puerta lentamente, mi corazón palpita en mis oídos hasta que escucho el suave clic del pestillo deslizándose en su lugar.

Exhalo lentamente mientras Poe me mira.

—Escucha. Entiendo lo que estás haciendo. Es agradable. —Ve directamente en mi alma como siempre—. Pero esta cosa con Will. ¿Es realmente la mejor idea? Quiero decir, tú de todas las personas lo sabes mejor.

Me encojo de hombros, porque tiene razón. Lo sé mejor, ¿no? Pero también sé más que nadie cómo tener cuidado.

—Es solo un par de semanas, luego me iré de aquí. Él podrá dejar su tratamiento entonces, para lo que me importa.

Levanta sus cejas hacia mí, sonriendo.

—Evasión a nivel del Senado. Bien hecho.

Él piensa que estoy teniendo un *enamoramiento* con Will. Enamorada del chico más sarcástico y molesto, por no mencionar infeccioso, que he conocido.

Es hora de cambiar de tema.

—¡No estoy evadiendo nada! —digo—. Ese es tu movimiento.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta, estrechando sus ojos hacia mí porque sabe muy bien.

—Pregúntale a Michael —le contesto.

Me ignora y cambia el tema de vuelta.

—Por favor, no me digas que la única vez que finalmente te interesas por un chico, tiene FQ.

—¡Solo lo ayudé con su carrito de medicinas, Poe! Querer que alguien viva no es lo mismo que quererlo —le digo, exasperada.

No estoy interesada en Will. No tengo un deseo de muerte. Y si quisiera salir con un idiota, hay muchos sin FQ para elegir. Es ridículo.

¿No es así?

—Te conozco, Stella. Organizar un carrito médico es como un juego previo.

Él estudia mi cara, tratando de ver si estoy mintiendo. Ruedo mis ojos y cierro el portátil antes de que cualquiera de nosotros pueda averiguar si lo estoy.

—¡Se llaman modales! —Escucho la irritada voz de Poe gritándome por el pasillo, seguido del sonido de su puerta al cerrarse unos segundos después.

Mi teléfono vibra y lo levanto para ver un texto de Will.

¿Pelea de enamorados?

Mi estómago se revuelve de nuevo, pero arrugo la nariz, a punto de borrar el mensaje, y luego el recordatorio de las cuatro en punto para los pops de AffloVest en mi pantalla, una pequeña botella animada bailando. Me muerdo el labio, sabiendo que Will acaba de recibir la misma notificación. ¿Pero le hará caso?





CAPÍTULO VIII

Will

S ombreo con cuidado el cabello de Barb, inclinándome hacia atrás para mirar el dibujo que hice de ella sosteniendo una horquilla. Mientras asiento con satisfacción, mi teléfono comienza a vibrar ruidosamente en mi escritorio, haciendo que los lápices de colores bailen. Es Stella. En FaceTime.

Sorprendido, me acerco para pausar la canción de Pink Floyd en mi computadora, deslizando a la derecha para contestar la llamada.

—¡Lo sabía! —dice mientras sus grandes ojos se ponen a la vista—. ¿Dónde está tu AffloVest? Se suponía que no debías quitártelo durante otros quince minutos. ¿Y tomaste tu Creon? Apuesto a que es un no.

Falsifico una voz automatizada.

—Lo sentimos, ha llamado a un número que ya no se encuentra en servicio. Si siente que ha llegado a esta grabación por error...

—No se puede confiar en ti —dice ella, cortando mi impresión de asesino—. Así que, así es cómo va a funcionar esto. Haremos nuestros tratamientos juntos, así sabré que realmente los estás haciendo.

Metó el lápiz que estaba usando detrás de mi oreja, dándomelas de genial.

—Siempre buscando maneras de pasar más tiempo conmigo.

Ella cuelga, pero por un segundo juro que la vi sonreír. Interesante.



Nos quedamos en Skype durante la mayor parte de los próximos dos días y,

sorprendentemente, no son solo órdenes y regaños. Ella me muestra su técnica para tomar pastillas con pudín de chocolate. Lo cual es jodidamente genial. Y delicioso. Inhalamos en nuestros nebulizadores, hacemos el goteo intravenoso y marcamos tratamientos y medicamentos juntos en su aplicación. Pero Stella tenía razón hace unos días. Por alguna razón, hacer mis tratamientos la está ayudando a relajarse. Gradualmente, se está volviendo cada vez menos tensa.

Y, no mentiré, incluso después de dos días, es mucho más fácil levantarse por la mañana. Estoy seguro de respiro mejor.

En la tarde del segundo día, comienzo a ponerme mi AffloVest, saltando de sorpresa cuando Barb aparece por la puerta, lista para la habitual pelea de las cuatro en punto que tenemos al respecto. Ella siempre gana la pelea para seguir adelante después de amenazar con confinarme en una sala aislada, pero eso no me impide intentar no usarlo.

Cierro mi computadora portátil, terminando abruptamente mi llamada de Skype con Stella mientras Barb y yo nos miramos fijamente en un clásico enfrentamiento del Viejo Oeste. Ella me mira desde el AffloVest, el acero en su cara se desvanece en una expresión de asombro.

—No creo lo que ven mis ojos. Te estás poniendo tu AffloVest.

Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa, mirando el compresor para verificar que todo esté bien conectado. Me parece bien, pero definitivamente ha pasado un tiempo desde la última vez que lo hice yo mismo.

—Son las cuatro en punto, ¿no?

Ella pone los ojos en blanco y me clava una mirada.

—Déjalo encendido todo el tiempo —dice antes de deslizarse por la puerta.

La puerta está apenas cerrada antes de que abra mi computadora portátil, llamando a Stella por Skype mientras me tumbo boca abajo en mi cama, con una bandeja rosa en la mano para eliminar el moco.

—Oye, lamento eso. Barb... —empiezo a decir cuando contesta, mi voz se apaga cuando noto la expresión abatida en su rostro, sus labios llenos fruncidos mientras mira su teléfono—. ¿Estás bien?

—Sí —dice, mirándome y respirando profundamente—. Toda mi clase está en Cabo por el viaje de graduación de nuestra escuela. —Gira su teléfono para mostrarme una foto de Instagram de un grupo de personas con trajes de baño, gafas de sol y sombreros, posando felizmente en una playa.

Se encoge de hombros, bajando su teléfono. Puedo escuchar su chaleco vibrando a través de la computadora, el zumbido constante al mismo tiempo que el mío.

—Solo estoy un poco disgustada de no estar allí.

—Lo entiendo —digo, pensando en Jason y Hope y todo lo que me he perdido en estos

últimos meses, viviendo indirectamente a través de sus textos y feeds de redes sociales.

—También lo planeé todo este año —dice, lo que no me sorprende. Probablemente ha planeado cada paso que ha dado.

—¿Y tus padres? ¿Te dejaron ir? —pregunto, curioso. Incluso antes de la B. cepacia, mi madre habría rechazado la idea. Las vacaciones de la escuela siempre han sido tiempos difíciles para mí.

Ella asiente, con curiosidad llenando sus ojos ante mi pregunta.

—Por supuesto. Si estuviera lo suficientemente sana. ¿Los tuyos no?

—No, a menos que, por supuesto, un hospital allí afirme que tenga alguna nueva terapia con células madre mágicas para curar la B. cepacia. —Me incorporo y arrojo un montón de moco en mi bandeja. Haciendo una mueca, me tumbo de nuevo. Recuerdo por qué seguí quitándome esto antes de que realmente pudiera empezar—. Además, ya he estado allí. Es hermoso.

—¿Has estado en Cabo? ¿Cómo fue? —pregunta ansiosamente, acercando la computadora portátil.

El recuerdo borroso se enfoca, y puedo ver a mi papá parado a mi lado en la playa, la marea tirando de nuestros pies, nuestros dedos de los pies clavados en la arena.

—Sí, fui con mi papá cuando era pequeño, antes de que se fuera. —Estoy demasiado atrapado en el recuerdo para procesar lo que estoy diciendo, pero la palabra «papá» se siente rara en mi lengua.

¿Por qué le dije eso? Nunca le digo eso a nadie. No creo que haya mencionado a mi papá en años.

Ella abre la boca para decir algo, pero rápidamente cambio el tema al escenario de Cabo. Esto no es sobre él.

—Las playas son bonitas. El agua es clara como el cristal. Además, todos son súper, súper amables y tranquilos.

Veo la tristeza en sus ojos creciendo con mi conmovedora revisión, así que arrojo un hecho aleatorio que escuché en el Travel Channel.

—¡Oh, hombre, pero las corrientes son tan fuertes allí! Casi nunca tienes la oportunidad de nadar, excepto tal vez, como, una hora o dos todos los días. Simplemente te asas en la playa la mayor parte del tiempo, ya que no puedes ir al agua.

—¿De verdad? —pregunta, pareciendo escéptica pero agradecida por mi intento.

Asiento con entusiasmo, viendo como algo de la tristeza se desliza fuera de su rostro.

Vibramos, un cómodo silencio se apodera de nosotros. Excepto, por supuesto, para el corte ocasional de un pulmón.

Después de que terminamos de usar nuestros AffloVests, Stella cuelga para llamar a su

mamá y ver cómo están sus amigos en Cabo, prometiendo volver a llamar a tiempo para nuestras píldoras nocturnas. Las horas pasan lentamente sin su rostro sonriente al otro lado de la pantalla de mi computadora. Ceno y dibujo y miro videos de YouTube, como solía hacer para matar el tiempo antes de la intervención de Stella, pero ahora todo parece muy aburrido. No importa lo que haga, me sorprende mirando la pantalla de mi computadora, esperando que llegue la llamada de Skype mientras pasan los segundos a un ritmo glacial.

Mi teléfono vibra ruidosamente a mi lado y lo miro, pero es solo una notificación de su aplicación, diciéndome que es hora de tomar mis medicamentos nocturnos y configurar mi alimentación por sonda gástrica. Miro detrás de mí a la mesita de noche, donde ya he puesto una taza de pudín de chocolate y mis medicamentos, listos para ser tomados.

Como un reloj, la pantalla de mi computadora se ilumina, la llamada tan esperada de Stella entra.

Me coloco sobre el botón de aceptar, reprimiendo mi sonrisa mientras espero unos segundos para contestar, mis dedos golpeando el trackpad. Hago clic en aceptar y finjo un gran bostezo cuando su cara aparece en mi pantalla, mirando casualmente a mi teléfono.

—¿Ya es hora de los medicamentos nocturnos?

Ella me da una gran sonrisa. —No me vengas con eso. Veo tus pastillas detrás de ti en tu mesita de noche.

Avergonzado, abro la boca para decir algo, pero sacudo la cabeza, dejándola ganar solo esta.

Tomamos nuestros medicamentos juntos, luego sacamos nuestras bolsas de alimentación por sonda para preparar la noche. Después de verter las fórmulas, colgamos las bolsas, conectamos el tubo y ajustamos la velocidad de la bomba según el tiempo que estaremos dormidos. Busco a tientes y miro a Stella para asegurarme de que lo estoy haciendo bien. Ha pasado un tiempo desde que lo hice yo mismo. Después de eso, preparamos la bomba para que salga todo el aire, nuestros ojos se encuentran mientras esperamos que la fórmula baje por el tubo.

Empiezo a silbar el tema del programa ¡*Jeopardy!* mientras esperamos, lo que la hace reír.

—¡No mires! —dice cuando la fórmula llega al final del tubo. Ella levanta su camisa lo suficientemente alta para sujetar su sonda gástrica.

Miro hacia otro lado, ocultando una sonrisa e inhalando bruscamente, flexionando lo mejor que puedo mientras levanto mi camisa y coloco el tubo en el botón que sobresale de mi abdomen.

Levantando la vista, atrapéandola mirándome a través del chat de video.

—Toma una foto, durará más —le digo, bajando mi camisa mientras ella rueda los ojos. Sus mejillas están solo un poquito rojas.

Me siento en mi cama, acercando mi laptop a mí.

Ella bosteza, soltándose el moño, su largo cabello castaño cayendo suavemente sobre sus hombros. Trato de no mirar, pero se ve bien. Más parecida a como se veía en sus videos. Relajada. Feliz.

—Deberías dormir un poco —le digo mientras se frota los ojos con sueño—. Tuviste unos días complicados mandándome todo el tiempo.

Se ríe, asintiendo.

—Buenas noches, Will.

—Buenas noches, Stella —le digo, vacilando antes de presionar el botón de fin de llamada y cerrar mi computadora portátil.

Me recuesto, poniendo mis manos detrás de mi cabeza, la habitación parece incómodamente tranquila, aunque todavía estoy solo aquí. Pero cuando me doy vuelta y apago la luz, me doy cuenta por primera vez en mucho tiempo de que no me siento solo.





CAPÍTULO IX

Stella

La Dra. Hamid frunce el ceño mientras levanto mi camisa, sus cejas oscuras se juntan mientras mira la piel infectada alrededor de mi sonda gástrica. Me estremezco cuando toca suavemente la piel roja inflamada, y murmura una disculpa por mi reacción.

Cuando me desperté esta mañana, noté que la infección había empeorado. Cuando vi la secreción supurando alrededor del agujero, la llamé de inmediato.

Después de un minuto de inspección finalmente se pone de pie, exhalando.

—Probemos con Bactroban y veamos cómo se ve en uno o dos días. Tal vez podamos limpiarlo, ¿eh?

Me bajo la camisa, lanzándole una mirada dudosa. Ya llevo una semana en el hospital, y mientras mi fiebre baja y mi dolor de garganta desaparece, esto solo ha empeorado. Ella se acerca y me da un apretón reconfortante en el brazo. Aunque espero que tenga razón. Porque si no la tiene, significa cirugía. Y eso sería exactamente lo contrario de no preocupar a mamá y papá.

Mi teléfono comienza a sonar, y lo miro, esperando que sea Will, pero veo un mensaje de mi madre.

¿Cafetería para el almuerzo? ¿Nos vemos en 15?

—Quince —significa que está en camino. La he estado postergando toda la semana, diciéndole que las cosas son tan rutinarias que se aburrirá, pero esta vez no acepta un no por respuesta. Contesto un sí y suspiro, levantándome para cambiarme.

—Gracias, Dra. Hamid.

Ella me sonrío mientras se va.

—Mantenme informada, Stella. Barb también tendrá un ojo en eso.

Me pongo un par de leggings limpios y una sudadera, tomo una nota para agregar el Bactroban al programa en mi aplicación, luego subo el ascensor y entro en el Edificio 2. Mi madre ya está parada fuera de la cafetería cuando llego, su cabello en una cola de caballo desordenada, círculos oscuros colgando pesadamente debajo de sus ojos.

Luce más delgada que yo.

Le doy un gran abrazo, tratando de no hacer una mueca cuando roza mi sonda.

—¿Todo bien? —pregunta, sus ojos evaluándome.

Asiento.

—¡Genial! Los tratamientos son muy sencillos. Respirando mejor ya. ¿Todo bien contigo? —pregunto, estudiando su rostro.

Asiente, dándome una gran sonrisa que no llega a sus ojos.

—Sí, ¡todo bien!

Nos metemos en la larga cola y conseguimos nuestros platos habituales, una ensalada César para ella, una hamburguesa y una malteada para mí, y un plato colmado de papas fritas para compartir.

Nos las arreglamos para tomar asiento en la esquina junto a las amplias ventanas de vidrio, a una distancia cómoda de todos los demás. Miro hacia afuera mientras comemos, viendo que la nieve sigue cayendo suavemente, una manta blanca que se acumula constantemente en el suelo. Espero que mi mamá se vaya antes de que se ponga muy pesada.

He terminado mi hamburguesa y el 75 por ciento de las papas fritas en la cantidad de tiempo que le lleva a mi madre comer aproximadamente tres bocados de su ensalada. La observo mientras agarra su comida, con la cara cansada. Parece que ha estado buscando en Google nuevamente, hasta las primeras horas de la mañana, leyendo página tras página, artículo tras artículo, sobre trasplantes de pulmón.

Mi padre era el único que solía mantenerla calmada, alejándola de su espiral de preocupación con solo una mirada, consolándola de una manera que nadie más podía.

—La dieta del divorcio no te sienta bien, mamá.

Me mira sorprendida.

—¿De qué estás hablando?

—Estás demasiado delgada. Papá necesita un baño. ¡Ustedes se están robando mi aspecto!

¿No pueden ver que se necesitan? Quiero decir.

Ella se ríe, agarrando mi malteada.

—¡No! —grito mientras toma un dramático trago. Me lanzo por encima de la mesa, tratando de recuperarla, pero la tapa sale volando, la malteada de chocolate cubriéndonos a las dos. Por primera vez en mucho tiempo, nos reímos a carcajadas.

Mi mamá toma un montón de servilletas, limpiando suavemente el batido de mi cara, sus ojos repentinamente llenos de lágrimas. Agarro su mano, frunciendo el ceño.

—Mamá. ¿Qué?

—Te miro y pienso... dijeron que no lo lograrías... —Niega con la cabeza mientras sostiene mi cara con ambas manos, con lágrimas saliendo de sus ojos—. Pero aquí estás. Y ya has crecido. Y eres hermosa. Sigues demostrando que están equivocados.

Agarra una servilleta, limpiándose las lágrimas.

—No sé qué haría sin ti.

Mis entrañas se congelan. *No sé qué haría sin ti.*

Trago saliva y le doy un apretón reconfortante a su mano, pero mi mente instantáneamente viaja hacia la sonda gástrica. Las hojas de cálculo. La aplicación. Un gran *35 por ciento* prácticamente sentado en mi pecho. Hasta que reciba el trasplante, ese número no volverá a aumentar. Hasta entonces, soy la única que puede mantenerme viva. Y tengo que hacerlo. Tengo que seguir viva.

Porque estoy bastante segura de que mantenerme viva es lo único que mantiene a mis padres.



Después de que mi madre se va, me dirijo directamente al gimnasio con Will, con la intención de fortalecer mis débiles pulmones tanto como sea posible. Casi le digo que no venga para poder pensar en todo, pero sé que probablemente no haya puesto un pie en el gimnasio en años.

Además, la preocupación combinada de mis padres y ese pensamiento sería demasiado para mí como para dejarme concentrar en cualquier otra cosa. Por lo menos, ir al gimnasio es un problema que puedo resolver de inmediato.

Empiezo a pedalear en una bicicleta estacionaria. No me han importado mis entrenamientos por la tarde desde que el gimnasio se convirtió en uno de los mejores lugares en todo el hospital. Lo renovaron hace tres años y prácticamente cuadruplicaron su tamaño, colocando canchas de básquetbol, una piscina de agua salada, equipos de cardio nuevos y brillantes, y filas y filas de pesas libres. Incluso hay una sala separada para yoga y meditación, con amplias ventanas que dan al patio. Antes de eso, el gimnasio aquí había sido una habitación vieja y lúgubre, con un puñado de mancuernas descompuestas y equipos en descomposición que parecían haber sido fabricados aproximadamente un año después de que se hubiera inventado el volante.

Levanto la mirada para ver a Will aferrándose a una cinta de correr por su vida, jadeando para respirar mientras camina. Su oxígeno portátil cuelga sobre su hombro en ese estilo clásico y moderno de los pacientes con FQ.

Prácticamente lo arrastré hasta aquí, y tengo que admitir que es divertido para mí verlo concentrarse demasiado como para ser sarcástico. Ni siquiera pudo usar su excusa de «prohibido salir del tercer piso», porque Barb está hoy en el turno de la noche, y Julie estaba más que entusiasmada con tener a Will haciendo algo que realmente mejorara su función pulmonar y su salud en general.

—Entonces, ¿cuándo este pequeño trato nuestro se vuelve mutuamente beneficioso? —Se las arregla para decir, mirándome a través de toda la habitación mientras yo pedaleo. Reduce la velocidad, jadeando palabras entre respiraciones—. He hecho todo lo que me pediste sin retorno de mi inversión.

—Estoy asquerosa. Demasiado sudorosa —digo mientras una gota de sudor cae por mi cara.

Golpea el botón de parada en la cinta de correr, la máquina se detiene abruptamente cuando se da vuelta para mirarme, arreglando su cánula nasal mientras lucha por recuperar el aliento.

—Y mi cabello está sucio, y estoy demasiado cansada, y mi carrito médico está...

—¿Quieres dibujarme sudorosa? ¡Bien! ¡Sudaré más fuerte! —Empiezo a pedalear como si mi vida dependiera de ello, mi RPM se cuadruplican. Mis pulmones comienzan a arder y empiezo a toser, el oxígeno sale de mi cánula mientras lucho por aire. Mis piernas se vuelven más lentas cuando entro en un ataque de tos, antes de finalmente recuperar el aliento.

Él sacude la cabeza. Inmediatamente vuelvo a mirar los deslumbrantes números digitales de la bicicleta, intentando ignorar el rojo que se arrastra lentamente por mi cara.

Después, ambos nos dirigimos exhaustos a la sala de yoga vacía, conmigo caminando dos metros y medio por delante. Me siento contra las amplias ventanas, el cristal frío a causa del manto blanco al otro lado, cubriendo todo lo que está a la vista.

—¿Necesito posar o algo? —pregunto, mi mano se levanta mientras arreglo mi cabello. Hago una pose dramática, lo que lo hace reír.

Saca su cuaderno de dibujo y un lápiz de carbón, sorprendiéndome mientras se pone un par de guantes azules de látex.

—No, solo actúa de forma natural.

Oh, bien, sí. Eso será fácil

Lo observo, sus profundos ojos azules enfocados en el papel, sus cejas oscuras se fruncen mientras se concentra. Levanta la mirada, encontrándose con mis ojos mientras me estudia de nuevo. Miro hacia otro lado rápidamente, sacando mi cuaderno de bolsillo y

volteando a la página de hoy.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalando el cuaderno con su lápiz.

—Mi lista de tareas pendientes —le explico, tachando el número 12, «Hacer ejercicio», y dirigiéndome al final de mi lista para escribir «Dibujo de Will».

—¿Una lista de tareas? —pregunta—. Bastante anticuado para alguien que construye aplicaciones.

—Sí, bueno, la aplicación no me da la satisfacción de hacer esto. —Tomo mi lápiz y trazo una línea a través de «Dibujo de Will».

Él finge una cara triste.

—Eso realmente hace doler mis sentimientos.

Agacho mi cabeza, pero él ve la sonrisa que estoy tratando de ocultar.

—Entonces, ¿qué más hay en la lista? —pregunta, mirando de nuevo hacia el dibujo y luego de vuelta hacia mí antes de comenzar a sombrear algo.

—¿Qué lista? —pregunto—. ¿Mi lista maestra o mi lista diaria?

Se ríe cariñosamente, sacudiendo la cabeza.

—Por supuesto que tienes dos listas.

—¡La de corto y la de largo plazo! Tiene sentido —le contesto, lo que solo lo hace sonreír.

—Pégame con la lista maestra. Eso es lo grande.

Hojeo las páginas, llegando a la lista maestra. No he mirado esta página en mucho tiempo. Está llena de tintas de diferentes colores, rojos, azules y negros, y un par de brillantes colores fluorescentes de un kit de bolígrafos de gel que obtuve en sexto grado.

—Veamos aquí. —Mi dedo se arrastra hasta la parte superior—. «Ser voluntaria de una importante causa política». Hecho.

Trazo una línea a través de esa.

—«Estudiar todas las obras de William Shakespeare». ¡Hecho!

Trazo una línea a través de esa.

—«Compartir todo lo que sé sobre la FQ con otros». Tengo este, uh, canal de YouTube...

Trazo una línea a través de él y miro a Will para ver que no está nada sorprendido. Alguien me ha estado vigilando.

—Entonces, ¿Tu plan es morir realmente, realmente inteligente para que puedas unirse al equipo de debate de los muertos? —Señala hacia la ventana con su lápiz—. Alguna vez piensas, no sé... ¿Viajar por el mundo o algo así?

Miro hacia atrás para ver el número 27, «Ir a la Capilla Sixtina con Abby». No hay línea a través de esa.

Me aclaro la garganta, moviéndome.

—«Aprender a tocar el piano». ¡Listo! «Hablar francés con fluidez»...

Will me interrumpe.

—En serio, ¿alguna vez haces algo fuera de la lista? No te ofendas, pero nada de eso suena divertido. —Cierro la libreta y él continúa—. ¿Quieres escuchar mi lista? Tomar una clase de pintura con Bob Ross. Un montón de pequeños árboles felices y amarillo cadmio que no crees que funcionarán, pero luego...

—Está muerto —le digo.

Él me da una sonrisa torcida.

—Ah, bueno, entonces supongo que tendré que conformarme con tener sexo en el Vaticano.

Ruedo mis ojos hacia él.

—Creo que tienes una mejor oportunidad de conocer a Bob Ross.

Guiña, pero luego su rostro se pone serio. Más serio de lo que nunca lo he visto.

—Bien, bien. Me gustaría viajar por el mundo y realmente poder verlo, ¿sabes? No solo el interior de los hospitales. —Baja la vista y sigue dibujando—. Todos son como lo mismo. Las mismas habitaciones genéricas. Los mismos pisos de baldosas. El mismo olor estéril. He estado en todas partes sin ver nada.

Lo miro, realmente miro, observando la forma en que su cabello cae en sus ojos mientras dibuja, la expresión de concentración en su rostro, no más expresión de sonrisita. Me pregunto cómo sería recorrer todo el mundo, pero nunca poder salir de las paredes del hospital. No me importa estar en el hospital. Me siento segura aquí. Cómoda. Pero he venido al mismo casi toda mi vida. Es como estar en casa.

Si hubiese podido estar en Cabo la semana pasada, pero me quedara dentro de un hospital, no me sentiría decepcionada. Sería miserable.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué? —pregunta, mirando hacia arriba para encontrar mis ojos.

—Por decir algo real.

Me mira un segundo antes de pasar sus dedos por su cabello. Él es el que se siente incómodo para variar.

—Tus ojos son color avellana —dice, señalando la luz del sol que entra por el cristal a mi alrededor—. No lo sabía hasta que los vi a la luz del sol. Pensé que eran marrones.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho ante sus palabras, y la forma cálida en que me

mira.

—Son unos ojos muy bonitos —dice un segundo después, un débil rojo se arrastra hacia sus mejillas. Baja de nuevo la mirada, garabateando y aclarando su garganta—. Quiero decir, como para dibujarlos.

Me muerdo el labio inferior para ocultar mi sonrisa.

Por primera vez siento el peso de cada centímetro, cada milímetro, de los dos metros y medio entre nosotros. Pongo mi sudadera más cerca de mi cuerpo, mirando a un lado la pila de colchonetas de yoga en la esquina, tratando de ignorar el hecho de que ese espacio abierto siempre estará allí.



Esa noche me desplazo por Facebook por primera vez en todo el día, mirando todas las fotos que mis amigos están publicando desde Cabo. Le doy un corazón a la nueva foto de perfil de Camila. Ella está parada en una tabla de surf en su bikini a rayas, con una gran sonrisa tonta en su rostro, sus hombros quemados, todas mis advertencias de SPF ignoradas por completo. Pero Mya me envió un video de Snap detrás de cámaras esta tarde, tomado segundos después de esta foto, que reveló que Camila todavía no tiene ni idea de cómo surfear. Tal vez se mantuvo en equilibrio durante aproximadamente tres segundos y medio, disparando a la cámara una gran sonrisa antes de caerse de la tabla de surf un segundo después.

Hago un pequeño baile de la victoria cuando me desplazo a una foto que publicó Masón, su brazo bronceado colgado del hombro de Mya. Casi me caigo de la silla cuando veo la leyenda.

«Lindura en Cabo». Sonriendo, le doy un rápido me gusta antes de cerrar la aplicación para enviarle un mensaje de texto.

¡Muy bien, Mya! Con emojis de ojo de corazón por días.

Echo un vistazo para ver mi cuaderno de bolsillo aún abierto a mi lista maestra. Mis ojos vuelven al número 27, «Ir a la Capilla Sixtina con Abby». Abro mi computadora portátil y mi ratón se cierne sobre una carpeta azul llamada «Abs».

Dudo por un segundo antes de hacer clic en él, un mar de fotos y videos y obras de arte de mi hermana llenando mi pantalla. Hago clic en un video de GoPro que me envió hace dos años, balanceándose sobre un puente alto y desvencijado. La pantalla está llena de la imagen vertiginosa de la distancia desde donde está sentada hasta el río abajo, el agua debajo de ella lo suficientemente fuerte como para superar cualquier cosa en su camino.

—Bastante loco, ¿eh, Stella? —dice mientras la cámara se vuelve hacia ella y ajusta su arnés una vez más—. ¡Pensé que te gustaría ver cómo se siente esto!

Se coloca el casco en su lugar, la vista de la GoPro se desplaza hacia atrás para mostrar

el borde del puente y el largo, largo camino hacia abajo. —¡Y me traje a mi compañero de salto!—. Sostiene mi panda de peluche, el que está justo a mi lado ahora, dándole un gran apretón.

—Lo abrazaré fuerte, ¡no te preocupes! —Luego, sin pensarlo dos veces, se lanza del puente. Vuelo por el aire con ella, sus gritos encantados haciendo eco a través de los altavoces.

Luego viene el rebote. Volamos de regreso, la cara del panda apareció en la pantalla, la voz de Abby, sin aliento y mareada mientras agarra al panda con fuerza, gritando:

—¡Feliz cumpleaños, Stella!

Tragando saliva, cierro de golpe la computadora portátil y tiro una lata de refresco en la mesa auxiliar. La cola burbujeante se derrama por toda la mesa y el suelo. Genial.

Me agacho para recoger la lata, saltando sobre el charco, y la arrojo a la papelera de basura al salir al pasillo. Mientras rodeo la estación de enfermeras, noto a Barb dormida en una silla, con la cabeza inclinada hacia un lado y la boca ligeramente abierta. Con cuidado, abro la puerta del armario del conserje, agarrando las toallas de papel de un estante lleno de artículos de limpieza y tratando de no despertarla.

Ella me oye, sin embargo, y mira hacia arriba, con los ojos soñolientos.

—Trabajas demasiado —le digo cuando me ve.

Ella sonrío y abre los brazos como solía hacerlo cuando era más joven y tenía un mal día en el hospital.

Me subo a su regazo, como una niña, y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, aspirando la familiar y segura esencia de vainilla de su perfume. Descansando mi cabeza en su hombro, cierro mis ojos y finjo.





CAPÍTULO X

Will

—¡H ora de la Cevaflomalina! Julie canta, abriendo la puerta de golpe a la mañana siguiente, con una bolsa de la medicina en la mano.

Asiento. Ya recibí la notificación de la aplicación de Stella y me mudé del escritorio a mi cama, donde está el atril para el goteo IV, esperando su llegada.

Miro como Julie cuelga la bolsa, toma la línea IV y se gira hacia mí. Sus ojos viajan al dibujo que hice de Stella en la sala de yoga, colgando al lado del dibujo del pulmón que Stella había colocado sobre mi escritorio, la esquina de su labio hacia arriba cuando lo mira.

—Me gusta verte así —dice, sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Así cómo? —pregunto, bajando el cuello de mi camisa.

Ella inserta la línea IV en un puerto en mi pecho.

—Esperanzado.

Pienso en Stella, mis ojos viajan a la bolsa IV de Cevaflomalina. Extiendo la mano para tocarlo suavemente, sintiendo el peso de la bolsa en mi palma. El ensayo clínico es tan nuevo. Todavía es demasiado nuevo para saber cómo resultará esto.

Es la primera vez que me dejo de pensar... lo cual podría ser peligroso. O incluso estúpido.

No lo sé. Hacerse ilusiones cuando hay un hospital involucrado no me parece una buena idea.

—¿Qué pasa si esto no funciona? —pregunto.

No me siento diferente. Todavía no, al menos.

Observo la bolsa intravenosa, el goteo constante, gota tras gota de medicina abriéndose camino en mi cuerpo. Miro a Julie, los dos en silencio por un momento.

—Pero, ¿y si lo hace? —pregunta, tocándome el hombro. La veo irse.

Pero y si lo hace.

Después del goteo intravenoso, me deslizo con cuidado un par de guantes de color azul brillante, asegurándome de mantener los gérmenes de B. cepacia lejos de cualquier cosa que Stella toque.

Echo un vistazo más a mi dibujo de la sala de yoga, evaluándolo cuidadosamente mientras lo saco de la pared.

Es una caricatura, pero definitivamente es Stella. Ella está en una bata blanca, un estetoscopio colgado alrededor de su cuello, sus pequeñas manos de dibujos animados descansando enojadas en sus caderas. Entrecerrando los ojos al dibujo, me doy cuenta de que falta algo.

Ajá

Agarro lápices rojos, naranjas y amarillos y saco fuego saliendo de su boca. Mucho más realista. Riendo para mis adentros, tomo un sobre de papel manila que robé de la estación de enfermeras, deslizo el dibujo dentro y garabateo en el exterior: «Dentro, encontrarás mi corazón y mi alma. Se amable».

Camino por el pasillo hasta su habitación, imaginando que abre el sobre, esperando algo profundo. Miro a ambos lados antes de deslizarlo por debajo de la puerta, y me inclino contra la pared, escuchando.

Escucho sus suaves pasos al otro lado de la puerta, el sonido de sus guantes chasqueando, luego se agacha para agarrar el sobre. Hay silencio. Más silencio. Y finalmente, ¡una risa! Una risa real, genuina, cálida.

¡Victoria! Camino por el pasillo, silbando, deslizándome en mi cama y agarrando mi teléfono mientras FaceTime suena, recibiendo una llamada de Stella como esperaba.

Lo respondo, su cara aparece, sus labios rosados curvados hacia arriba en las esquinas.

—¿Una dama dragón? ¡Tan sexista!

—Oye, ¡tienes suerte de que no haya desnudos!

Se ríe de nuevo, mirando el dibujo y luego de nuevo a mí.

—¿Por qué caricaturas?

—Son subversivas, ¿sabes? Pueden lucir ligeras y divertidas en el exterior, pero tienen gran fuerza. —Podría hablar de esto todo el día. Si hay algo que me apasiona, sería esto. Sostengo un libro que está en mi mesita de noche que contiene algunas de las mejores caricaturas políticas del *New York Times*—. Política, religión, sociedad. Creo que una caricatura bien dibujada puede decir más que las palabras, ¿sabes? Podría cambiar *formas*

de pensar.

Me mira sorprendida, sin decir nada.

Me encojo de hombros, dándome cuenta de que había quedado como un completo nerd.

—Quiero decir, solo soy un aspirante a dibujante. Qué sé yo.

Señalo el dibujo detrás de ella, una hermosa imagen de pulmones, flores saliendo del interior, un fondo de estrellas detrás de ellos.

—Ahora *eso* es arte. —Acercó mi computadora portátil a mí, dándome cuenta de lo que significa—. ¡Pulmones sanos! Eso es brillante. ¿Quién lo hizo?

Ella lo mira, deteniéndose.

—Mi hermana mayor. Abby.

—Eso es tener talento. ¡Me encantaría echarle un vistazo al resto de su trabajo!

Una mirada extraña aparece en su rostro, y su voz se vuelve fría.

—Mira. No somos amigos. No estamos compartiendo nuestras historias. Se trata de hacer nuestros tratamientos, ¿de acuerdo?

La llamada termina abruptamente, mi propia cara confusa me devuelve la mirada. ¿Qué demonios fue eso? Salto, enojado, y abro la puerta de mi habitación. Al salir por el pasillo, me dirijo directamente a su puerta, listo para decirle algo. Ella puede besar mi...

—¡Oye! ¡Will! —dice una voz detrás de mí.

Me giro, sorprendido de ver a Hope y Jason caminando hacia mí. Estuve enviando mensajes de texto a Jason hace una hora, y olvidé por completo que venían hoy, como hacen todos los viernes. Jason levanta una bolsa de comida, sonriéndome mientras el olor a papas fritas de mi restaurante favorito, a una cuadra de nuestra escuela, avanza por el pasillo, tratando de atormentarme.

Me paralizó, mirando entre la puerta de Stella y mis visitantes.

Y ahí es cuando me golpea.

He visto a sus padres ir y venir. Vi a sus amigos visitarla el primer día que llegó aquí.

¿Pero Abby? Ella ni siquiera *habla* sobre Abby.

¿Dónde ha estado Abby?

Me acerco a Hope y Jason, agarrando la bolsa y asintiendo para que me sigan a mi habitación.

—¡Vengan conmigo!

Abro mi portátil, los dos de pie detrás de mí mientras arranca, con expresiones de sorpresa en sus caras.

—También es un placer verte, amigo —dice Jason, mirando por encima de mi hombro.

—Entonces, conocí a una chica —digo, enfrentándome a los dos. Sacudo la cabeza cuando Hope me da una de esas sonrisas, sus ojos excitados. Jason está completamente al tanto de todas las cosas de Stella, pero aún no he informado a Hope. Sobre todo, porque sabía que reaccionaría así—. ¡No así! Bueno. Tal vez así. Pero no puede ser así. Lo que sea.

Vuelvo a mi computadora, abro la pestaña a la página de Stella en YouTube y me desplazo a un video del año pasado con la etiqueta «¡Fiesta de Polipectomía!». Hago clic, antes de pulsar mi barra espaciadora para pausar el video y girar para ponerlos al corriente.

—Ella tiene FQ. Y ella es, como, una loca del control. Me hizo comenzar a hacer mis tratamientos y todo.

El alivio llena los ojos de Hope y Jason está brillando positivamente.

—¿Comenzaste a cumplir tus tratamientos de nuevo? Will, eso es increíble —dice Hope.

Rechazo su alabanza, aunque estoy un poco sorprendido de que haya tenido una reacción tan grande. Hope me molestó por un tiempo, pero cuando les dije que me dejaran en paz, no hicieron gran cosa al respecto. En cierto modo pensé que todos estábamos en la misma página.

Pero ahora ambos parecen tan aliviados. Arrugo la frente. No quiero hacerme ilusiones.

—Sí, sí. Como sea. Vean esto. Ella tiene una hermana llamada Abby. —Avanzo unos minutos después, presionando el botón para que los dos puedan ver.

Stella y Abby están sentadas en una habitación de hospital, con obras de arte alineadas en las paredes como en su habitación ahora. La Dra. Hamid está allí, con un estetoscopio presionado en el pecho de Stella mientras escucha sus pulmones. Las piernas de Stella tiemblan ansiosas mientras mira entre la Dra. Hamid y la cámara.

—Bueno. Entonces, ¿me harán una poli... qué?

—Polipectomía —dice la Dra. Hamid, enderezándose—. Vamos a eliminar unos pólipos de tus fosas nasales.

Stella sonrío a la cámara.

—Estoy tratando de convencer a la doctora de que me haga una cirugía estética de nariz mientras está allí.

Abby le da un gran abrazo, apretándola con fuerza.

—Stella está nerviosa. ¡Pero estaré allí para cantarle hasta que se duerma, como siempre! —Ella comienza a cantar, su voz es suave y dulce—, Te quiero, un fanático y un

beso...

—¡Para! —dice Stella, poniendo su mano sobre la boca de su hermana—. ¡Estás loca!

Presiono el botón de pausa en el video, girándome para enfrentar a mis amigos.

Ambos lucen confundidos, claramente no logran darse cuenta de lo que acabo de entender. Se miran, levantan las cejas, y luego Hope me da una gran sonrisa, inclinándose para entrecerrar los ojos ante la barra lateral.

—¿Viste todos sus videos?

La ignoro

—Bueno, ella se asustó hace unos cinco minutos cuando le pedí ver más del arte de su hermana. Ese video fue el año pasado —digo como explicación.

—Está bien, ¿y? —pregunta Jason, frunciendo el ceño.

—Abby no está en ninguno de los videos después de este.

Asienten lentamente, entendiendo. Hope saca su teléfono, frunciendo el ceño mientras teclea.

—Encontré el Instagram de Abby Grant. Es sobre todo arte, y ella y Stella. —Me mira, asintiendo—. Pero estás en lo cierto. Ella no ha publicado nada en un año.

Miro de Jason a Hope, luego de vuelta.

—Creo que algo le pasó a Abby.



La siguiente tarde mi teléfono zumba ruidosamente, recordándome una sesión de ejercicios que Stella programó en mi régimen. No la he visto desde que descubrí que algo sucedió con Abby, y la idea de verla en solo unos minutos me pone extrañamente nervioso. Realmente no pude disfrutar el resto de la visita de Hope y Jason, ni siquiera mientras comíamos papas fritas y hablábamos sobre el último drama escolar posterior al Día de Acción de Gracias respecto al nuevo episodio de *Westworld*. Siempre esperamos ver los nuevos episodios juntos, incluso si estoy en un continente completamente diferente en otra zona horaria y necesito Skype.

Respirando hondo, me dirijo al gimnasio para encontrarme con Stella, abriendo la puerta y caminando por las filas de cintas de correr y máquinas elípticas y bicicletas estáticas.

Echando un vistazo a la sala de yoga, la veo sentada sobre una estera verde meditando, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados.

Lentamente, abro la puerta, caminando tan silenciosamente como puedo hacia una estera que hay frente a ella.

A Dos metros y medio de distancia.

Me siento y observo lo tranquila que se ve, su rostro suave y calmado. Pero sus ojos se abren lentamente para encontrarse con los míos y se pone rígida.

—Barb no te vio, ¿verdad?

—Abby está muerta, ¿no es así? —Dejo salir, yendo directo al grano. Ella me mira fijamente, sin decir nada.

Finalmente traga, sacudiendo la cabeza.

—Muy bien, Will. Tan delicado como un martillo neumático.

—¿Quién tiene tiempo para delicadezas, Stella? Claramente no...

—¡Detente! —dice, cortándome—. Deja de recordarme que me estoy muriendo. Lo sé. Sé que me estoy muriendo.

Sacude la cabeza, con el rostro serio.

—Pero no puedo, Will. Ahora no. Tengo que lograrlo.

Estoy confundido.

—No estoy debajo de...

—He estado muriendo toda mi vida. Todos los cumpleaños, celebramos como si fuera el último. —Sacude la cabeza, sus ojos color avellana brillando con lágrimas—. Pero luego murió Abby. Se suponía que fuera yo, Will. Todos estaban listos para eso.

Respira profundamente, el peso del mundo sobre sus hombros.

—Matará a mis padres si yo también muero.

Me golpea como una tonelada de ladrillos. Estuve equivocado todo el tiempo.

—El régimen. Todo este tiempo pensé que temías a la muerte, pero no es eso en absoluto. —Miro su rostro mientras sigo hablando—. Eres una chica moribunda con culpa de sobreviviente. Eso es una completa mierda mental. Cómo vives con...

—¡Vivir es la única opción que tengo, Will! —responde, levantándose y mirándome.

Me pongo de pie, mirándola. Queriendo acercarnos y cerrar la brecha entre nosotros. Queriendo sacudirla para que vea.

—Pero, Stella. Eso no es vivir.

Se gira, poniéndose la mascarilla y echándose a correr hacia la puerta.

—¡Stella, espera! ¡Vamos! —Doy unos pasos detrás de ella, deseando poder simplemente alcanzarla y tomar su mano, para poder solucionarlo—. No te vayas. Se supone que estamos haciendo ejercicio, ¿verdad? Me callaré, ¿de acuerdo?

La puerta se cierra detrás de ella. Mierda. Realmente lo arruiné.

Giro la cabeza para mirar la estera donde estaba sentada, frunciendo el ceño al espacio vacío donde estaba.

Y me doy cuenta de que estoy haciendo lo único que dije durante todo este tiempo que no haría. Estoy queriendo algo que nunca podré tener.





CAPÍTULO XI

Stella

Abro de golpe la puerta de mi habitación, los dibujos de Abby se 14 estremecen frente a mí mientras todo el dolor y la culpa que he estado empujando más y más abajo asoma su fea cabeza, haciendo que mis rodillas se doblen debajo de mí. Caigo al suelo, mis dedos agarran el frío piso de linóleo mientras escucho el grito de mi madre sonando en mi cabeza igual que lo hizo esa mañana.

Se suponía que debía estar con ella ese fin de semana en Arizona, pero luchaba tanto por respirar la noche anterior a nuestro vuelo, que tuve que quedarme. Me disculpé una y otra vez. Se suponía que era su regalo de cumpleaños. Nuestro primer viaje, solo nosotras dos. Pero Abby se despidió, abrazándome con fuerza y diciéndome que volvería en unos días con suficientes fotos e historias para hacerme sentir como si hubiera estado allí con ella todo el tiempo.

Pero nunca regresó.

Recuerdo haber escuchado sonar el teléfono de abajo. Mi mamá sollozando, mi papá tocando la puerta y diciéndome que me siente. Algo había sucedido.

Yo no le creí.

Sacudí la cabeza y me eché a reír. Esa era una broma de Abby. Tenía que serlo. No era posible. No podría ser posible. Yo era la que debía morir, mucho antes que todos ellos. Abby era prácticamente la definición de *vivir*.

Tomó tres días completos para que el dolor me golpeará. Fue solo cuando nuestro vuelo de regreso debía aterrizar que me di cuenta de que Abby realmente no regresaría a casa. Entonces me cegué. Me quedé en cama dos semanas seguidas, ignorando mi AffloVest y mi régimen, y cuando me levanté, no solo mis pulmones eran un desastre. Mis padres no podían hablar entre ellos. Ni siquiera podían mirarse el uno al otro.

Lo había visto venir mucho antes de que sucediera. Había preparado a Abby para saber qué hacer para mantenerlos juntos después de que me fuera. Pero no esperaba que fuera yo quien lo hiciera.

Lo intenté tanto. Planifiqué salidas familiares; hice la cena para ellos cuando no podían hacer nada más que mirar hacia el espacio. Pero todo fue por nada. Si Abby salía a flote, siempre seguía una pelea. Si no lo hacía, su presencia sofocaba el silencio. Se separaron después de tres meses. Se divorciaron en seis. Poniendo tanta distancia entre sí como era posible, dejándome en el medio.

Pero no ha ayudado. Desde entonces, es como si hubiera estado viviendo un sueño, todos los días enfocados en mantenerme viva para mantenerlos a flote. Hago listas de tareas pendientes y las borro, tratando de mantenerme ocupada, tragándome el dolor para que mis padres no se consuman con el suyo.

Ahora, además de todo eso, *Will*, de todas las personas, está tratando de decirme qué debo hacer. Como si él tuviera algún concepto de lo que realmente significa vivir.

Y la peor parte, es que la única persona con la que quiero hablar es Abby.

Con rabia, limpio mis lágrimas con el dorso de mi mano, sacando mi teléfono del bolsillo y enviando mensajes de texto a la única persona que conozco que entenderá.

Salón de usos múltiples. Ahora.



Pienso en todos los dibujos alrededor de mi habitación. Cada uno un viaje separado al hospital con Abby allí para tomar mi mano. Y ahora hay tres viajes. Tres viajes completos sin dibujo que me acompañe.

Recuerdo el primer día que vine a Saint Grace. Si no hubiera tenido miedo antes, el tamaño de este lugar era suficiente para que un niño de seis años se sintiera abrumado. Los grandes ventanales, la maquinaria, los ruidos fuertes. Caminé por el vestíbulo, agarrando la mano de Abby por mi vida y tratando de ser valiente.

Mis padres hablaron con Barb y la Dra. Hamid. Incluso antes de que me conocieran, hicieron todo lo posible por ayudarme a sentir que el Hospital Saint Grace era mi segundo hogar desde el momento en que llegué.

Pero, de todos, fue Abby quien realmente hizo eso. Ella me dio tres regalos invaluablese ese día.

El primero, fue mi oso panda de peluche, Parches, cuidadosamente seleccionado a mano de la tienda de regalos del hospital.

El segundo, fue mi primero de muchos dibujos, el tornado de las estrellas. La primera pieza de «fondo de pantalla» que obtendría de ella.

Y mientras mis padres hablaban con Barb sobre las instalaciones más modernas, Abby

salió corriendo y me encontró el regalo final de ese día.

Lo mejor que he recibido en todos mis años en Saint Grace.

—Es impresionante, seguro —dijo mi madre, mientras observaba a Abby trotar por el pasillo de colores brillantes de la sala de niños, desapareciendo en una esquina.

—¡Stella va a estar como en casa aquí! —dijo Barb, dándome una cálida sonrisa. Recuerdo agarrar a Parches, tratando de encontrar el coraje para sonreírle.

Abby dobló la esquina, casi chocando con una enfermera mientras corría hacia nosotros, un niño muy pequeño, muy delgado y de cabello castaño, que llevaba una camiseta de gran tamaño del equipo nacional colombiano detrás de ella.

—¡Mira! ¡Hay otros niños aquí!

Le hice una seña al chico antes de que Barb se interpusiera entre nosotros, uniformes médicos coloridos levantando una pared entre los dos.

—Poe, tú lo sabes mejor —dijo, regañando al niño pequeño cuando Abby tomó mi mano entre las suyas.

Pero Abby ya lo había puesto en movimiento. Incluso a dos metros y medio de distancia, Poe se convirtió en mi mejor amigo. Es por eso que él es la única persona con la que he hablado de esto.

Doy vueltas y vueltas, el salón un borrón delante de mí. Trato de concentrarme en el tanque de peces, la televisión o el refrigerador que vibra en la esquina, pero todavía estoy furiosa por mi pelea con Will.

—Sabías que tenía problemas de límites —dice Poe detrás de mí, observándome atentamente desde el borde del sofá del amor—. Por lo que vale, no creo que quisiera lastimarte.

Me doy vuelta para mirarlo, aferrándome al mostrador de la cocina.

—Cuando dijo «Abby» y «muerta» —mi voz se quiebra y aprieto con fuerza el frío mármol del mostrador—, como si no fuera un gran problema, simplemente...

Poe sacude la cabeza, sus ojos tristes.

—Debería haber estado con ella, Poe. —Me ahogo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano. Ella siempre estuvo ahí. Siempre estuvo a mi lado cuando la necesitaba. Y no estuve allí cuando ella más me necesitó.

—No lo hagas. No otra vez. No es tu culpa. Ella te diría que no es tu culpa.

—¿Sintió dolor? ¿Qué pasaría si estaba asustada? Jadeo, el aire atrapado en mi pecho. Sigo viendo a mi hermana cayendo en picada, como lo hizo en el video de GoPro y un millón de veces antes, saltando en el bungee y en el acantilado con cierta imprudencia.

Solo que, esta vez no hubo ningún grito salvaje de alegría y emoción. Ella golpeó el agua y no reapareció.

Se suponía que no debía morir.

Se suponía que fuera la que *viviera*.

—¡Oye! Detente. Mírame.

Lo miro fijamente, las lágrimas brotaban de mis ojos.

—Tienes que parar —dice, sus dedos agarrando el reposabrazos del sofá, sus nudillos se vuelven blancos—. No puedes saberlo. Tu solo... no puedes. Te volverás loca.

Respiro hondo, sacudiendo la cabeza. Él se para, caminando hacia mí y gimiendo de frustración.

—¡Esta enfermedad es una puta prisión! Quiero abrazarte.

Aspiro por la nariz, asintiendo en acuerdo.

—Finge que lo hice, ¿de acuerdo? —dice. Veo que él también está parpadeando para contener las lágrimas—. Y sabes que te amo. ¡Más que a la comida! ¡Más que la selección nacional colombiana!

Rompo una sonrisa, asintiendo.

—Yo también te amo, Poe. —Él pretende lanzarme un beso, sin soplar en mi camino.

Me dejo caer sobre el asiento de amor verde menta que estaba vacío frente al de Poe, inmediatamente jadeando de dolor mientras mi visión se vuelve doble. Me siento verticalmente y me agarro los costados, mi sonda gástrica ardiendo como fuego absoluto.

La cara de Poe se vuelve blanca.

—¡Stella! ¿Está todo bien?

—Mi sonda gástrica —digo, el dolor desaparece. Me incorporo, sacudiendo la cabeza y jadeando por respirar—. Estoy bien. Estoy bien.

Respiro hondo, levanto mi camisa y veo que la infección solo ha empeorado, la piel está roja e hinchada, la sonda G y la zona circundante rezuma. Mis ojos se abren en sorpresa. Solo han pasado ocho días aquí. ¿Cómo no me he dado cuenta de lo mal que se ha puesto?

Poe se estremece, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, volvamos a tu habitación. Ahora.



Quince minutos más tarde, la Dra. Hamid toca suavemente la piel infectada alrededor de mi sonda Gástrica, y hago una mueca cuando el dolor se irradia a través de mi estómago y pecho. Retira la mano y sacude la cabeza mientras se quita los guantes y los pone en la basura junto a la puerta.

—Tenemos que cuidar de esto. Está demasiado mal. Tenemos que estirpar la piel y reemplazar la sonda para purgar la infección.

Inmediatamente me siento mareada, mis entrañas se enfrían. Son las palabras que temo desde que empezó a parecer infectado. Coloco mi camisa de nuevo, tratando de no dejar que la tela roce el área.

—Pero...

Me interrumpe.

—Sin peros. Tiene que hacerse. Nos estamos arriesgando a una sepsis aquí. Si esto empeora, la infección puede entrar en el torrente sanguíneo.

Ambas estamos en silencio, sabiendo cuán grande es el riesgo. Si hago una sepsis, definitivamente moriré. Pero si me someten a una cirugía, es posible que mis pulmones no estén lo suficientemente fuertes como para llevarme al otro lado.

Ella se sienta a mi lado, golpeando mi hombro y sonriéndome.

—Todo irá bien.

—No lo sabes —le digo, tragando nerviosamente.

Ella asiente, con la cara pensativa.

—Tienes razón. No lo hago. —Ella respira hondo, encontrándose con mi mirada ansiosa—. Es arriesgado. No diré que no lo es. Pero la sepsis es un monstruo mucho más grande y mucho más probable.

El miedo sube por mi cuello y se envuelve alrededor de todo mi cuerpo. Pero tiene razón.

La Dra. Hamid recoge al panda que está sentado a mi lado, lo mira y sonrío débilmente.

—Eres una luchadora, Stella. Siempre lo has sido.

Extendiendo el oso hacia mí, ella me mira a los ojos.

—¿Mañana por la mañana, entonces?

Me acerco, tomando al panda, asintiendo.

—Mañana por la mañana.

—Voy a llamar a tus padres y les haré saber —dice, y me quedo inmóvil, una ola de temor me golpea.

—¿Puedes darme unos minutos para que sea yo quien les dé la noticia? Será más fácil si viene de mí.

Asiente, apretando fuertemente mi hombro antes de irse. Me recuesto, aferrándome a Parches, la ansiedad me llena mientras pienso en las llamadas que tengo que hacer. Sigo

escuchando a mi madre en la cafetería, con su voz dando vueltas alrededor de mi cabeza.

No sé qué haría sin ti.

No sé qué haría sin ti.

No sé qué haría sin ti.

Escucho un ruido afuera de mi puerta y giro la cabeza para ver un sobre que se desliza por debajo. Miro la luz que entra por debajo de la puerta cuando un par de pies se para allí.

Un momento antes de girar lentamente y alejarse.

Me paro con cuidado y me agacho para recoger el sobre. Al abrirlo, saco un dibujo animado, los colores tristes y apagados. Es una imagen de un Will con el ceño fruncido, un ramo de flores marchitas en su mano, un título de burbuja debajo de él que dice «Lo siento».

Me recuesto en mi cama, sosteniendo el dibujo contra mi pecho y cerrando los ojos con fuerza.

La Dra. Hamid dijo que yo era una luchadora.

Pero realmente ya no sé que soy.





CAPÍTULO XII

Will

La embarré. Mucho. Sé eso.

Me escabullo por el ala y alrededor del vestíbulo este del hospital después de dejar el dibujo, con el teléfono en la mano, esperando algo. Un texto, una llamada de FaceTime, *cualquier cosa*.

Para este momento ya debe haber visto el dibujo, ¿verdad? Su luz estaba encendida. Pero ha estado en completo silencio desde nuestra pelea.

¿Qué debo hacer? ni siquiera me habla, le escribo a Jason y hago una mueca. Puedo verlo molestándome porque alguien me guste lo suficiente como para pedirle su consejo.

Solo dale algo de tiempo, hombre, *responde*.

Suspiro ruidosamente, frustrado. Tiempo. Toda esta espera es una agonía.

Me desplomo en un banco, observando a la gente mientras pasan por las puertas corredizas del hospital. Niños pequeños, agarrando nerviosamente las manos de sus padres. Enfermeras, frotándose los ojos con sueño mientras finalmente consiguen irse. Visitantes poniéndose sus chaquetas entusiasmados mientras se dirigen a casa para pasar la noche. Por primera vez en pocos días, desearía ser uno de ellos.

Mi estómago gruñe ruidosamente y decido ir a la cafetería para distraerme con algo de comida. Caminando hacia el ascensor, me paralizó cuando escucho una voz familiar saliendo de una habitación cercana.

—*No envíe dinero, no puede pagarlo*—dice la voz, el tono sombrío, triste. *Money*. Dinero—. Tomé dos años de español en la escuela secundaria y solo puedo decir algunas frases, pero reconozco esa palabra. Giro mi cabeza para notar que es una capilla, con grandes vitrales y bancos de madera clásicos. El aspecto antiguo y eclesiástico es muy

diferente del resto del diseño moderno y elegante del hospital.

Mis ojos se posan en Poe, sentado en la primera fila, con los codos apoyados en las rodillas mientras habla con alguien por FaceTime.

—Yo también te extraño —dice—. Lo sé. Te amo mamá.

Cuelga, poniendo la cabeza en sus manos. Abro un poco más la pesada puerta, las bisagras crujen con fuerza cuando lo hago.

Se da la vuelta con sorpresa.

—¿La capilla? —pregunto, mi voz haciendo eco demasiado fuerte en las paredes del amplio espacio mientras camino por el pasillo hacia él.

Mira a su alrededor, sonriendo levemente.

—A mi mamá le gusta verme aquí. Soy católico, pero ella es *católica*.

Suspira, apoyando la cabeza contra el banco.

»No la he visto en dos años. Quiere que vaya a visitarla.

Mis ojos se abren de sorpresa y me siento al otro lado del pasillo, a una distancia segura. Eso es mucho tiempo.

—¿No has visto a tu madre en dos años? ¿Qué te hizo?

Sacude la cabeza, sus ojos oscuros llenos de tristeza.

—No es así. Fueron deportados a Colombia. Pero nací aquí y no querían alejarme de mis médicos. Estoy «bajo la tutela del estado» hasta que tenga dieciocho años.

Mierda. Ni siquiera puedo imaginar cómo era eso. ¿Cómo podrían deportar a los padres de alguien con FQ? Los padres de alguien *terminal*.

—Eso está jodido —le digo.

Poe asiente.

—Los extraño. Tanto.

Frunzo el ceño, pasándome los dedos por el cabello.

—Poe, ¡tienes que ir! Tienes que visitarlos.

Suspira, fijando sus ojos en la gran cruz de madera detrás del púlpito, y recuerdo lo que oí por casualidad. *Dinero*.

—Es caro. Quiere enviarme dinero, pero no puede permitírselo. Y ciertamente no voy a quitarles la comida de su mesa...

—Escucha, si es dinero, puedo ayudarte. En serio. No estoy tratando de ser un cretino privilegiado, pero no es un problema... —Pero antes de que termine, sé que es hay un «no» allí.

—Vamos. Detente. —Gira la cabeza para mirarme, antes de que su rostro se suavice—. Voy a... Lo resolveré.

Un silencio cae sobre nosotros, el aire tranquilo y abierto de la gran sala hace sonar mis oídos. Esto no es solo por dinero. Además, sé más que nadie que el dinero no puede arreglarlo todo. Tal vez algún día mi mamá se dé cuenta.

—Sin embargo, gracias —dice Poe finalmente, sonriéndome—. Lo digo en serio.

Asiento mientras nos llamamos de nuevo. ¿Cómo es que resulta justo que mi madre pueda pasar por encima de mí, mientras que a alguien más simplemente se la arrebataron? Aquí estoy, contando los días hasta cumplir los dieciocho, mientras que Poe está tratando de enlentecer el tiempo, deseando más.

Más tiempo.

Para mí, fue fácil rendirse. Fue fácil luchar contra mis tratamientos y concentrarme en el tiempo que tengo. Dejar de esforzarme tan malditamente tanto por solo unos segundos más. Pero Stella y Poe me están haciendo querer cada segundo más que pueda conseguir.

Y eso me aterroriza más que cualquier otra cosa.



Esa noche me acuesto en mi cama, mirando al techo mientras hago mi tratamiento con nebulizador sin Stella.

¿Nada? Me escribe Jason, lo que no ayuda, ya que la respuesta es un rotundo no.

Todavía nada de ella. Ni siquiera una nota. Pero no puedo dejar de pensar en ella. Y cuanto más se mantiene en silencio, peor se pone. No puedo dejar de pensar en lo que sería estar cerca de ella, extender la mano y tocarla, hacer que se sienta mejor después de que la fastidié.

Puedo sentir algo que sale desde lo profundo de mi pecho, en la punta de mis dedos y en la boca de mi estómago. Extendiéndose para sentir la suave piel de su brazo, las cicatrices que estoy seguro están en su cuerpo.

Pero nunca podré. La distancia entre nosotros nunca desaparecerá o cambiará.

Dos metros y medio para siempre.

Mi teléfono suena y lo tomo, esperanzado, pero es solo una notificación de Twitter. Arrojo mi teléfono en mi cama, frustrado.

¿Qué demonios, Stella? No puede permanecer enojada para siempre.

¿Puede?

Necesito hacer esto bien.

Apago el nebulizador y lanzo mis piernas sobre la cama, poniéndome mis zapatos y

mirando hacia el pasillo para asegurarme de que la costa esté despejada. Veo a Julie entrando en una habitación más abajo por el pasillo con un goteo intravenoso, y rápidamente salgo de mi habitación, sabiendo que tengo tiempo. Caminando tranquilamente por el pasillo, paso por la estación de enfermeras vacía y me detengo frente a su puerta, escuchando música suave al otro lado.

Ella está ahí.

Tomando una respiración profunda, golpeo, el sonido de mis nudillos retumbando en la madera desgastada.

Escucho la música apagarse y luego sus pasos a medida que se acerca más y más, se detiene frente a la puerta, vacilando. Finalmente abre, sus ojos color avellana hacen que mi corazón lata con fuerza en mi pecho.

Es tan bueno verla.

—Estás aquí —digo en voz baja.

—Estoy aquí —dice con frialdad, apoyándose en el marco de la puerta y actuando como si no me hubiera ignorado durante todo el día—. Tengo tu caricatura. Estás perdonado. Retrocede.

Rápidamente paso todo el camino de regreso a la pared del fondo, poniendo los dos frustrantes metros entre nosotros. Nos miramos, y ella parpadea, mira hacia otro lado para ver si hay enfermeras antes de mirar hacia el piso de baldosas.

—Te perdiste nuestro tratamiento.

Ella parece impresionada de que realmente lo recordara, pero permanece en silencio. Me doy cuenta de que sus ojos están rojos, como si hubiese estado llorando. Y no creo que sea por lo que dije.

—¿Qué está pasando?

Ella respira hondo, y cuando habla, puedo escuchar los nervios en sus palabras.

—La piel alrededor de mi sonda G está bastante infectada. La Dra. Hamid está preocupada por una sepsis. Va a raspar mi piel infectada y reemplazará mi sonda gástrica en la mañana.

Cuando miro a sus ojos, veo que es mucho más que nervios. Tiene miedo. Quiero llegar y tomar su mano en la mía. Quiero decirle que todo estará bien y que esto no debería ser malo.

—Me aplicarán general.

¿Qué? ¿Anestesia general? ¿Con sus pulmones al 35 por ciento? ¿La Dra. Hamid se volvió loca?

Agarro la barandilla en la pared para mantenerme en mi lugar.

—Mierda. ¿Tus pulmones están listos para eso? —Nos miramos el uno al otro por un

momento, el aire entre nosotros se siente como millas y millas.

Ella mira hacia otro lado, ignorando la pregunta.

—Recuerda tomar tus medicamentos a la hora de acostarte y luego preparar tu tubo de alimentación por sonda para la noche, ¿de acuerdo? —Sin darme tiempo para responder, cierra la puerta.

Camino lentamente hacia allí, extendiendo la mano para apoyar mi mano contra ella, sabiendo que Stella está al otro lado. Respiro hondo, descansando mi cabeza en la puerta, mi voz apenas un susurro.

—Vas a estar bien, Stella.

Mis dedos aterrizan en un cartel que cuelga en su puerta. Levanto la vista y lo leo: NADA PARA COMER O BEBER DESPUÉS DE MEDIANOCHE. Cirugía 6 A.M.

Alejo mi mano antes de ser atrapado por una de las enfermeras y camino por el pasillo hacia mi habitación, recostándome en mi cama. Stella normalmente es tan controlada. ¿Por qué esta vez es tan diferente? ¿Es por sus padres? ¿Por cuán baja está su función pulmonar?

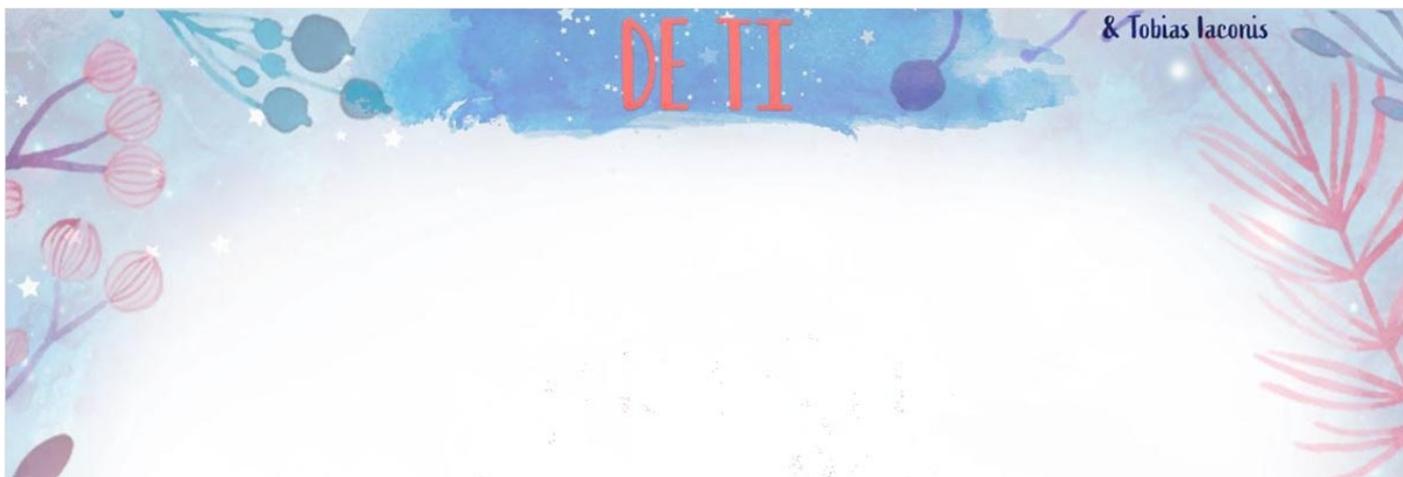
Me doy vuelta de costado, mis ojos se posan en mi propio dibujo de pulmón, haciéndome recordar el dibujo en su habitación.

Abby

Por supuesto que es por eso que está tan asustada. Esta es su primera cirugía sin Abby.

Todavía necesito hacer las cosas bien. Una idea aparece en mi cabeza y me siento muy erguido. Tomando mi teléfono de mi bolsillo, programo una alarma para las 5:00 a.m., por primera vez, en tal vez toda mi vida. Luego saco mi caja de materiales de arte de mi estantería y me pongo a planificar.





CAPÍTULO XIII

Stella

Sostengo a Parches cerca de mi pecho y miro de mi mamá a mi papá mientras se sientan a mi lado. Ambos me disparan sonrisas de labios finos que no llegan a sus ojos mientras evitan mirarse. Miro la foto de todos nosotros clavada en la parte de atrás de mi puerta, deseando poder recuperar a esos padres, los que siempre me decían que todo estaría bien.

Respirando hondo, reprimo una tos, mientras mi papá intenta hablar un poco.

Sostiene el calendario rosa que envían a todas las habitaciones con los especiales diarios en la cafetería.

—Creo que esta noche habrá crema de brócoli para la cena. ¡Tu favorito, Stell!

—Probablemente ella no estará lista para comer justo después de la cirugía, Tom —le responde mi madre con un chasquido y su rostro cae ante sus palabras.

Intento sonar entusiasta.

—Si me animo a hacerlo esta noche, ¡definitivamente tomaré un poco!

Alguien llama a la puerta y entra ordenadamente, con un gorro quirúrgico y un par de guantes azules de látex. Mis padres se levantan, mi papá se acerca para tomar mi mano.

Se necesita todo en mí para mantenerme en calma.

—Nos vemos en un rato, cariño —dice mi madre, mientras ambos me dan grandes abrazos, que se prolongan un poco más. Hago una mueca cuando mi sonda se frota contra ellos, pero me agarro fuerte, sin querer soltarlos.

El camillero levanta las barandillas a los lados de mi camilla, asegurándolas en su lugar con un clic. Miro el dibujo de Abby mientras me sacan, los pulmones sanos me

llaman. Deseo más que nada que ella estuviera aquí conmigo ahora, tomando mi mano, cantando la canción.

El ayudante me hace rodar por el pasillo, las caras de mis padres se desvanecen a medida que se alejan cada vez más, y entramos en el ascensor al final del pasillo. Cuando las puertas se cierran, el camillero me sonrío.

Intento devolverle la sonrisa, pero mi boca se niega a hacer la forma. Me aferró a las sábanas, entrelazando mis dedos con la tela.

Las puertas se abren, los pasillos familiares pasan zumbando, todo parece demasiado brillante, demasiado blanqueado para distinguir detalles.

Atravesamos las pesadas puertas dobles hacia el área preoperatoria, y luego entramos en una habitación más abajo por el pasillo. El camillero coloca la camilla en su lugar.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —pregunta.

Sacudo la cabeza, tratando de respirar profundamente mientras se va, la habitación se vuelve completamente silenciosa, excepto por el constante pitido de mis monitores.

Me quedo mirando al techo, tratando de alejar el creciente pánico que devora mis entrañas. Hice todo bien. Fui cuidadosa y me puse el Fucidin, tomé mi medicamento a las horas programadas y todavía estoy aquí a punto de someterme a una cirugía.

Todas mis obsesiones sobre mi régimen por nada.

Creo que lo entiendo ahora. Por qué Will fue al techo, Haría cualquier cosa por levantarme de la camilla y correr lejos, muy lejos. A cabo. A la Ciudad del Vaticano para ver la Capilla Sixtina. A todas las cosas que he evitado por miedo a enfermarme, solo para encontrarme aquí acostada, a punto de someterme a otra cirugía de la que podría no salir.

Mis dedos se envuelven alrededor de las barandillas colocadas en su lugar a cada lado de mí, mis nudillos se vuelven blancos mientras las aprieto, deseando ser una luchadora como dijo la Dra. Hamid ayer. Si quiero hacer esas cosas, necesito más tiempo. Tengo que luchar por ello.

La puerta se abre lentamente, y una persona alta y delgada se mete dentro. Lleva las mismas batas de cirujano verde, mascarilla y guantes azules que usan las enfermeras preoperatorias, pero su cabello castaño ondulado se asoma por debajo de un gorro quirúrgico transparente.

Sus ojos encuentran los míos y suelto las barandillas con sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro, mirando a Will mientras se sienta en una silla a mi lado, moviéndola hacia atrás para asegurarse de estar a una distancia prudencial.

—Es tu primera cirugía sin Abby —dice en explicación, una nueva expresión que no reconozco llena sus ojos azules. No es burlona, ni bromista, es total y completamente abierta. Casi en serio.

Trago saliva, tratando de detener las emociones brotando, lágrimas nublando mis ojos.

—¿Cómo lo supiste?

—He visto todos tus videos —dice, sus ojos se arrugan en las esquinas mientras me sonrío—. Podrías decir que soy un fan.

¿Todas? ¿Incluso esa vergonzosa de cuando tenía doce años?

—Podría arruinar esto —dice, aclarando su garganta mientras saca una hoja de papel de su bolsillo.

Comienza a cantar, suavemente.

—Te amo, un bushel y un beso...

—Vete. Estoy siendo estúpida —bromeo mientras me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, sacudiendo la cabeza.

—Un bushel y un beso y un abrazo alrededor del cuello.

La canción de Abby. Él está cantando la canción de Abby. Las lágrimas comienzan a rodar por mi cara más rápido de lo que puedo atraparlas mientras observo sus profundos ojos azules, concentrados en leer cada letra del papel arrugado.

Siento que mi corazón podría estallar, estoy sintiendo tantas cosas a la vez.

—Mi abuela solía cantarnos esa canción. Nunca me encantó, pero Abby la amaba.

Él se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Tuve que buscarla en Google. Hombre, es *vieja*.

Me río con él, asintiendo.

—Lo sé. ¿Qué diablos es un...?

—¿Barril y un montón? —decimos al mismo tiempo, los dos riéndonos, sus ojos encontrando los míos y haciendo que mi corazón baile dentro de mi pecho, el monitor cardiaco justo al lado de él sonando más y más rápido. Él se inclina hacia adelante, tan ligeramente, quedando justo al borde de la zona de peligro, pero lo suficiente para alejar el dolor de la sonda gástrica

—Vas a estar bien, Stella.

Su voz es profunda. Suave. Sé en ese momento, a pesar de que no podría ser más ridículo, que, si muero aquí, no moriré sin haberme enamorado.

—¿Lo prometes? —pregunto.

Asiente y estira su brazo, mostrando un meñique enguantado en la distancia. Lo tomo e hicimos una promesa de meñique. El más pequeño contacto, pero era la primera vez que nos tocábamos.

Y justo ahora eso no me asustó.

Mi cabeza gira en dirección a la puerta cuando el sonido de pasos se siente más y más cercanos. La Dra. Hamid aparece, una enfermera quirúrgica presionando la puerta junto con ella.

—¿Lista para llevar este espectáculo de gira? —dice lanzándome un pulgar hacia arriba.

Mi cabeza gira bruscamente hacia la silla donde Will estaba sentado, el miedo apoderándose de mi pecho.

Esta vacío.

Y luego lo veo, detrás de la cortina gris, con la espalda apoyada contra la pared. Se lleva el dedo a la boca y se quita la mascarilla para sonreírme.

Le devuelvo la sonrisa y, mientras lo miro, empiezo a creer lo que dijo.

Voy a estar bien.



Unos minutos más tarde, estoy recostada en la mesa de operaciones, la habitación está oscura, excepto por la luz cegadora que está directamente sobre mi cabeza.

—Está bien, Stella, sabes qué hacer —dice una voz, sosteniendo una máscara con una mano enguantada.

Mi corazón comienza a latir con nerviosismo y giro la cabeza para enfrentarlos, encontrando sus ojos oscuros mientras colocan la máscara sobre mi nariz y boca. Cuando me despierte, todo habrá terminado.

—Diez —digo, mirando más allá del anesthesiólogo hasta la pared de la sala de operaciones, mis ojos se posan en una forma que es extrañamente familiar.

El dibujo de los pulmones de Abby.

¿Cómo?

Pero lo sé, por supuesto. Will. Lo metió en la sala de operaciones. Una sola lágrima cae de mi ojo y sigo contando.

—Nueve. Ocho. —Todas las flores comienzan a nadar juntas, los azules, los rosas y los blancos, todos girando, girando y difuminándose, los colores salen de la página y se acercan a mí—. Siete. Seis. Cinco. —El cielo nocturno cobra vida de repente, nadando junto a las flores, las estrellas llenando el aire a mi alrededor. Brillan y bailan sobre mi cabeza, lo suficientemente cerca para que pueda alcanzarlos y tocarlos.

Oigo una voz zumbando, en algún lugar en la distancia.

—Un Bushel y un beso.

—Cuatro. Tres

Los bordes de mi visión comienzan a tornarse negros, mi mundo se vuelve más y más oscuro. Me concentro en una sola estrella, un solo punto de luz, cada vez más brillante, más cálido y más abrumador.

El zumbido se detiene y escucho una voz lejana y confusa. Abby. Oh Dios mío. Es la voz de Abby.

—... espalda... no lo hagas

—Dos —le susurro, no estoy segura si está en mi cabeza o en voz alta. Y luego la veo. Veo a Abby, justo enfrente de mí, borrosa al principio y luego tan clara como el día. El cabello rizado de mi padre, y su sonrisa más grande que la vida, y sus ojos color avellana idénticos a los míos.

—... Más... hora...

Ella me está alejando de la luz.

—Uno.

Oscuridad.





CAPÍTULO XIV

Will

Empiezo a abrir la puerta en silencio, mirando a ambos lados antes de escabullirme fuera del área preoperatoria y casi chocar con una enfermera. Rápidamente miro hacia otro lado y me pongo la máscara para disfrazarme mientras ella se dirige hacia adentro.

Doy unos pasos rápidos y me escondo detrás de la pared junto a la escalera, notando a un hombre y una mujer sentados en lados opuestos de la sala de espera vacía.

Entrecerrando los ojos, miro de uno a otro.

Los conozco de alguna parte.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice el hombre, y la mujer levanta la mirada para encontrarse con sus ojos, apretando la mandíbula.

Parece una Stella mayor. Los mismos labios carnosos, las mismas cejas gruesas, los mismos ojos expresivos.

Los padres de Stella.

Ella asiente solo una vez, pareciendo cautelosa. Prácticamente se puede cortar la tensión con un cuchillo. Sé que debería irme. Sé que debería abrir la puerta de la escalera y volver antes de meterme en problemas, pero algo me hace quedarme.

—¿La baldosa en mi baño es, uh, púrpura? ¿De qué color debería tener la alfombra del baño?

—Negra —dice ella, bajando la cabeza y mirando sus manos, su cabello cayendo frente a su cara.

Hay un momento de silencio y veo que la puerta del pasillo se abre silenciosamente,

con Barb deslizándose. Ninguno de los dos la nota entrar. El papá de Stella se aclara la garganta.

—¿Y las toallas?

Ella levanta sus manos, exasperada.

—No importa, Tom.

—Importó cuando pintamos la oficina. Dijiste la alfombra...

—¿Nuestra hija está en cirugía y quieres hablar de *toallas*? —Le responde ella con su rostro lívido. Nunca he visto a Barb parecer tan disgustada. Ella cruza los brazos, levantándose un poco más erguida mientras observa a sus compañeros.

—Solo quiero hablar —dice su padre en voz baja—. De cualquier cosa.

—Oh Dios mío. Me estás matando. Detente... —Su voz se desvanece cuando ambos ven a Barb, su rostro se vuelve cada vez más enojado y más enojado hasta que tiene la misma mirada que nos da cuando nos metemos en problemas.

Ella respira hondo, sacando todo el aire de la habitación.

—No puedo *imaginar* por lo que han pasado, al perder a Abby —dice, con una voz muy seria—. Pero *Stella* —señala las puertas preoperatorias, donde en algún lugar a lo lejos, Stella está acostada en una mesa a punto de ser operada— Stella está luchando por su vida allí. Y lo está haciendo por *ustedes*.

Ambos miran hacia otro lado, avergonzados.

—¿No pueden ser amigos? Al menos sean adultos —les suelta Barb, su voz llena de frustración.

Dang, Barb. Llévalo a la *iglesia*.

La madre de Stella niega con la cabeza.

—No puedo estar cerca de él. Miro su rostro y veo a Abby.

Su padre levanta la vista rápidamente, apenas mirándose la cara antes de que desviar la mirada.

—Y yo Veo a Stella cuando te miro.

—Ustedes *son* sus padres. ¿Olvidaron esa parte del trato? ¿Sabían que cuando se enteró de la cirugía, insistió en decírselos ella misma porque tenía demasiado miedo de cómo lo tomarían? —dice Barb, mirando hacia arriba.

Dios, no es de extrañar que Stella estuviera tan obsesionada con mantenerse viva. Estas personas perdieron a su hija y luego se perdieron entre ellos. Si ella muriera, probablemente perderían la cabeza.

Mi padre se fue antes de que me pusiera cada vez más enfermo, antes de que la FQ pudiera afectar mi cuerpo. No podía manejar a un hijo enfermo. Definitivamente no podría

manejar a uno muerto. ¿Pero *dos*?

Miro como sus padres finalmente se miran, realmente se miran, un silencio lloroso se cierne sobre ellos.

Stella nos ha estado cuidando a todos. Su mamá, su papá, a *mí*. Sigo en mi cuenta regresiva para tener dieciocho años, para ser un adulto, llevando las riendas. Tal vez es hora de que actúe como tal. Tal vez es hora de que me cuide.

Parpadeo, mirando a Barb, sus ojos se ensanchan al mismo tiempo que los míos.

Oh... oh. Soy como un ciervo atrapado en los faros, inseguro de si debo disparar o simplemente resignarme a lo que se avecina. Dudo mucho tiempo y ella se acerca, me agarra del brazo y me arrastra por el pasillo hacia el ascensor.

—Oh diablos, no.

Me quedo en silencio mientras las puertas del ascensor se abren y ella me arrastra hacia adentro.

Presiona el botón del tercer piso, una y otra vez y otra vez, sacudiendo la cabeza. Puedo sentir la ira literalmente irradiando de ella.

—Mira, Barb. Sé que estás molesta, pero ella estaba asustada. Solo tenía que verla...

Las puertas se cierran y se gira para mirarme, su cara como un trueno.

—Podrías *matarla*, Will. Podrías arruinar cualquier oportunidad que tuviera de conseguir pulmones nuevos.

—Ella corre más peligro con esa anestesia que conmigo. —Le devuelvo el fuego.

—¡Incorrecto! —grita Barb mientras el ascensor se detiene lentamente, las puertas se abren. Ella sale corriendo y la sigo, llamándola.

—¿Cuál es tu problema, Barb?

—Trevor Von y Amy Presley. Jóvenes con FQ, como tú y Stella —dice Barb, girándose sobre sus talones para mirarme—. Amy vino aquí con B. cepacia.

Sus ojos son serios, por lo que cierro la boca antes de hacer uno de mis comentarios habituales y dejo que siga hablando.

—Era joven, de la edad de Julie. Nueva en esto. Nueva en la vida.

Ella mira más allá de mí, recordando un momento diferente.

—Trevor y Amy estaban enamorados. Todos conocíamos las reglas. Sin contacto, a dos metros y medio de distancia. Y yo —se señala a sí misma—, les dejé romper las reglas porque quería que fueran felices.

—Déjame adivinar, ¿ambos murieron? —pregunto, sabiendo el final mucho antes de que me lo diga.

—Sí —dice, mirándome a los ojos, luchando contra las lágrimas—. Trevor contrajo la *B. cepacia* de Amy. Amy vivió por otra década. Pero, ¿Trevor? Lo sacaron de la lista de trasplantes y vivió solo dos años más después de que la bacteria le atacó la función pulmonar.

Mierda.

Trago, mirando de ella a la habitación de Stella, justo después de pasar el puesto de enfermeras. La lista de cosas que nos pueden pasar a nosotros los que sufrimos FQ, las historias de fantasmas que nos cuentan, es prácticamente infinita. Pero escuchar a Barb hablar sobre Trevor y Amy, no parece una historia de fantasmas.

—Fue en mi turno, Will —dice, señalándose a sí misma y sacudiendo la cabeza con firmeza—. Seré condenada si sucede de nuevo.

Con eso, se da vuelta y se aleja, dejándome sin palabras.

Miro a Poe de pie en su puerta, su expresión ilegible. Escuchó todo el asunto. Abre la boca para decir algo, pero levanto mi mano, cortándolo. Me dirijo directamente a mi habitación, cerrando la puerta ruidosamente detrás de mí.

Agarro mi portátil de mi mesita de noche y me siento en la cama. Mis dedos se ciernen sobre el teclado, y luego lo busco. Busco *B. cepacia*.

Las palabras saltan hacia mí.

Contaminación.

Riesgo.

Infección.

Con solo una tos, con un solo toque, podría arruinar su vida entera. Podría arruinar cualquier oportunidad de que tuviera pulmones nuevos.

Podría *lastimar* a Stella.

Lo sabía, supongo. Pero realmente no lo vi.

Pensar en eso hace que me duelan todos los huesos de mi cuerpo. Peor que las cirugías, o infecciones, o despertarse en una mala mañana en la que apenas puedes respirar. Incluso peor que el dolor de estar en la misma habitación que ella y no poder tocarla.

Muerte.

Esto es lo que soy. Eso es lo que soy para Stella.

Lo único peor que no poder estar con ella o estar cerca de ella sería vivir en un mundo en el que ella no existiera en absoluto. Especialmente si es mi culpa.



A DOS METROS

Rachael Lippincott, Mikki Daughtry



CAPÍTULO XV

Stella

Es hora de despertar, cariño —dice una voz, en algún lugar lejano.

Es la voz de mi mamá, más cerca ahora. A mi derecha.

Respiro hondo, el mundo girando en busca de foco, con la cabeza nublada. Parpadeo cuando su rostro aparece a la vista, mi papá está de pie junto a ella.

Estoy viva. Lo hice.

—Ahí está mi Bella Durmiente —dice ella, y yo froto mis ojos aturridos.

Sé que acabo de despertar, pero estoy agotada.

—¿Cómo te sientes? —pregunta mi papá, y respondo con un gemido adormilado, sonriéndoles a los dos.

Alguien llama a la puerta y Julie la abre, entrando con una silla de ruedas para llevarme a mi habitación. Y a mi *cama*. Gracias a dios.

Balanceo mi mano en el aire, sacando el pulgar como pidiendo aventón y grito:

—¿Puedes darme un aventón?

Julie se ríe, y mi papá me ayuda a bajar de la camilla y meterme en la silla de ruedas. Todos los medicamentos para el dolor que me han dado para este momento son fuertes. No puedo sentir mi cara, y mucho menos el dolor de mi sonda gástrica.

—¡Pasaremos más tarde para ver cómo estás! —dice mi papá, y les disparo a ambos con un pulgar hacia arriba, congelada.

Espera.

Pasaremos.

¿Pasaremos más tarde para ver cómo estás?

—¿Me desperté en un universo alternativo? —me quejo, frotándome los ojos y entrecerrándolos.

Mi mamá sonrío y me acaricia el cabello con comodidad mientras mira a mi papá.

—Eres *nuestra* hija, Stella. Siempre lo ha sido, siempre lo serás.

Estos medicamentos para el dolor son *fuertes*.

Abro la boca para decir algo, pero estoy demasiado aturdida y exhausta para unir una frase. Solo asiento, mi cabeza balanceándose salvajemente hacia arriba y hacia abajo.

—Duerme un poco, cariño —dice mi madre, dándome un beso en la frente.

Julie me lleva por el pasillo y entra en el ascensor. Es casi imposible mantener mis ojos abiertos, mis párpados se sienten más pesados que un saco de papas.

—Uff, Jules, estoy *hecha polvo* —baluceo, disparándole un ojo de lado y viendo su vientre embarazado al nivel de los ojos justo sobre mi hombro.

Las puertas del ascensor se abren y ella me lleva a mi habitación, asegurando los neumáticos en la silla de ruedas.

—La piel y el tubo se ven mucho mejor. Estarás levantada para esta tarde. Sin embargo, nada de ejercicios.

Lucho mientras me ayuda a pararme lentamente y meterme en la cama, mis piernas y brazos se sienten como pesas de plomo. Ella arregla mis almohadas y me arroja suavemente, tirando de las mantas sobre mi cuerpo.

—Tienes que sostener a tu propio bebé —le digo, suspirando somnolienta, con tristeza.

Julie se encuentra con mi mirada. Se sienta en el borde de mi cama, dejando escapar un largo suspiro. —Voy a necesitar ayuda, Stella. Solo soy yo—. Me sonrío, sus ojos azules cálidos—. No puedo pensar en nadie en quien confiaría más.

Me estiro, tratando de ser lo más gentil posible mientras mi mano agotada *acaricia* su estómago una vez, dos veces.

Le doy una gran sonrisa.

—Voy a ser la mejor tía de la historia.

Tía Stella Yo. ¿Una tía? Me desplomo adormilada, la cirugía y los medicamentos para el dolor finalmente me alcanzan. Ella me besa en la frente y se va, la puerta se cierra suavemente detrás de ella. Me hundo en mi almohada, acurrucándome y acercando a mi panda. Miro hacia mi mesa lateral, mis ojos se cierran lentamente... ¡Espera! Me incorporo y agarro una caja de papel doblado que tengo ahí, atada con una cinta roja.

Tiro de la cinta, y la caja se despliega en un colorido ramo de flores emergente, hecho

a mano, con las mismas lilas moradas y hortensias rosas y flores silvestres blancas como en el dibujo de Abby que cobró vida de repente.

Will.

Sonrío, bajándolo suavemente mientras busco a tientas mi teléfono. Lo agarro, y hace falta todo en mí para enfocarme en la pantalla mientras me desplazo hasta el número de Will. Pulso el dial, escuchándolo sonar, mis ojos se cierran mientras va al correo de voz. Salto al oír el pitido, mi voz se arrastra cuando comienzo a hablar.

—¡Soy yo! Stella. No me llames, ¿ok? porque acabo de operarme y estoy muy cansada, pero llámame cuando... escuches esto. Pero no, no lo hagas, ¿de acuerdo? Porque si escucho tu voz *sexy*, no podré dormir. Sí. Entonces, llámame, ¿de acuerdo?

Busco en el teléfono, presionando el botón de finalización. Me enrosco, acercando mis mantas a mi cuerpo y agarrando a mi panda de nuevo. Todavía estoy mirando las flores cuando finalmente me quedo dormida.



Mi teléfono empieza a sonar, sacándome de mi profundo sueño postoperatorio. Me doy vuelta, mis ojos menos pesados cuando se abren, y veo que Poe me está llamando por FaceTime. Rebuscando en la pantalla, finalmente presiono el botón verde, y su rostro aparece.

—¡Estás viva!

Sonrío, frotándome los ojos y sentándome. Todavía tengo sueño, pero las medicinas han desaparecido lo suficiente como para que mi cabeza no se sienta como un pisapapeles.

—Oye. Estoy viva —digo, mis ojos se ensanchan mientras aterrizan en el hermoso ramo de flores que todavía están en mi mesa auxiliar—. La sonda se ve bien.

Will. Recuerdo vagamente que abrí el ramo.

Rápidamente reviso mis mensajes de texto. Dos de mi mamá. Tres de Camila. Uno de Mya. Cuatro de mi papá. Todos preguntando cómo me siento.

No hay ninguno de Will.

Mi corazón cae cerca de veinte historias.

—¿Has hablado con Will? —pregunto, frunciendo el ceño.

—No —dice Poe, sacudiendo la cabeza. Parece que quiere decir algo más, pero no lo hace.

Respiro hondo, tosiendo, y me duele el costado donde estaba la infección de la piel. Ay. Me estiro. El dolor está definitivamente ahí. Pero es manejable.

Tengo un mensaje en Instagram, y me deslizo para ver que es una respuesta de Michael que recibí mientras dormía. Me envió un mensaje anoche para ver cómo le estaba

yendo a Poe, preguntándole por su bronquitis. Y, lo que es más sorprendente, si iría a visitar a sus padres en Colombia. No tenía idea de que lo estuviera considerando.

Hablamos una y otra vez durante casi una hora, sobre lo contento que está de que esté aquí con Poe en el hospital, sobre lo genial que es Poe.

Sobre cómo no entiendo qué fue lo que salió mal.

Él realmente se preocupa por él.

—Michael me envió un DM —digo, levantando la vista para ver la reacción de Poe ante mis palabras mientras vuelvo a activar FaceTime.

—¿Qué? —pregunta, sorprendido—. ¿Por qué?

—Para preguntar si estás bien. —La expresión de Poe es ilegible, sus ojos oscuros son serios—. Es dulce. Realmente parece amarte.

Él pone los ojos en blanco.

—Metiéndote en mi vida otra vez. Claramente, te recuperaste completamente.

Poe se está perdiendo el amor. Porque tiene *miedo*. Miedo de dejarse llevar. Miedo de dejar que alguien entre en la basura con la que tenemos que convivir. Sé lo que es tener ese miedo. Pero ese miedo no evitó que la espantosa mierda sucediera.

Ya no lo quiero.

—Solo estoy diciendo —le digo, encogiéndome de hombros casualmente, a pesar de que mis palabras son serias—. A él no le importa que estés enfermo.

A Michael no le importa que Poe tenga FQ. Le importa no poder estar allí para Poe.

Cuando tienes FQ, no sabes cuánto tiempo te queda. Pero, honestamente, tampoco sabes cuánto tiempo tienen los que amas. Mi mirada viaja hacia el ramo emergente.

—¿Y qué es esto de visitar a tu familia? Definitivamente vas a ir, ¿verdad?

—Llámame cuando estés libre de drogas —dice, mirándome y colgando.

Les envió un mensaje de texto rápido a mis padres y les digo que se vayan a casa y descansen un poco, ya que ya es tarde y necesito dormir un poco más. Han estado atrapados aquí durante horas, y no quiero que esperen a que me despierte cuando necesitan cuidarse a sí mismos.

Sin embargo, ambos se oponen, y unos minutos más tarde, alguien toca a mi puerta, los dos juntos, asomando la cabeza para mirarme.

Recuerdo vagamente el «*nosotros*» de cuando me desperté por primera vez, ellos dos en un frente unido por primera vez desde la muerte de Abby.

—¿Cómo te sientes? —pregunta mi mamá, sonriéndome y besándome la frente.

Me incorporo, sacudiendo la cabeza.

—Escuchen, ustedes dos deberían irse, han estado aquí...

—Somos tus padres, Stell. Aunque no estemos juntos, todavía estamos aquí para ti —dice mi padre, tomando mi mano y apretándola—. Siempre vienes primero. Y estos últimos meses... definitivamente no lo hemos demostrado.

—Estos últimos meses han sido difíciles para todos —dice mi madre, compartiendo una mirada de comprensión con él—. Pero no es tu responsabilidad que nos sintamos mejor, ¿de acuerdo? Somos tus padres, cariño. Más que nada, queremos que seas feliz, Stella.

Asiento. Ni en un millón de años hubiera esperado esto.

—Por cierto —dice mi papá, desplomándose en la silla junto a mi cama—. La sopa estuvo genial. Di lo que quieras sobre la comida de la cafetería, pero hacen el *mejor* brócoli con queso cheddar.

Mi mamá y yo nos miramos, sonrisas que dan paso a profundas carcajadas que tengo que reprimir para que mi nueva sonda G no duela. La tristeza permanece, pero siento que una onza del peso sobre mis hombros se aleja lentamente, y respiro, respirando un poco más fácilmente de lo que lo he hecho en mucho tiempo. Tal vez esta cirugía no fue lo peor después de todo.



Me quedo dormida un rato más después de que mis padres se van, durmiendo la última niebla, y cuando me levanto una hora más tarde, estoy completamente fuera de la bruma de anestesia. Me siento lentamente, estirándome, el dolor de mi cirugía tirando de mi costado y mi pecho. Las medicinas para el dolor también están desapareciendo.

Levanto mi camisa para echar un vistazo. Mi piel todavía está abierta y adolorida por la cirugía, pero el área alrededor de mi sonda ya se ve un millón de veces mejor.

Mis ojos se posan en el ramo emergente y sonrío con entusiasmo, levantándome con cuidado y respirando profundamente. El aire entra y sale de mis pulmones, y saco mi oxígeno portátil de la mesita de noche, pongo la cánula nasal y la enciendo para darles una mano.

Respondo a Mya y Camila para hacerles saber que estoy despierta y que no se preocupen. Estoy como nueva. O, al menos, de vuelta al 35 por ciento.

Todavía tengo que hablarles sobre lo que acaba de pasar con mis padres, pero se están subiendo a un bote y tengo un lugar en el que también debo estar.

Cambiándome, me muevo lenta y cuidadosamente, poniéndome un par de leggings y una camiseta teñida que Abby me consiguió cuando fue al Gran Cañón. Me miro en el espejo, los círculos oscuros bajo mis ojos se ven más profundos de lo que han estado en meses. Cepillo mi cabello rápidamente y lo coloco en una coleta ordenada, frunciendo el ceño cuando no se ve tan bien como esperaba.

Lo suelto, asintiendo con satisfacción ante mi reflejo mientras mi cabello cae suavemente sobre mis hombros. Tomando mi bolsa de maquillaje del fondo de mi cajón, me aplico un poco de rímel y brillo de labios, sonriendo ante la idea de que Will me viera no solo con vida, sino con maquillaje, sus ojos azules mirando mis labios cubiertos de brillo. ¿Querría besarme?

Quiero decir, *nunca* podríamos, pero ¿querría hacerlo?

Me sonrojo, sacudiendo la cabeza mientras le envío un mensaje de texto rápido, diciéndole que se encuentre conmigo en el atrio en diez minutos.

Tirando de la correa de mi oxígeno portátil más arriba en mi hombro, tomo el camino rápido, subo el ascensor y cruzo el puente hacia el Edificio 2, luego vuelvo a bajar las escaleras hacia el atrio, que ocupa toda la parte posterior del edificio. Me siento en un banco, mirando alrededor todos los árboles y plantas, una fuente de piedra goteando suavemente detrás de mí.

Mi corazón palpita con entusiasmo ante la idea de verlo en tan solo unos minutos.

Emocionada y ansiosa, saco mi teléfono, comprobando la hora. Han pasado diez minutos desde mi mensaje de texto a Will y todavía no está aquí.

Le envío otro mensaje de texto: Estoy aquí. ¿Leiste mi mensaje? ¿Dónde estás?

Pasan otros diez minutos. Y luego otros.

¿Tal vez él está tomando una siesta? ¿O tal vez sus amigos vinieron de visita y no ha tenido la oportunidad de revisar su teléfono?

Me doy vuelta cuando escucho que la puerta se abre detrás de mí, sonriendo, emocionada de ver finalmente... a Poe. ¿Qué está haciendo Poe aquí?

Me mira, su rostro serio.

—Will no vendrá.

—¿Qué? —Me las arreglo para decir—. ¿Por qué no?

—No quiere verte. No va a venir.

¿No quiere verme? ¿Qué? Poe sostiene un paquete de pañuelos, y me estiro para agarrarlos, frunciendo el ceño con confusión.

—Me dijo que te dijera que esta pequeña cosa entre ustedes dos ha terminado.

La conmoción y el dolor se convierten en ira, profunda y real, arañando mi estómago. ¿Por qué me cantó la canción de Abby antes de la cirugía? ¿Por qué iba a colarse en el preoperatorio y arriesgarse a ser atrapado? ¿Por qué me haría un ramo de flores hecho a mano si esta «pequeña cosa» entre nosotros hubiera terminado?

Una lágrima frustrada rueda por mi cara y abro el paquete de pañuelos.

—Lo odio —le digo, secándome los ojos con rabia.

—No, no lo haces —dice Poe, apoyándose contra la pared y mirándome. Su voz es suave pero práctica.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Probablemente se rio mucho de la loca del control en la habitación 302, ¿eh? ¿No quería decirme todo para poder reírse en mi cara? Qué diferente a él.

Aspiro, y hago una pausa porque, aunque estoy enojada, eso se siente mal. No tiene sentido.

—¿Él está bien? ¿Le paso algo?

Poe sacude la cabeza.

—No, no pasó nada. —Se detiene, sus ojos viajan para mirar detrás de mí, a la fuente de goteo—. Bueno, déjame revisar eso.

Se encuentra con mis ojos.

—Barb pasó.

Me cuenta lo que escuchó en el pasillo, cómo Barb enfrentó a Will sobre nosotros, cómo estar juntos nos mataría a los dos.

Ni siquiera lo dejo terminar. ¿Cuánto tiempo voy a vivir mi vida con miedo a «qué pasaría si...»? Mi vida gira en torno a un régimen y porcentajes obsesivos, y dado que recién estuve en cirugía, el riesgo nunca parece disminuir. Cada minuto de mi vida es un «y si», y no sería diferente con Will.

Pero ya puedo decir una cosa. Será diferente sin él.

Paso por delante de Poe, empujando a través de las pesadas puertas y subiendo las escaleras y cruzando el puente hacia los ascensores.

—Stella, ¡espera! —Me llama, pero necesito ver a Will. Necesito que me diga que esto es lo que quiere.

Presiono el botón del ascensor una y otra vez, pero está tardando demasiado. Miro a ambos lados para ver a Poe viniendo detrás de mí, su cara confundida. Sigo moviéndome hacia la escalera, con mi costado ardiendo, el dolor de la cirugía me hizo girar la cabeza. Abro la puerta y bajo de prisa las escaleras.

Regreso a nuestro piso, abriendo las puertas dobles y golpeando la puerta de la habitación 315. Echo un vistazo a la estación de enfermeras, aliviada de encontrarla vacía.

—Will —jadeo, mi pecho agitado—. No me iré hasta que me hables.

Hay silencio. Pero sé que él está allí.

Los pasos de Poe golpean el suelo del pasillo, deteniéndose a dos metros y medio de mí.

—Stella —jadea, sacudiendo la cabeza, su propio pecho agitado por correr detrás de

mí.

Lo ignoro y vuelvo a llamar, esta vez más fuerte.

—¡Will!

—Vete, Stella —dice su voz a través de la puerta. Hay una pausa, entonces— por favor.

Por favor. Hay algo en la forma en que lo dice. Un anhelo, profundo y fuerte.

Estoy cansada de vivir sin vivir realmente. Estoy cansada de querer cosas. No podemos tener muchas cosas. Pero podríamos tener esto.

Lo sé.

—Will, solo abre la puerta para que podamos hablar.

Pasa un minuto, pero luego la puerta se abre, solo lo suficiente para que pueda ver su sombra en el suelo de baldosas. Cuando no sale, comienzo a retroceder contra la pared del fondo, como siempre hago.

—Voy a retroceder, ¿de acuerdo? Hasta la pared. Estaré lo suficientemente lejos. —Las lágrimas comienzan a llenar mis ojos otra vez, y trago, forzándolas a retroceder.

—No puedo, Stella —dice en voz baja, y veo que su mano agarra el marco de la puerta a través de la grieta.

—¿Por qué no? Will, vamos...

Me corta, su voz firme.

—Sabes que quiero. Pero no puedo. —Su voz se atasca en su garganta, y lo sé.

Sé en ese momento que esta «pequeña cosa» entre nosotros no ha terminado. Solo acaba de empezar.

Doy un paso hacia la puerta, deseando verlo ahora más de lo que quiero respirar.

—Will...

La puerta se cierra en mi cara, el pestillo encaja en su lugar. Lo miro, aturdida, sintiendo que todo el aire se me va.

—Tal vez sea mejor así —dice una voz detrás de mí.

Me doy vuelta para ver a Poe, todavía de pie allí, con los ojos tristes pero su voz resuelta.

—No. —Sacudo la cabeza—. No. Puedo resolver esto. Yo... Tengo que resolver esto, Poe. Yo solo...

Mi voz se desvanece y miro hacia abajo. Tiene que haber una manera.

—No somos normales, Stell —dice Poe en voz baja—. No podemos arriesgarnos de esta manera.

Levanto mi cabeza, mirándolo. De todas las personas que estarían contra nosotros.

—¡Oh vamos! No, tú también.

—Solo admite lo que realmente está pasando aquí —responde disparando, comparando mi frustración con la suya. Nos miramos el uno al otro y él sacude la cabeza—. Will es un rebelde. Es alguien que toma riesgos, como Abby.

Mis entrañas se convierten en hielo.

—¿Quieres decirme qué hacer con mi vida? —le contesto—. ¿Qué tal la tuya? Tú y Tim, Tú y Rick. Marcus. Miguel.

Su mandíbula se aprieta.

—¡No vayas allí, Stella!

—¡Oh, puedo *seguir* yendo allí! —le respondo—. Todos sabían que estabas enfermo y te querían de todos modos. Pero tú corriste, Poe. Ellos no. *Tú*. Cada vez. —Bajo mi voz, sacudiendo mi cabeza, desafiándolo—. ¿De qué tienes miedo, Poe?

—¡No sabes de lo que estás hablando! —me responde con un grito de furia, y sé que toqué una cuerda.

Doy unos pasos más cerca, mirándolo directamente a los ojos.

—Has arruinado cada oportunidad de amor que alguna vez se te presentó. Así que, por favor, guárdate tu consejo.

Me doy vuelta, marchándome a mi habitación, el aire todavía vibrando de ira. Escucho su puerta cerrarse de golpe detrás de mí, fuerte y resonando por todo el pasillo. Me dirijo a mi habitación y cierro la puerta con la misma fuerza.

Miro fijamente la puerta cerrada, mis pulmones suben y bajan mientras lucho por recuperar el aliento, todo en silencio, excepto el silbido de mi oxígeno y el latido de mi corazón. Mis piernas ceden, y me deslizo hacia el piso, cada fibra de mi cuerpo repentinamente sale de la cirugía y de Will y de Poe.

Tiene que haber una manera. Hay una manera. Solo necesito averiguarlo.



Los próximos días se confunden. Mis padres vienen a visitarme, por separado, y luego nuevamente juntos el miércoles por la tarde, y son, si no amigables, al menos cordiales el uno con el otro. Tuve una conversación por FaceTime con Mya y Camila, pero solo por breves ráfagas de tiempo entre sus actividades en Cabo. Deambulo por el hospital, revisando los tratamientos en mi aplicación a medias y siguiendo los movimientos de mi régimen, como se supone que debo hacer, pero no me parece tan satisfactorio.

Nunca me he sentido más sola.

Ignoro a Poe. Will me ignora. Y sigo tratando de pensar en una manera de arreglar

esto, pero nada viene.

El jueves por la tarde, me siento en mi cama, buscando en Google *B. cepacia* por millonésima vez, y luego hay un tintineo contra mi puerta. Me incorporo, frunciendo el ceño. ¿Qué podría ser eso? Me acerco y abro lentamente la puerta para ver un frasco apoyado contra el marco de la puerta con una elegante etiqueta manuscrita: TRUFAS NEGRAS DE INVIERNO. Me inclino y la levanto para ver una nota *Post-it* rosa encima. La retiro y leo: «Tienes razón. Por una vez».

Poe. El alivio me inunda.

Entro en mi primera sonrisa real en cuatro días. Mirando por el pasillo, veo que la puerta se cierra. Agarro mi teléfono, marcando su número.

Él responde a mitad de repique.

—¿Te compro una dona? —pregunto.

Nos reunimos en el salón de usos múltiples, y agarro un paquete de sus mini donuts de chocolate favoritas de la máquina expendedora y se los arrojo sobre su sofá del amor.

Él los atrapa, mirándome mientras compro un paquete para mí.

—Gracias.

—A tu orden —le digo, sentada frente a él, sus ojos como dagas.

—Perra —responde.

—Cretino.

Nos sonreímos el uno al otro, nuestra lucha oficialmente terminó.

Abre el paquete, sacando una rosquilla y tomando un bocado.

—*Tengo* miedo —admite, mirándome a los ojos—. ¿Sabes lo que alguien consigue por amarme? Consigue ayudarme a pagar todos mis cuidados y luego me ve morir. ¿Cómo es eso justo para alguien?

Lo escucho, entendiendo de donde viene. Creo que la mayoría de las personas con una enfermedad terminal han luchado con esto. Con sentirse como una carga. Sé que me he sentido así con mis padres más veces de las que puedo contar, especialmente en los últimos meses.

—Deducible. Médicos. Estancias hospitalarias. Cirugías. Cuando cumpla los dieciocho años, no habrá más cobertura total.

Toma una respiración profunda, su voz atrapada.

—¿Debería ser problema de Michael? ¿O de mi familia? Es mi enfermedad, Stella. Es *mi* problema.

Una lágrima rueda por su mejilla, y la limpia rápidamente. Me inclino hacia adelante, queriendo consolarlo, pero como siempre estoy a dos metros y medio de distancia.

—Oye —le digo, dándole una gran sonrisa—. Tal vez puedas conseguir que Will se case contigo. Está cargado.

Poe resopla, su voz burlona.

—Él no es exigente. Le gustas.

Le lanzo una dona, golpeándolo en el pecho.

Se ríe antes de que su rostro se ponga serio de nuevo.

—Lo lamento. Sobre ti y Will.

—Yo también.

Trago, mis ojos enfocados en un tablón de anuncios justo delante de su cabeza, lleno de papeles y avisos y un aviso de higiene. Está compuesto de dibujos animados intrincados, cada uno de los cuales instruye a las personas sobre la forma correcta de lavarse las manos o la forma correcta de toser en público.

Salto cuando una idea comienza a tomar forma.

Mi lista de tareas acaba de crecer en uno.





CAPÍTULO XVI

Will

Coloco mis piernas por un lado del techo y escucho su correo de voz una y otra y otra vez, solo para escuchar su voz en el otro extremo. Su habitación está oscura, excepto por la luz de su escritorio, y la veo tecleando furiosamente en su computadora, con su largo cabello castaño recogido en un moño desordenado.

¿Qué podría estar haciendo tan tarde en la noche?

¿Sigue pensando en mí?

Miro hacia arriba, viendo como una suave ráfaga de nieve comienza a caer, aterrizando en mis mejillas, mis párpados y mi frente.

He estado en el techo de docenas de hospitales a lo largo de los años. He mirado el mundo de abajo y he experimentado este mismo sentimiento en cada uno de ellos. Anhele de caminar por las calles, nadar en el océano o vivir la vida de una manera que nunca tuve la oportunidad de hacerlo.

Queriendo algo que no podría tener.

Pero ahora lo que quiero no está afuera. Está justo aquí, lo suficientemente cerca para tocarlo. Pero no puedo. No sabía que era posible querer algo tanto que pudieras sentirlo en tus brazos y piernas y en cada respiración que tomas.

Mi teléfono se apaga y lo miro para ver una notificación de su aplicación, un frasco de pastillas emoji bailando.

¡Medicamentos de la hora de dormir!

Ni siquiera puedo explicar por qué todavía lo estoy haciendo. Pero le doy una larga mirada más y me levanto, caminando hacia la puerta de la escalera y agarrando mi billetera antes de que se cierre de golpe. Bajo lentamente las escaleras y vuelvo al tercer

piso, asegurándome de que no hubiera nadie en el pasillo antes de volver a esconderme en mi habitación.

Pasando al carrito médico, tomo mis pastillas antes de acostarme con pudín de chocolate, tal como me enseñó. Miro fijamente el dibujo que hice antes de mí mismo como el Grim Reaper, la hoja de mi guadaña que dice «AMOR».

¿Todavía estás bien? Espero que me envíe mensajes de texto.

Suspirando, me quito la sudadera y le devuelvo un mensaje de texto, falsificando un poco la verdad. *Si estoy bien.*

Configuro mi alimentación con sonda G y me meto en la cama. Agarro mi computadora portátil de la mesita de noche y abro YouTube, haciendo clic solemnemente en un video sugerido de Stella que ya he visto, porque ahora soy tan patético.

Hope y Jason ni siquiera me reconocerían.

Cuando estoy en silencio, observo la forma en que se mete el cabello detrás de la oreja cuando se concentra, y la forma en que tira la cabeza hacia atrás cuando se ríe, y la forma en que se cruza de brazos frente a su pecho cuando está nerviosa o molesta. Observo la forma en que mira a Abby y a sus padres, incluso la forma en que bromea con sus amigos, pero, sobre todo, observo la forma en que la gente la ama. Lo veo en algo más que en su familia. Lo veo en los ojos de Barb, en los de Poe y en los de Julie. Lo veo en cada médico, en cada enfermera y en cada persona que se interpone en su camino.

Demonios, incluso los comentarios no son la basura que reciben la mayoría de los videos de YouTube.

Pronto no podré ver más. Cierro mi computadora portátil y apago mi luz, y me tumbo en la oscuridad, sintiendo cada latido de mi corazón, fuerte y resuelto.



Al día siguiente, miro por la ventana, observando el sol de invierno de la tarde, lentamente cerca del horizonte, mientras la vibración constante de mi AffloVest se acumula en mi pecho. Reviso mi teléfono, sorprendido de ver un mensaje de texto de mi madre, escribiéndome a mí en lugar de consultar a mis médicos, por primera vez desde su visita hace casi dos semanas: *Escuché que has estado cumpliendo tus tratamientos. Me alegra ver que te has comprometido.*

Poniendo los ojos en blanco, lanzo mi teléfono en mi cama, tosiendo un poco de moco en la bandeja que sostengo. Echo un vistazo a mi puerta cuando un sobre se desliza por debajo, con mi nombre escrito en la parte delantera.

Sé que no debería estar emocionado, pero de todos modos desconecto el AffloVest, saltando para agarrarlo del suelo. Rompiendo el sobre para abrirlo, saco un pedazo de papel cuidadosamente doblado, abriéndolo por completo para revelar un dibujo animado hecho completamente con crayón.

Un niño alto con cabello ondulado se enfrenta a una niña pequeña, con crayones negros que los etiquetan como Will y Stella. Sonríe cuando me doy cuenta de los pequeños corazones rosados que flotan sobre sus cabezas, riéndose de la flecha gigante que se encuentra entre las palabras «DOS METROS EN TODO MOMENTO» en letras grandes de color rojo brillante.

Claramente no heredó las mismas habilidades artísticas que Abby, pero es lindo. ¿Qué es exactamente lo que está tratando de decir? ¿Y *dos metros medió*? Son dos y medio, y ella lo sabe.

Mi computadora portátil suena detrás de mí, y corro hacia ella, deslizando mis dedos sobre mi trackpad para ver un nuevo texto. De Stella.

No hay nada allí, excepto un enlace a un video de YouTube. Cuando hago clic en él, me lleva al video más reciente de Stella, publicado hace exactamente tres minutos.

—B. Cepacia: una hipótesis.

Sonríe con recelo al ver el título, mirando cómo Stella saluda a la cámara, su cabello en el desordenado moño que vi anoche desde el techo, una pila de artículos cuidadosamente colocados en su cama frente a ella.

—¡Hola a todos! Entonces, hay algo un poco diferente de lo que quiero hablarles hoy. Burkholderia cepacia. ¡Los riesgos, las restricciones, las reglas de participación y cómo decirlo con éxito diez veces, rápido! Quiero decir, vamos, ese es *todo* un nombre.

Miro, confundido.

—Muy bien, entonces, B. cepacia es una bacteria resistente. Es tan adaptable que en realidad se alimenta de la penicilina en lugar de ser atacada por ella. Así que nuestra primera línea de defensa es... —Se detiene, agachándose para recoger una botella de líquido del tamaño de un bolsillo y sostenerla hacia la cámara—. ¡Cal Stat! Este *no* es tu Purell promedio. Este es un desinfectante de manos de grado hospitalario. ¡Aplica generosamente y con frecuencia!

Ella se pone un par de guantes azules de látex, moviendo sus dedos para ajustarlo cómodamente en sus manos.

—Lo siguiente son unos buenos y anticuados guantes de látex. Probado y verdadero, usado como protección en —mira hacia abajo, se aclara la garganta y examina la pila de artículos en su cama—, todo tipo de actividades.

¿Todo tipo de actividades? Sacudo mi cabeza, una sonrisa arrastrándose en mi cara. ¿Qué está haciendo?

A continuación, la observo mientras saca un puñado de mascarillas faciales quirúrgicas, colgando una alrededor de su cuello.

—La B. cepacia prospera mejor en la saliva o flema. Una tos puede viajar tres metros. Un estornudo puede viajar hasta *ochenta metros por segundo*, así que no dejes que algo

vuele en compañía mixta.

Ochenta metros por segundo. Guau. Menos mal que no tengo alergias, o todos estaríamos muertos.

—Sin saliva también significa que nada de besos. —Respira profundamente, mirándome directamente a través de la cámara—. Nunca.

Exhalo, asintiendo solemnemente. Eso es un gran rollo. La idea de besar a Stella es... Sacudo la cabeza.

Mi ritmo cardíaco prácticamente se triplica con solo pensarlo.

—Nuestra mejor defensa es la distancia. Dos metros es la regla de oro —dice, antes de inclinarse para recoger un taco de billar junto a su cama—. Estos son dos metros. Dos. Metros.

Echo un vistazo al dibujo animado de nosotros, las letras rojas de burbujas saltando hacia mí. «DOS METROS EN TODO MOMENTO».

¿Dónde diablos consiguió un taco de billar?

Ella lo sostiene, mirándolo con notable intensidad.

—Pensé mucho en el medio metro restante. Y, para ser sincera, me enojé.

Mira a la cámara.

—Como pacientes con FQ, nos quitan mucho. Vivimos cada día de acuerdo con los tratamientos, las píldoras.

Voy de un lado a otro, escuchando sus palabras.

—La mayoría de nosotros no podemos tener hijos, muchos de nosotros nunca vivimos lo suficiente como para intentarlo. Solo otros con FQ saben cómo se siente esto, pero se supone que no debemos enamorarnos el uno del otro. —Ella se pone de pie, decidida—. Así que, después de todo lo que la FQ me ha robado, a nosotros, le voy a robar algo.

Ella sostiene el palo de billar desafiante, luchando por cada uno de nosotros.

—Le estoy robando quinientos milímetros. Cincuenta centímetros enteros. Un jodido medio metro de espacio, distancia, longitud.

Me quedo mirando el video con total admiración.

—La fibrosis quística no me robará más. De ahora en adelante, yo soy la ladrona.

Juro que escucho un grito en algún lugar en la distancia, estando de acuerdo con ella. Ella se detiene, mirando directamente a la cámara. Mirándome directamente a mí. Me quedo allí, aturdido, saltando cuando hay tres fuertes golpes en mi puerta.

Abro la puerta y ahí está ella. Viva.

Stella.

Sostiene el taco de billar, la punta de él tocando mi pecho, sus cejas llenas en desafío.

—Dos Metros de distancia. ¿De acuerdo?

Exhalando, sacudo la cabeza, su discurso del video ya me hace querer cerrar el espacio entre nosotros y besarla.

—Eso va a ser difícil para mí, no voy a mentir.

Ella me mira, con la mirada atenta.

—Solo dime, Will. ¿Estás dentro?

Ni siquiera dudo.

—Estoy dentro.

—Entonces te veo en el atrio. Nueve en punto.

Y con eso, ella baja el taco de billar, dando la vuelta y caminando de regreso a su habitación. La observo irse, sintiendo que la excitación supera la duda que se sienta pesadamente en la boca del estómago.

Me río mientras ella sostiene el taco de billar en señal de victoria como al final de *The Breakfast Club*, sonriéndome de nuevo antes de entrar a la habitación 302.

Respiro hondo, asintiendo.

La fibrosis quística ya no me robará más.





CAPÍTULO XVII

Stella

—¿Por qué no empaqué nada bonito? —Lloro a Poe, que está apoyado en la puerta ayudándome. Saco el pijama y los pantalones deportivos y las holgadas camisetas de mis cajones mientras busco desesperadamente algo para ponerme esta noche.

El resopla.

—Correcto. ¿Porque usualmente empacas para un romance caliente en el hospital?

Saco un bóxer sedoso y diminuto, mirándolos. *No podría ¿o si?* Quiero decir, es este o un par de holgados pantalones de franela que recibí de Abby.

—Tengo buenas piernas, ¿verdad?

—¡Ni siquiera lo pienses, ho! —dice, mirándome antes de que los dos nos echemos a reír.

Pienso en mis amigas en su última noche en Cabo, y por primera vez desde que llegué aquí, no desearía estar allí. Ojalá estuvieran aquí, ayudándome a prepararme. En todo caso, me alegro de no estar a kilómetros de distancia en este momento.

Miro el reloj de mi mesita de noche. Cinco en punto. Tengo cuatro horas para resolver algo...



Cruzo las puertas del atrio y noto un jarrón lleno de rosas blancas. Agarro una, doblando el tallo hasta que encaja, y la coloco detrás de mi oreja. Mirando mi reflejo en el vidrio de la puerta, sonrío, nerviosamente, dándome una rápida ojeada. Mi cabello está suelto, el frente atado hacia atrás con la cinta de las flores emergentes de Will, y estoy usando el bóxer de seda y una camiseta sin mangas, a pesar de la risa de Poe.

Me veo muy bien considerando que lo junté del peor guardarropa en la historia.

Es bueno saber que Will definitivamente me quiere por mí. Quiero decir, él casi me ha visto exclusivamente en pijamas o en una bata de hospital, por lo que claramente no está en esto por mi buen aspecto y el impecable guardarropa de la colección del Hospital Otoño 2018.

Me pongo los guantes azules de látex en las manos y vuelvo a comprobar que el Cal Stat todavía cuelga de la correa de mi oxígeno portátil.

Sentada en un banco, miro por una puerta lateral que conduce a la sala de juegos de los niños, una oleada de nostalgia me golpea. Solía colarme aquí para jugar con los que no tienen FQ cuando crecía. Bueno, y Poe. El atrio no ha cambiado mucho a lo largo de los años. Los mismos árboles altos, las mismas flores de colores brillantes, el mismo tanque de peces tropicales junto a las puertas, donde Poe y yo tuvimos problemas con Barb por arrojar migas de donas a los peces.

Es posible que el atrio no haya cambiado mucho desde que vengo al hospital Saint Grace, pero seguro que yo sí. He tenido tantas primeras veces en este hospital, es difícil contarlas todas.

Mi primera cirugía. Mi primer mejor amigo. Mi primera malteada de chocolate con leche.

Y ahora, mi primera cita *real*.

Oigo que la puerta se abre lentamente y miro por la esquina para ver a Will.

—Por aquí —le susurro, levantándome para ofrecerle el taco de billar.

Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro, y toma el otro extremo del taco de billar en su mano enguantada, una botella de Cal Stat de tamaño viajero en su bolsillo delantero.

—Wow —dice, sus ojos se calientan cuando me mira, haciendo que mi corazón haga saltos en mi pecho. Lleva una franela azul a cuadros que abraza su delgado cuerpo, haciendo que sus ojos se vean de un tono aún más brillante de azul. Su cabello está más limpio. Peinado, pero manteniendo ese desorden que es increíblemente atractivo.

—Esa es una rosa hermosa —dice, pero sus ojos todavía están en mis piernas expuestas, en mi camiseta sedosa de tirantes.

Me sonrojo, señalando la rosa escondida detrás de mi oreja.

—Oh, ¿esta rosa? ¿Esta? ¿Aquí arriba?

Aleja los ojos y me lanza una mirada que ningún otro chico me había dado antes.

—Esa es —dice, asintiendo.

Tiro del taco de billar y caminamos por el atrio hacia el vestíbulo principal. Mira hacia un lado, notando el jarrón lleno de rosas blancas en la mesa, sus ojos se arrugan mientras sonrío.

—¿Estás robando rosas, Stella? ¿Primero medio metro y ahora esto?

Me río, levantando la mano para tocar la rosa escondida detrás de mi oreja.

—Me atrapaste. La robé.

Él tira del otro extremo del taco de billar, sacudiendo la cabeza.

—No, le diste un mejor hogar.





CAPÍTULO XVIII

Will

No puedo apartar mis ojos de ella.

La cinta roja en su cabello. La rosa escondida detrás de su oreja. La forma en que sigue mirándome.

No siento que nada de esto sea real. Nunca antes me había sentido así con nadie, principalmente porque todas mis relaciones antes estaban centradas en vivir rápido y morir joven y siempre irme a un nuevo hospital. No me quedé en ningún lugar ni con nadie lo suficiente como para enamorarme de nadie.

No es que lo hubiera hecho, dada la oportunidad. Ninguna de ellas era Stella.

Nos detenemos frente a un gran tanque de peces tropicales, y todo lo que hay en mí para apartar la mirada de ella es el pez de colores brillantes detrás del cristal. Mis ojos siguen a un pez anaranjado y blanco nadando alrededor del coral en el fondo del tanque.

—Cuando era muy pequeña, solía mirar fijamente a estos peces, preguntándome qué se sentiría poder aguantar la respiración el tiempo suficiente para nadar como ellos —dice ella, siguiendo mi mirada.

Eso me sorprende. Sabía que había estado viniendo a Saint Grace por un tiempo, pero no sabía que había estado aquí cuando era pequeña.

—¿Qué tan pequeña?

Observa mientras el pez nada hacia arriba antes de sumergirse de nuevo en el fondo.

—La Dra. Hamid, Barb y Julie me han cuidado desde que tenía seis años.

Seis. Guau. Ni siquiera puedo imaginar estar en un lugar tanto tiempo.

Caminamos por las puertas hacia el vestíbulo principal, la gran escalera se avecina

frente a nosotros. Ella me devuelve la mirada, tirando del taco de billar y asintiendo con la cabeza.

—Vamos a usar las escaleras.

¿Las escaleras? La miro como si estuviera realmente loca. Mis pulmones se queman con solo pensarlo cuando recuerdo mi agotamiento de mis viajes al techo. No es exactamente *sexy*. Si ella quiere que esta cita dure más de una hora, no hay manera de que estemos a punto de subir esas escaleras.

Su cara se rompe en una sonrisa.

—Estoy bromeando.

Deambulamos por el hospital casi vacío, las horas se desdibujaban mientras caminamos, hablando de nuestra familia y nuestros amigos y todo lo demás, el taco de billar se mueve de un lado a otro entre nosotros. Nos dirigimos hacia el puente abierto entre los Edificios 1 y 2 y caminamos lentamente, estirando nuestros cuellos para mirar a través del techo de cristal al tormentoso cielo gris nocturno, la nieve cayendo constantemente sobre el techo del puente y alrededor de nosotros.

—¿Qué hay de tu papá? —pregunta finalmente, y me encojo de hombros.

—Cortó y corrió cuando era pequeño. Tener un niño enfermo no estaba en sus planes.

Ella mira mi rostro, tratando de ver mi reacción a esas palabras.

»Sucedió hace tanto tiempo, a veces se siente como si solo estuviera contando la historia de otra persona. La vida de otra persona que he memorizado.

No tienes tiempo para mí, no tengo tiempo para ti. Simple como eso.

Ella sigue adelante cuando ve que quiero decir lo que estoy diciendo.

—¿Y tu madre?

Intento mantener la puerta abierta para ella, lo que aparentemente es *muy* difícil de hacer cuando tienes un taco de billar y necesitas estar a dos metros de distancia en todo momento, pero soy un caballero, maldita sea.

Suspiro, dándole la breve respuesta genérica.

—Hermosa. Inteligente. Motivada. Y se centró en mí y solo en mí.

Me lanza una mirada que dice que esto no lo va a cortar.

—Después de que él se fue, fue como si ella hubiese decidido cuidarme por los dos. A veces siento que no me ve. No me conoce. Ella solo ve la FQ. O ahora la B. cepacia.

—¿Has hablado con ella al respecto? —pregunta.

Sacudo la cabeza, alejando el tema.

—Ella no se queda allí lo suficiente como para escuchar. Siempre está ordenando algo,

luego sale por la puerta. Pero dentro de dos días, cuando tenga dieciocho años, tomaré las decisiones.

Ella se detiene en seco y estoy retrocediendo mientras mi extremo del taco de billar es sacudido en mi dirección.

—Para. ¿Tu cumpleaños es en dos días?

Le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa.

—¡Sí! Afortunados dieciocho.

—¡Will! —dice, pisando fuerte, molesta—. ¡No tengo un regalo para ti!

¿Puede ser más linda?

Toco su pierna con el taco de billar, pero por una vez no estoy bromeando. Hay algo que realmente quiero.

—¿Qué tal una promesa, entonces? ¿Quedarte hasta el siguiente?

Luce sorprendida, y luego asiente.

—Lo prometo.

Me lleva al gimnasio, y las luces activadas por el movimiento se encienden cuando tira del otro extremo del taco de billar más allá del equipo de ejercicio y hacia una puerta en la esquina más alejada que nunca antes me molesté en explorar.

Mirando a ambos lados, abre la tapa de un teclado y pulsa un código.

—Así que prácticamente eres la dueña del lugar, ¿eh? —pregunto mientras la puerta se abre con un clic, una luz verde brilla a través del teclado.

Ella sonrío, mirándome mientras cierra la tapa.

—Una de las ventajas de ser la mascota del profesor.

Me río. Bien jugado.

El calor de la cubierta de la piscina me golpea cuando abrimos la puerta, mi risa hace eco en el espacio abierto. La habitación está oscura, excepto por las luces en la piscina, brillando cuando el agua ondula a su alrededor. Nos quitamos los zapatos y nos sentamos en el borde. El agua está fría al principio a pesar del calor de la habitación, pero se calienta lentamente a medida que movemos los pies de un lado a otro.

Un cómodo silencio se cierne sobre nosotros, y la miro, a la distancia de un taco de billar.

—Entonces, ¿qué crees que sucede cuando morimos?

Sacude la cabeza, sonriendo.

—Esa no es una conversación muy *sexy* para una primera cita.

Me río, encogiéndome de hombros.

—Vamos, Stella. Somos terminales. Tienes que haberlo pensado.

—Bueno, está en mi lista de tareas pendientes.

Por supuesto que lo está.

Ella mira el agua, moviendo los pies en círculos.

—Hay una teoría que me gusta que dice que, para entender la muerte, tenemos que ver el nacimiento.

Agita la cinta en su cabello mientras habla.

—Entonces, mientras estamos en el útero, estamos viviendo *esa* existencia, ¿verdad? No tenemos idea de que nuestra *próxima* existencia está a solo unos centímetros de distancia. —Se encoge de hombros y me mira—

Tal vez la muerte es lo mismo. Tal vez sea solo la próxima vida. A unos centímetros de distancia.

La próxima vida a solo unos centímetros de distancia. Frunzo el ceño y lo pienso.

—Entonces, si el comienzo es la muerte y la muerte también es el final, entonces ¿cuál es el verdadero comienzo?

Levanta sus gruesas cejas hacia mí, no se divierte con mi enigma.

—Está bien entonces, Dr. Seuss. ¿Por qué no me dices lo que piensas?

Me encojo de hombros y me recuesto.

—Es el gran sueño, nena. Tranquilo. Resplandeciente. Dicho y hecho.

Ella sacude su cabeza.

—De ninguna manera. No hay forma de que Abby simplemente «resplandezca». Me reuso a creerlo.

Me quedo en silencio, observándola, deseando hacer la pregunta candente que he mantenido desde que descubrí que Abby murió.

—¿Qué le pasó? —pregunto—. ¿A Abby?

Sus piernas dejan de dar vueltas en la piscina, el agua sigue girando alrededor de sus pantorrillas, pero me dice.

—Estaba haciendo clavatismo en un acantilado en Arizona y aterrizó mal cuando golpeó el agua. Se rompió el cuello y se ahogó. Dijeron que no sintió ningún dolor. —Se encuentra con mi mirada, con expresión preocupada—. ¿Cómo podrían saberlo, Will? ¿Cómo podrían saber si sintió dolor? Ella siempre estuvo ahí para mí cuando tenía dolor, y no estuve allí para hacer lo mismo.

Sacudo la cabeza. Tengo que luchar contra todos mis instintos, que me dicen que extienda la mano y tome la suya. No sé qué decir. Simplemente no hay manera de saber.

Ella mira al agua, con los ojos vidriosos, su mente muy lejos, en la cima de un acantilado en Arizona.

—Se suponía que debía estar allí. Pero me enfermé, como siempre lo hago. —Exhala lentamente, con esfuerzo, sus ojos sin parpadear, enfocados en un punto en el fondo de la piscina—. Lo sigo imaginando, una y otra vez, deseando saber lo que ella sentía o pensaba. Porque no puedo saberlo, nunca deja de morir por mí. Lo veo una y otra y otra vez.

Sacudo la cabeza, golpeando su pierna con el taco de billar. Ella parpadea, mirándome, sus ojos se aclaran.

—Stella, si hubieras estado allí, todavía no lo sabrías.

—Pero ella murió sola, Will —dice, que es algo que no puedo negar.

—Pero todos morimos solos, ¿no? Las personas que amamos no pueden ir con nosotros. —Pienso en Hope y Jason. Luego en mi mamá. Me pregunto si ella estará más dolida si me pierde o si pierde la enfermedad.

Stella arremolina sus piernas en el agua.

—¿Crees que el ahogamiento duele? ¿Da miedo?

Me encojo de hombros.

—Así es como nos vamos a ir, ¿no? Nos ahogamos. Solo que sin agua. Nuestros propios fluidos harán el trabajo sucio. —La veo temblar por el rabillo del ojo y la miro—. ¿Pensé que no tenías miedo de morir?

Suspira ruidosamente, mirándome exasperada.

—No tengo miedo de estar muerta. Pero la parte real de morir. Ya sabes, ¿el cómo se siente? —Cuando me quedo callado, sigue hablando—. ¿No le tienes miedo a nada de eso?

Trago mi instinto habitual de ser sarcástico. Quiero ser real con ella.

—Pienso en ese último aliento. Chupando aire. Tirando y tirando y no consiguiendo nada. Pienso en los músculos de mi pecho desgarrados y ardiendo, absolutamente inútiles. Sin aire. Sin nada. Solo negro. —Miro el agua, ondeando alrededor de mis pies, la imagen detallada en mi cabeza es familiar y se hunde en la boca de mi estómago. Me estremezco, encogiéndome de hombros y sonriéndole—. Pero, hey. Eso es solo los lunes. De lo contrario, no pienso en eso.

Ella se acerca, y sé que quiere tomar mi mano. Lo sé porque también quiero tomar la suya. Mi corazón se acelera un instante, y la veo congelarse a mitad de camino, acurrucando los dedos en la palma de su mano y bajándola.

Sus ojos se encuentran con los míos, y están llenos de comprensión. Ella conoce ese miedo. Pero luego me da esta pequeña sonrisa y me doy cuenta de que estamos aquí a

pesar de todo eso.

Por ella.

Lucho por respirar profundamente, observando el brillo de la piscina mientras juega contra su clavícula, su cuello y sus hombros.

—Dios, eres hermosa. Y valiente —le digo—. Es un crimen que no pueda tocarte.

Levanto el taco de billar, deseando más que nada que fuera la punta de mis dedos contra su piel. Suavemente, trazo el extremo del taco por su brazo, sobre el ángulo agudo de su hombro, lentamente llegando a su cuello. Ella se estremece debajo de mi «toque», sus ojos se clavan en los míos, un rojo tenue floreciendo en sus mejillas cuando el taco de billar sube.

—Tu cabello —le digo, tocando donde cae sobre sus hombros—. Tu cuello —le digo, la luz de la piscina ilumina su piel—. Tus labios —digo, sintiendo el peligroso tirón de la gravedad entre nosotros, desafiándome a besarla.

Ella mira hacia otro lado, repentinamente tímida.

—Mentí, el día que nos conocimos. No he tenido relaciones sexuales. —Toma una respiración fuerte, tocándose el costado mientras habla—. No quiero que nadie me vea. Las cicatrices. El tubo. No hay nada *sexy* en...

—Todo acerca de ti es *sexy* —le digo, interrumpiéndola. Ella me mira y quiero que lo vea en mi cara. Quiero decir, *mírala*—. Eres perfecta.

La observo mientras empuja el taco de billar, de pie, temblando. Alcanza su camiseta de seda, sus ojos fijos en los míos mientras se la quita lentamente para revelar un sujetador de encaje negro. Deja caer la camiseta sin mangas en la cubierta de la piscina, mi mandíbula va con ella.

Luego desliza sus pantalones cortos, saliendo con cuidado de ellos y enderezándose. Invitándome a mirar.

Me ha robado el aire. Trato de asimilar todo lo que puedo, avanzando con avidez hacia arriba y abajo por su cuerpo, mirando sus piernas, su pecho y sus caderas. La luz baila contra las cicatrices de batalla levantadas en su pecho y estómago.

—Dios mío. —Me las arreglo para dejar salir. Nunca pensé que podría estar celoso de un taco de billar, pero quiero sentir su piel contra la mía.

Ella me sonrío tímidamente antes de deslizarse en la piscina, sumergiéndose completamente bajo el agua. Me mira fijamente, su largo cabello se extiende alrededor de ella como si fuera una sirena. Aprieto mi agarre en el taco de billar cuando ella sale jadeando por aire.

Se ríe.

—¿Qué fue eso? ¿Cinco segundos? ¿Diez?

Cierro mi boca, aclarando mi garganta. Podría haber sido un año para lo que sé.

—No estaba contando. Estaba mirando fijamente.

—Bueno, te mostré el mío —dice, desafiándome.

Y siempre me atrevo.

Me levanto, desabotonando mi camisa. Ahora ella es la que me está mirando. Y no dice nada, pero sus labios se separan, no frunce el ceño, no se compadece.

Camino hacia los escalones de la piscina, me deslizo fuera de los pantalones y me quedo allí un momento, solo con mis bóxer, el agua y Stella llamándome. Lentamente, entro a la piscina, nuestros ojos se fijan en el otro mientras luchamos por respirar.

Por una vez, no tiene nada que ver con nuestra FQ.

Me hundo bajo el agua y ella me sigue, pequeñas burbujas flotando hacia la superficie cuando nos miramos a través del mundo lavado debajo del agua, nuestro cabello flotando alrededor de nosotros, tirando hacia la superficie, las luces proyectando sombras. Nuestros cuerpos delgados.

Nos sonreímos, y aunque hay un millón de razones por las que no debería mirarla ahora, no puedo evitar sentir que me estoy enamorando de ella.





CAPÍTULO XIX

Stella

Salimos de la piscina, nuestro cabello se seca lentamente a medida que la noche se convierte en temprano en la mañana. Pasamos por cosas que he visto un millón de veces en mis años en Saint Grace. Los guardias de seguridad dormidos y los cirujanos agitando airadamente la máquina expendedora rota en el vestíbulo, los mismos pisos de baldosas blancas y los mismos pasillos con poca luz, pero todo parece diferente con Will a mi lado. Es como ver todo por primera vez. No sabía que una persona pudiera hacer que las cosas viejas se volvieran nuevas de nuevo.

Caminamos lentamente a través de la cafetería y nos paramos frente a una enorme ventana de vidrio a un lado, lejos de cualquier transeúnte, mirando el cielo iluminarse lentamente. Todo está en silencio al otro lado del cristal. Mis ojos aterrizan en las luces del parque en la distancia.

Respiro hondo y los señalo.

—¿Ves esas luces?

Will asiente, mirándome, su cabello goteando del agua de la piscina.

—Sí. Siempre los miro cuando me siento en el techo.

Me mira mientras miro hacia atrás a las luces.

—Cada año Abby y yo íbamos allí. Ella solía llamarlas estrellas porque hay muchas. —Sonrío, riendo—. Mi familia solía llamarme Estrellita.

Escucho la voz de Abby en mi oído, diciendo mi apodo. Duele, pero el dolor no es tan agudo.

—Ella pedía un deseo y nunca, nunca, nunca me diría qué era. Solía bromear con que, si lo decía en voz alta, nunca se haría realidad. —Los diminutos puntos de luz brillan en la

distancia, llamándome, como si Abby estuviera ahí afuera ahora—. Pero yo sabía. Ella deseaba nuevos pulmones para mí.

Aspiro y exhalo, sintiendo la lucha siempre presente de mis pulmones para subir y bajar, y me pregunto cómo sería con nuevos pulmones. Pulmones que, por un corto tiempo, cambiarían completamente la vida como la conozco. Pulmones que realmente funcionarían. Pulmones que me dejaran respirar, me dejarían correr y me darían más tiempo para vivir realmente.

—Espero que su deseo se haga realidad —dice Will, y apoyo la cabeza en el frío cristal, mirándolo.

—Espero que mi vida no haya sido en vano —le digo, mi propio deseo en esas luces parpadeantes.

Él me da una larga mirada.

—Tu vida lo es todo, Stella. Afectas a las personas más de lo que sabes. —Toca su pecho, poniendo su mano sobre su corazón—. Hablo por experiencia.

Mi aliento empaña el vidrio de la ventana, y me estiro, dibujando un gran corazón. Nos miramos el uno al otro en el reflejo del vidrio, y siento la gravedad de él, tirando de mí a través del espacio abierto. Tira de cada parte de mí, mi pecho y mis brazos y mis dedos. Quiero besarlos más de lo que quiero absolutamente nada.

En cambio, me inclino, besando su reflejo en el cristal.

Se acerca lentamente, tocándose la boca con las yemas de los dedos, como si lo sintiera, y nos giramos para mirarnos cara a cara. Lo miro mientras el sol asciende lentamente por el horizonte, proyectando un cálido brillo en su rostro, sus ojos brillantes y llenos de algo nuevo, pero de alguna manera familiar.

Mi piel comienza a picar.

Da un pequeño paso hacia mí, su mano enguantada se desliza lentamente a lo largo del taco de billar, sus ojos cautelosos cuando mi corazón comienza a acelerarse. Me muevo para acercarme, para robarme unos centímetros más, para estar solo más cerca de él.

Pero mi teléfono suena, sonando una y otra vez, y la magia del momento flota como un globo. Saco mi teléfono de mi bolsillo trasero y veo un mensaje de Poe, sintiendo una mezcla de tristeza y alivio cuando Will y yo nos separamos el uno del otro.

SOS.

Barb los está buscando a ustedes dos!!!

¿DÓNDE ESTÁN CHICOS?

Oh Dios mío. El pánico llena cada parte de mí, y miro a Will con los ojos muy abiertos. Si nos encuentra juntos, nunca tendremos una segunda cita.

—Oh no. Will. ¡Barb nos está buscando!

¿Qué vamos a hacer? No podríamos estar más lejos de nuestra ala.

También se ve presa del pánico por una fracción de segundo, y luego se recupera, sus cejas se fruncen cuando entra en el modo de control de daños.

—Stella, ¿dónde te buscará primero?

Mi mente se acelera.

—¡La UCIN!

La entrada oeste. Barb vendrá por el otro lado. Si lo reservo, tal vez pueda llegar allí a tiempo.

Mi cabeza se acerca a los ascensores y veo que las puertas se cierran lentamente. Haciendo una mueca, inclino el taco de billar contra la pared, y salgo corriendo hacia la escalera cuando Will revisa en la dirección opuesta, de vuelta a nuestro piso.

Poniendo un pie detrás del otro, subo las escaleras, mis brazos y piernas empiezan a arder mientras arrastro mi cuerpo hasta el quinto piso. Halando de mi oxígeno portátil más arriba en mi hombro, me dirijo por el pasillo vacío. Mis pies golpean contra el suelo ruidosamente, mi respiración se vuelve frenéticamente jadeante.

Esto es tan malo. Barb me matará. Bueno, primero a Will, luego definitivamente a mí.

Mis pulmones se sienten como si estuvieran en llamas cuando golpeo mi cuerpo contra la puerta con un gran cinco rojo impreso en él, la entrada oeste a la UCIN nadando a la vista. Intento aspirar todo el aire que pueda, tosiendo desesperadamente mientras abro un teclado, mis manos tiemblan demasiado para escribir los números.

Me van a atrapar. Llego muy tarde.

Agarro mi mano derecha con la izquierda, estabilizándola lo suficiente como para escribir 6428. UCIN. La puerta se abre con un clic, y me lanzo sobre un sofá vacío, mi cabeza se inclina mientras cierro los ojos de golpe, pretendiendo dormir.

Ni siquiera un segundo después, la puerta de la entrada este se abre de golpe, escucho pasos y luego huelo el perfume de Barb cuando se detiene junto a mí. Mi pecho quema cuando trato de controlar mi respiración, tratando desesperadamente de parecer tranquila mientras mi cuerpo anhela el aire.

Siento una manta abanicada sobre mí, y luego oigo sus pasos que se van lentamente, la puerta de la entrada este se abre y se cierra detrás de ella.

Me siento muy erguida, tosiendo, mis ojos llenos de lágrimas cuando un dolor cegador se dispara a través de mi pecho y por todo mi cuerpo. El dolor se desvanece gradualmente, mi visión se aclara cuando mi cuerpo recibe el aire que necesita. La cantidad de alivio que siento en este momento solo se compara con la cantidad de adrenalina que recorre todo mi cuerpo.

Saco mi teléfono y le envío un emoji con el pulgar hacia arriba a Will. Él responde

medio segundo más tarde con: *NO PUEDO CREER QUE NO NOS ATRAPARON.*

Me río, hundiéndome en el cálido sofá, el torbellino de la noche anterior todavía hace que mi corazón flote a kilómetros por encima del hospital.



Llaman a mi puerta y me despiertan sacudiéndome de mi incómoda siesta tendida en el horrible sillón verde junto a la ventana. Me froto los ojos con sueño mientras reviso mi teléfono, entrecerrando los ojos en la pantalla.

Ya es la una. Lo que explicaría los tres millones de mensajes de texto de Camila y Mya y Poe preguntando cómo fue la noche anterior.

Anoche.

Sonrío de solo pensarlo, sintiendo que una ola de felicidad me alcanza. De pie, me acerco a la puerta y la abro, confundida cuando no hay nadie al otro lado. Eso es extraño. Luego miro hacia abajo, notando un batido de leche de la cafetería sentado en el suelo, una nota que descansa debajo de ella.

Agachándome, lo levanto, sonriendo mientras leo: «Poe dijo que te gusta el chocolate. Vainilla es obviamente el mejor sabor, pero lo dejaré pasar porque me gustas».

Incluso se tomó el tiempo para dibujar un podio de dibujos animados, con un helado de vainilla batiendo a chocolate y fresa por la medalla de primer lugar.

Me río, mirando hacia el pasillo para ver a Will afuera de su puerta, con una mascarilla y guantes. Él tira de la mascarilla hacia abajo y hace una mueca mientras Barb rodea la esquina. Me guiña un ojo y abre la puerta de su habitación, desapareciendo rápidamente antes de que ella lo vea.

Escondo la malteada y noto detrás de mi espalda, dando una palmada en una gran sonrisa.

—¡Buenos días, Barb!

Ella levanta la vista de una tabla de pacientes, mirándome con suspicacia.

—Es tarde.

Asiento, retrocediendo lentamente hacia adentro.

—Claro, cierto. Buenas tardes. —Hago un gesto con mi mano libre—. Toda esta nieve, ya sabes, hace que sea difícil saber... qué hora del día es.

Ruedo mis ojos, cerrando la puerta antes de que pueda decir algo más ridículo.

Nos mantenemos en silencio durante el resto del día, por lo que no hacemos que Barb desconfíe de nosotros. Ni siquiera nos arriesgamos a hablar por Skype o mandarnos mensajes de texto. Hago un gran *show* de reorganizar mi carrito médico, deslizando secretamente notas debajo de la puerta de Will cada vez que estoy en el pasillo para

obtener más suministros.

Will se dirige a la máquina expendedora aproximadamente una docena de veces, y sus respuestas vienen con cada nueva bolsa de papas fritas o barra de chocolate.

—¿Cuándo es la cita número dos? —Escribe, y yo sonrío, mirando a mi cuaderno en lo que realmente me he pasado el día trabajando.

Mi plan para su cumpleaños mañana.





CAPÍTULO XX

Will

Observo a mi madre adormecida desde el borde de mi cama mientras discuto con la Dra. Hamid. Como si gritar al respecto, de alguna manera ayudaría a cambiar los resultados de mis estadísticas. No ha habido ningún cambio con la Cevaflomalina.

No es exactamente el mejor regalo de cumpleaños.

—Tal vez hay una interacción de drogas adversa. ¿Algo que impida que la nueva droga funcione como debería? —responde ella, sus ojos prácticamente frenéticos.

La Dra. Hamid respira hondo, sacudiendo la cabeza.

—Las bacterias en los pulmones de Will están profundamente colonizadas. La penetración de antibióticos en el tejido pulmonar requiere tiempo para cualquier medicamento. —Señala mi IV diaria de Cevaflomalina—. Esta droga no es diferente.

Mi madre respira hondo, agarrando el borde de mi cama.

—Pero si no es efectivo...

No otra vez. No me voy a ir de nuevo. Me pongo de pie, cortándola.

—¡Suficiente! Se acabó, mamá. Tengo dieciocho años, ¿recuerdas? No voy a ir a más hospitales.

Se gira para mirarme, y puedo decir que está lista para este momento, con los ojos llenos de ira.

—¡Lamento estar arruinando tu diversión al tratar de mantenerte vivo, Will! La peor madre del año, ¿verdad?

La Dra. Hamid retrocede lentamente hacia la puerta, sabiendo que esta es la razón para irse. Mis ojos vuelven a mi madre y la miro.

—Sabes que soy una causa perdida, ¿verdad? Solo lo estás empeorando. Ningún tratamiento me va a salvar.

—¡Bien! —responde—. Detengamos los tratamientos. Dejemos de gastar dinero. Dejemos de *intentar*. ¿Entonces qué, Will? —Me mira, exasperada—. ¿Te tumbas en una playa tropical y dejas que la marea te lleve? ¿Algo estúpido y poético?

Pone sus manos en sus caderas, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, pero no vivo en un cuento de hadas. Vivo en el mundo real, donde la gente resuelve sus...

Su voz se desvanece, y doy un paso adelante, levantando mis cejas, desafiándola a que lo diga.

—Problemas. Adelante, mamá. Dilo.

Es la palabra que resume lo que siempre he sido para ella.

Ella exhala lentamente, sus ojos se ablandan por primera vez en mucho tiempo.

—No eres un problema, Will. Eres mi Hijo.

—Entonces, ¡se mi mamá! —grito, mi visión se está volviendo roja—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste eso, ah?

—Will —dice, dando un paso más cerca de mí—. Estoy tratando de ayudarte. Estoy tratando de...

—¿Me conoces en absoluto? ¿Has mirado alguno de mis dibujos? ¿Sabías que hay una chica que me gusta? Apuesto a que no. —Sacudo la cabeza, la rabia brotando de mí—. ¿Cómo podrías? ¡Lo único que ves de mí es mi maldita enfermedad!

Señalo todos los libros de arte y revistas apilados en mi escritorio.

—¿Quién es mi artista favorito, mamá? No tienes idea, ¿verdad? ¿Quieres un problema que solucionar? Arregla cómo me miras.

Nos miramos el uno al otro. Ella traga, recogién dose y estirándose para tomar su bolso de la cama, su voz suave y firme.

—Te veo bien, Will.

Se va, cerrando la puerta silenciosamente detrás de ella. Por supuesto que se fue. Me siento en mi cama, frustrado, y miro para ver un regalo elaborado, una gran cinta roja atada cuidadosamente alrededor de ella. Casi lo tiro, pero en lugar de eso lo agarro, listo para ver lo que ella podría pensar que querría. Rompo la cinta y el papel de regalo para revelar un marco.

No puedo entender lo que estoy viendo. No porque no lo reconozca. Porque lo hago.

Es una tira de caricatura política de los años cuarenta. Un original de la fotocopia que he colgado en mi habitación.

Firmado y fechado y todo. Tan raro, ni siquiera creía que todavía existiera alguno.

Mierda.

Me acuesto en mi cama, agarrando mi almohada y poniéndola sobre mi cara, la frustración que sentía por ella se transfiere a mí mismo.

Me molestaba tanto la forma en que ella siempre me miraba que no me di cuenta de que estaba haciendo exactamente lo mismo.

¿Sé a dónde va ahora? ¿Sé lo que le gusta hacer? He estado tan concentrado en cómo quiero vivir mi propia vida, que he olvidado por completo que ella tiene una.

Soy yo.

Sin mí, mi mamá está sola. Todo este tiempo pensé que ella solo veía mi enfermedad. Un problema que solucionar. Pero, en cambio, estaba mirándome directamente, intentando que luchara junto a ella, cuando todo lo que hice fue luchar contra *ella* con uñas y dientes. Todo lo que quería era que me quedara y luchara, cuando todo lo que hacía era prepararme para irme.

Me siento, sacando la fotocopia y reemplazándola con el original enmarcado, único en su clase.

Ella quiere lo mismo que Stella. Más tiempo.

Quiere más tiempo conmigo.



Me empujo de mi escritorio, arrancándome los auriculares mientras voy. He pasado las últimas dos horas dibujando, tratando de librarme de mi confrontación con mi madre.

Sé que debería decir algo. Ponerme en contacto, con una llamada o un mensaje de texto, pero no puedo evitar sentirme un poco enojado. Quiero decir, esta es una calle de doble sentido, y definitivamente ella tampoco ha estado haciendo un trabajo perfecto. Si me hubiera mostrado que estaba escuchando, aunque fuera un poco...

Suspiro, agarrando una taza de pudín de chocolate y mis píldoras de la tarde de mi carrito médico y tomándolas obedientemente. Sacando mi teléfono, me siento en el borde de mi cama y me desplazo sin rumbo a través de mis mensajes en Instagram para ver un montón de deseos de cumpleaños de mis antiguos compañeros de clase.

Nada de Stella, todavía. No me ha enviado nada desde la noche anterior, cuando pregunté por una segunda cita.

Le hago una llamada en FaceTime, sonriendo cuando ella contesta.

—¡Soy libre!

—¿Qué...? —Comienza, con los ojos muy abiertos—. Oh cierto, ¡feliz cumpleaños! No puedo creer que no...

Agito mi mano, cortándola. Nada grande.

—¿Estas ocupada? ¿Quieres dar un paseo? Barb no está cerca.

Coloca el teléfono sobre un montón de libros de texto frente a ella.

—No puedo en este momento. Estoy estudiando.

Mi corazón se hunde. ¿De verdad?

—Sí, vale. Solo pensé que tal vez...

—¿Qué te parece más tarde? —pregunta, la vista se acerca a ella.

—Mis amigos vendrán de visita más tarde —le digo, encogiéndome de hombros con tristeza—. No te preocupes. Algo resolveremos. —La miro tímidamente—. Solo estaba, ya sabes, extrañándote.

Ella me sonríe, sus ojos cálidos, su cara feliz.

—¡Eso es todo lo que quería ver! Esa sonrisa. —Me paso los dedos por el cabello—. Todo bien. Te dejaré volver a tus libros.

Cuelgo, recostándome en mi cama y colocando mi teléfono en la almohada.

Apenas un segundo después empieza a sonar. Lo tomo, respondiéndolo sin siquiera mirar la pantalla para ver quién llama.

—Sabía que cambiarías de...

—¡Hey, Will! —dice una voz en el otro extremo. Es Jason.

—¡Jason! hola —digo, un poco molesto de que no sea Stella, pero aun así, me alegra saber de él. Esto con Stella ha estado sucediendo tan rápido, que realmente no he tenido la oportunidad de ponerlo al día.

—Surgió algo —dice, pero suena raro—. Lo siento, hombre. No podemos llegar allí hoy.

¿En serio? ¿Primero Stella y ahora Jason y Hope? Los cumpleaños son un poco escasos para mí. Pero me lo sacudo.

—Oh, sí, está bien. Lo entiendo totalmente. —Empieza a disculparse, pero lo interrumpo—. En serio, amigo, ¡está bien! No es gran cosa.

Cuelgo, suspirando en voz alta, y mientras estoy sentado, mi mirada cae sobre mi nebulizador. Agarro el albuterol y sacudo la cabeza, murmurando:

—Feliz cumpleaños para mí.



Me despierto de una siesta por la noche cuando mi teléfono emite un chirrido, señal de que ha llegado un mensaje. Me incorporo, mis ojos se enfocan en la pantalla y lo deslizo

hacia la derecha para leer un texto de Stella.

AL ESCONDITE. Tú la llevas. XOXO S.

Me levanto de la cama, confundido pero curioso mientras me pongo mis Vans blancos y abro la puerta. Un globo amarillo brillante casi me golpea en la cara, su larga cuerda atada al pomo de la puerta. Entrecierro los ojos, dándome cuenta de que hay algo dentro del globo en la parte inferior.

¿Una nota?

Compruebo que la costa esté despejada antes de pisar el globo para reventarlo. Un niño que regresa a su habitación con una bolsa de papas abierta salta casi un metro por el ruido, sus papas salen volando de la bolsa y se dispersan por el suelo. Agarro rápidamente la nota *Post-it* enrollada, y la despliego para ver un mensaje escrito con la letra de Stella.

Comienza donde nos conocimos.

¡La UCIN! Me escabullo por el pasillo, paso junto al muchacho recogiendo sus papas fritas con resentimiento, y tomo el ascensor hasta el quinto piso. Atravieso el puente hacia el Edificio 2, esquivando a enfermeras, pacientes y médicos, y me dirijo a través de las puertas dobles hacia la entrada este de la UCIN. Mirando a mi alrededor, mi cabeza vuela en todas direcciones, buscando otra... ¡allí! Atada a una cuna vacía detrás del cristal hay otro globo amarillo brillante. Cuidadosamente entro de puntillas, buscando el nudo en la cuerda para desatar el globo.

Jesús, Stella. ¿Es ella una jodida marinera?

Finalmente lo deshago, y me arrastro de vuelta al pasillo, mirando a ambos lados antes de explotarlo.

Desdoble la nota para leer la siguiente pista.

Las rosas son rojas. ¿O son?

Frunzo el ceño, mirando fijamente el mensaje. «¿O son?»... ¡Oh! Me imagino su cara de la otra noche, la rosa blanca metida cuidadosamente detrás de su oreja. El jarrón. Me dirijo directamente hacia el atrio, corriendo por los escalones del vestíbulo principal y hacia la habitación acristalada. Abriendo las puertas, veo el globo amarillo flotando, su cuerda atada al jarrón.

Le hago una seña al guardia de seguridad, que me mira con suspicacia mientras saco el globo del jarrón, luchando por recuperar el aliento, mis pulmones protestan mientras todo esto corre. Le sonrío, haciendo estallar el globo con fuerza, y encogiéndome de hombros tímidamente por la explicación.

—Es mi cumpleaños.

Agarro el mensaje desde el interior, abriéndolo para leer:

Si tan solo pudiera aguantar la respiración durante tanto tiempo...

Apenas termino de leer antes de darme la vuelta hacia el acuario tropical, los naranjas brillantes y amarillos del pez saltando hacia mí mientras mis ojos exploran furiosamente alrededor del tanque en busca de un globo.

¿Me equivoqué?

Pienso de nuevo. La piscina.

Me apresuro a salir de la habitación, dirigiéndome al gimnasio en el Edificio 1, con la última nota en mi mano mientras voy. Abriendo las puertas del gimnasio, paso todos los equipos de ejercicios vacíos y veo que la puerta de la piscina está abierta con una silla. Al entrar, respiro un suspiro de alivio cuando veo el globo amarillo flotando sobre el agua, a unos pocos metros del borde.

Mirando hacia un lado, veo el taco de billar desde el viernes.

Pasando el taco por debajo del globo, agarro la cuerda y saco el globo del agua, notando un tirón en el extremo cuando algo en el fondo de la piscina le hace peso.

Tirando hacia arriba, me río, reconociendo la botella de Cal Stat del video de Stella.

Utilizo el taco de billar para hacer estallar el globo, tamizando a través de los restos muertos para llegar al mensaje en el interior.

A exactamente cuarenta y ocho horas de nuestra primera cita...

Le doy la vuelta a la nota, frunciendo el ceño, pero eso es todo. Miro mi reloj. Ocho cincuenta y nueve. Un minuto más hasta que hayan transcurrido cuarenta y ocho horas de nuestra primera... Mi teléfono suena.

Deslizo para ver una foto de Stella, luciendo linda como el infierno en un gorro de chef y sosteniendo un globo amarillo, con una gran sonrisa en su rostro. El mensaje dice: *¡Nuestra segunda cita comienza!*

Frunzo el ceño ante la foto, acercándome para ver dónde podría estar. Esas puertas de metal están por todas partes en este hospital. ¡Pero espera! Me deslizo hacia el borde derecho de la imagen para ver un rincón de la máquina de batidos en la cafetería. Me dirijo al ascensor, subiéndolo al quinto piso, bajando por el pasillo y cruzando el puente hacia el Edificio 2. Subo a otro ascensor y vuelvo al tercer piso, donde está la cafetería, recuperando el aliento y alisando mi cabello en el reflejo en las paredes de acero inoxidable, con el taco de billar todavía en la mano.

Casualmente me doy vuelta en la esquina para ver a Stella apoyada en la puerta de la cafetería, con una expresión de pura alegría llenando su rostro cuando me ve. Ella está usando maquillaje, su cabello largo retirado de su cara con una diadema.

Ella se ve hermosa.

—Pensé que nunca me encontrarías.

Agarro el taco de billar, y ella toma el otro extremo, abriendo la puerta y llevándome a

través de la oscura cafetería.

—Es tarde, lo sé, pero tuvimos que esperar hasta que la cafetería cerrara.

Frunzo el ceño, mirando alrededor.

—¿Tuvimos?

Me devuelve la mirada mientras se detiene frente a un par de puertas de vidrio esmerilado, su expresión es ilegible cuando introduce un código en el teclado. Con un clic, las puertas se abren y un montón de voces gritan: «¡Sorpresa!».

Mi mandíbula cae. Hope y Jason, pero también las amigas de Stella, Mya y Camila, que acababan de regresar de Cabo, están sentados en una mesa completamente cubierta con una sábana del hospital, con velas blancas en cada extremo emitiendo un cálido resplandor hacia una cesta llena de pan recién hecho. Una ensalada perfectamente picada. Incluso hay tazas de medicina con pastillas Creon rojas y blancas frente a tres asientos en la mesa.

Estoy completamente aturdido.

Miro de la mesa a Stella, sin palabras.

—Feliz cumpleaños, Will —dice, tocando suavemente mi costado con el taco de billar.

—¡Es real! —dice Camila (¿o es Mya?), Y me río mientras Hope se apresura hacia mí, dándome un gran abrazo.

—¡Nos sentimos tan terribles abandonándote! —dice.

Jason también me abraza. Dándome palmaditas en la espalda.

—Pero tu novia de allí nos rastreó a través de tu página de Facebook y nos convenció para sorprenderte.

Mya y Camila chocan los cinco ante su elección de palabras, haciendo que Stella les lance una mirada fulminante antes de mirarme. Compartimos una mirada. *Novia*. Eso suena muy bonito.

—Esto es definitivamente una sorpresa —digo, mirando a todos alrededor, tan lleno de aprecio.

Aparece Poe, que lleva una mascarilla, un gorro quirúrgico y guantes, y mueve un par de pinzas en el aire.

—¡Oye! ¡La comida está casi lista!

Nos sentamos, manteniendo una distancia segura entre todos los que tenemos FQ. Stella en un extremo, yo en el otro y Poe en el medio con Hope y Jason a ambos lados de él. Mya y Camila se sientan en el lado opuesto de la mesa, asegurando la distancia entre Stella y yo. Sonrío, mirando alrededor de la mesa a todos mientras cavamos en la ensalada y el pan. Mi corazón se siente tan lleno, es asqueroso.

Miro a través de la mesa, sonriéndole a Stella y expresando mi agradecimiento. Ella asiente, sonrojándose y mirando hacia abajo.

Novia.



Poe sirve el plato de pasta con langosta más hermoso que he visto, adornado con hojas de albahaca y queso parmesano fresco, e ¡incluso trufas! Todo el mundo lo mira con completo asombro.

—¿De dónde vino todo esto? —pregunto mientras mi estómago gruñe ruidosamente.

—¡De aquí mismo! —dice Poe, gesticulando detrás de él hacia la cocina—. Cada hospital tiene una cocina VIP donde guardan las cosas buenas para las celebridades, los políticos. —Se encoge de hombros—. Ya sabes, la gente importante.

Agarra un vaso de la mesa, levantándolo.

—Esta noche, cumpleaños, es para ti. ¡*Salud!*

Todos levantan su copa.

—¡*Salud!*

Miro por encima de la mesa a Stella, guiñando un ojo.

—Muy mal, soy alérgico a los mariscos, Poe.

Poe se queda como muerto y lentamente me mira. Le doy una sonrisa, sacudiendo mi cabeza.

—¡Es broma, es broma!

—Casi te lanzo una langosta —dice Poe, riendo.

Todos se ríen con nosotros y nos sumergimos en la comida. Es, con mucho, la mejor pasta que he comido, y he estado en Italia.

—¡Poe! —digo, sosteniendo un bocado—. ¡Esto es increíble!

—Vas a ser el mejor chef del mundo algún día —dice Stella de acuerdo, y Poe le da una gran sonrisa, lanzándole un beso.

Muy pronto, todos estamos intercambiando historias. Jason cuenta una historia sobre cómo convencimos a toda nuestra escuela de que solo vistieran ropa interior el día anterior a las vacaciones de verano hace dos años. Lo que fue especialmente impresionante considerando que todos éramos castigados por no tener la corbata derecha.

Esa es la única cosa que no extraño en la escuela. Los uniformes.

Stella comienza a hablar de todas las travesuras en las que ella y Poe solían meterse aquí en el hospital, desde intentar robar la máquina de batidos de la cafetería hasta realizar

carreras de sillas de ruedas en la sala de niños.

Parece que no soy el único que casi mata a Barb de forma regular.

—¡Oh, tengo uno para ustedes! —dice Poe, mirando a Stella—. ¿Halloween ese año?

Ella comienza a reírse ya, sus ojos se calientan mientras sacude la cabeza hacia él.

—Teníamos ¿qué, Stella? ¿Diez?

Stella asiente, tomando la historia.

—Pusimos las sábanas y... —Poe comienza a hacer sonidos fantasmales de *OOOOHHH*, extendiendo sus brazos y flotando alrededor de la habitación—. Nos colamos en la sala psiquiátrica.

Tienes que estar bromeando.

Empiezo a toser porque me estoy riendo tan fuerte. Retiro mi silla de la mesa, agitando mi mano para que continúen mientras recupero el aliento.

—¡No! —dice Jason—. No, no lo hicieron.

—Oh, hombre —dice Poe, secándose una lágrima—. Fue un pandemónium absoluto, pero fue, con mucho, el mejor Halloween de todos los tiempos. Nos metimos en tantos problemas.

—¡Ni siquiera fue nuestra idea! —Stella comienza a decir—. Abby...

Su voz se desvanece, y la veo luchar por hablar mientras aplico un poco de Cal Stat de mi botella viajera. Ella encuentra mi mirada desde el otro lado de la mesa, y veo lo difícil que es para ella.

—La extraño —dice Camila. Mya asiente, con los ojos llorosos.

—Abby era salvaje. Libre —dice Poe, asintiendo—. Siempre decía que viviría abiertamente porque Stella no podía.

—Y lo hizo —dice Stella—. Hasta que eso la mató.

La habitación se queda completamente en silencio. La observo cuando se encuentra con la mirada de Poe, ambas tristes pero sonrientes mientras comparten un momento, recordándola.

Desearía haberla conocido.

—Pero vivió en grande. Mucho más grande que nosotros —dice Poe, sonriendo—. Ella habría amado una fiesta clandestina como esta.

—Sí —dice Stella finalmente—. Realmente lo habría hecho.

Levanto mi vaso.

—Por Abby —le digo.

—¡Por Abby! —Todos los demás intervienen, levantando sus vasos. Stella me mira al

otro lado de la mesa, la mirada en sus ojos color avellana con mucho el mejor regalo de cumpleaños que jamás podría tener.





CAPÍTULO XXI

Stella

Me apoyo en el mostrador, sonriéndole a Poe mientras saca un pastel recién horneado del horno, totalmente en su elemento. Él me mira, con las cejas espesas levantadas.

—Quería ver al maestro trabajando.

Me guiña un ojo, se quita los guantes para el horno y lo observo mientras gira con confianza su cuchillo de chef, cortando hábilmente la tarta en ocho trozos con un toque de elegancia.

Aplaudo mientras él agarra una fresa fresca y entrecierra los ojos. Se inclina sobre ella, corta aquí, corta allí, en absoluta y total concentración. La sostiene en su mano enguantada después de solo unos segundos, con una gran sonrisa en su rostro. La fresa se transforma por completo en una roseta intrincada y hermosa, que pone en el lado de la tarta.

Mi mandíbula cae abierta.

—¡Poe! Eso es increíble.

Se encoge de hombros casualmente.

—He estado practicando para el próximo mes cuando Michael y yo visitemos a mi madre —dice, y me lanza una mirada que claramente me dice que esto no es gran cosa.

Así que, por supuesto, grito de emoción. ¡Finalmente!

—Sí —dice, sonriendo de oreja a oreja—. Tienes razón, Stella. Él me ama. Y estas últimas semanas sin él han sido más difíciles de lo que podía imaginar. Lo amo. —Prácticamente irradia alegría—. Él vendrá a almorzar mañana. Vamos a ir por ello.

Casi lo abordo con un abrazo, pero me detengo antes de que pueda cerrar el espacio entre nosotros y hacerlo. Miro el mostrador, agarro un guante de cocina y me lo pongo

para poder estirarlo y tomar su mano en la mía.

Las lágrimas llenan mis ojos, y sorbo, sacudiendo mi cabeza.

—Poe. Estoy tan...

Arranca el guante de cocina de mi mano, golpeándome sobre mi cabeza mientras las lágrimas llenan sus ojos.

—¡Dios mío! ¡No te pongas toda tonta, Stella! *Sabes* que no puedo dejar llorar a una chica sola.

—Lágrimas felices, Poe —digo mientras los dos nos quedamos allí sollozando—. ¡Estoy tan feliz! —El sonido de la risa viene de la otra habitación, y él se limpia los ojos.

—¡Vamos! ¡Nos estamos perdiendo toda la diversión!

Poe lleva con cuidado su tarta bellamente hecha con un mar de velas encima y todos empezamos a cantar. Miro a Will sonriendo a la luz de las velas, mirando a todos alrededor de la mesa.

—Feliz cumpleaños a ti. Feliz cumpleaños a ti. Feliz cumpleaños, querido Will. ¡Feliz cumpleaños a ti!

Y muchos más. Le modulo las palabras. Nunca han tenido más sentimientos detrás de ellas que ahora.

—Lo siento, es un pie —dice Poe, sonriéndole—. Estoy bien, pero hornear un pastel en una hora definitivamente está fuera de mi alcance.

—Es increíble, Poe. Muchas gracias —dice Will, devolviéndole la sonrisa y mirando las velas con recelo—. Si las soplo, ustedes no podrán comerlo.

Sus ojos se mueven entre Poe y yo, y asentimos solemnemente.

Hope se inclina, soplando las velas. Ella riza el cabello de Will, sonriéndole.

—¡Te pedí un deseo!

Él le devuelve la sonrisa, guiñándole un ojo.

—¡Espero que involucre a Stella saliendo de un pastel de cumpleaños en bikini!

Todos se ríen y Mya saca su teléfono y un palo de selfies, extendiendo su brazo para tomar una foto del grupo. Nos amontonamos, lo mejor que podemos manteniendo una distancia segura entre los FQ. El segundo clic de la cámara: *BOOM*.

La puerta de vidrio esmerilado detrás de nosotros se abre de golpe, todos saltamos en *shock* y giramos para ver... *Barb*. OH-oh. Ella nos mira fijamente y la miramos fijamente en respuesta. Todos demasiado aturdidos para decir algo.

Poe se aclara la garganta.

—Hola, Barb. Pensamos que estabas fuera esta noche. ¿Podemos servirte un plato?

Stella está a punto de comenzar el entretenimiento.

Barb debe estar haciendo doble turno hoy. Estoy segura de que no es un accidente que se haya mantenido tan callada. Ella me conoce. Y sabía que era el cumpleaños de Will. Mierda.

Ella nos mira fijamente, sin palabras, con rabia desbordada por cada rasgo en su rostro. Nos señala a los tres, y mi corazón se vuelve loco.

—Arriba. Ahora.

Nos paramos lentamente, caminando hacia ella. Niega con la cabeza, mirando a nuestro alrededor, las palabras le fallan.

—Sígueme. —Comienza a caminar, girando a través de la puerta y de vuelta a través de la cafetería.

Nos despedimos con pequeños movimientos de la mano en dirección de Hope, Jason, Mya y Camila, antes de seguirla. Esto es malo. He visto a Barb enojada o molesta en muchas ocasiones. Pero no *así*. Este es otro nivel de miedo.

La seguimos por el pasillo. Le lanzo una mirada preocupada a Will, y él modula «Estará bien». Pero su sonrisa no llega a sus ojos.

—Todos están confinados en sus habitaciones mientras hacemos cultivos respiratorios —dice, girándose para enfrentar a Will—. Y tú. Serás trasladado por la mañana.

—¡No! —digo, y sus ojos se giran para encontrarse con los míos—. No, Barb, no fue culpa de Will...

Ella levanta su mano, cortándome.

—Puede que estén dispuestos a jugar con sus vidas, pero yo no.

Hay un silencio atronador, y luego Poe se ríe. Todos lo miramos, y él niega con la cabeza, sin inmutarse. Me mira a los ojos y me da una gran sonrisa.

—Igual que cuando éramos niños...

—¡Ya no eres un niño, Poe! —grita Barb, deteniéndolo en la media frase.

—Tuvimos cuidado, Barb —dice, sacudiendo la cabeza, con voz grave—. Estábamos a salvo. Justo como nos enseñaste. —Él señala la distancia que mantenemos, incluso ahora.

Él tose. Una tos corta y rápida, y luego agrega:

—Lo siento, Barb. Pero fue divertido.

Ella abre la boca para decir algo, y luego la cierra rápidamente, girándose para llevarnos el resto del camino a nuestro piso. Nadie dice una sola palabra durante el resto del viaje. Miro a Will. Quiero acercarme, pero eso es exactamente lo que nos metió en problemas en primer lugar.

Todos nos vamos a nuestras respectivas habitaciones, Poe nos guiña un ojo antes de entrar. Barb me da una última mirada decepcionada antes de que la puerta se cierre.



A medida que el reloj avanza cada vez más cerca de la medianoche, observo a Will, profundamente dormido en el otro lado de la pantalla de mi computadora portátil, su rostro tranquilo y pacífico. Me froto los ojos, adormecida por el largo día de planificar su fiesta y ser atrapados por Barb. No colgamos porque sabemos que pronto estará en aislamiento. No más paseos de medianoche. No más sala de ejercicios. No más notas deslizadas debajo de las puertas. Nada.

Mis párpados se cierran lentamente cuando suena una alarma en el altavoz y me despierta.

—Código Azul. Todo el personal disponible...

Me levanto de un salto y corro hacia la puerta para escuchar las palabras confusas del anuncio. Oh Dios. Un código azul. El corazón de alguien ha dejado de funcionar. Y no hay muchos de nosotros en este piso en este momento.

Cuando abro la puerta, el anuncio se repite de nuevo, más claro ahora que estoy en el pasillo.

—Código Azul. Todo el personal disponible para la habitación 310. Código azul.

Habitación 310.

Poe Por favor, dime que simplemente no se puso el monitor de nuevo.

Me aferró a la pared, la habitación da vueltas cuando un equipo de respuesta rápida empuja un carrito de choque a mi lado. Veo que Julie los sigue a la habitación de Poe, su turno apenas comienza. La voz de Barb grita, en algún lugar en la distancia.

—¡No está respirando! No hay pulso Tenemos que movernos rápido.

Esto no puede estar pasando.

Empiezo a correr, tropezando hacia su habitación. Veo sus piernas en el suelo, sus pies cayendo en dos direcciones diferentes. No, no, no, no.

Barb está cubriendo su cuerpo, empujando aire en sus pulmones con una bolsa con máscara de válvula. Él no está respirando. Poe no está respirando.

—Vamos, bebé, ¡no me hagas esto! —grita mientras otra voz grita—: ¡Coloca las almohadillas del desfibrilador!

Una forma se inclina sobre él, abriendo su camiseta de fútbol de Colombia favorita, que su madre le envió para su cumpleaños, y le da dos palmadas en el pecho. Finalmente veo su rostro; sus ojos están vueltos hacia atrás, su piel azul.

Mis brazos y piernas se adormecen.

—¡Poe! —grito, queriendo llegar a él, queriendo que esté bien.

Los ojos de Barb se encuentran con los míos y grita:

—¡No! Que alguien la saque de aquí.

—Neumotorax de tensión masiva. Su pulmón está colapsando. ¡Necesitamos una bandeja de intubación! —grita una voz, y me quedo mirando su pecho inmóvil, tratando de levantarlo.

Respira. Él tiene que respirar.

Los cuerpos están a mi alrededor y trato de empujarlos más allá. Necesito llegar a él. Necesito llegar a Poe. Lucho contra brazos y hombros, tratando de alejarlos.

—¡Cierra esa puerta! —dice Barb mientras unas manos me sacan al pasillo. Escucho su voz una vez más, hablando con Poe—. ¡Pelea, bebé! ¡Pelea, maldita sea!

Veo a Julie, sus ojos oscuros.

Entonces la puerta se cierra en mi cara.

Me tropiezo hacia atrás, girándome para ver a Will de pie detrás de mí. Su rostro tan pálido como estaba el de Poe. Él se acerca a mí, luego cierra sus manos en puños, frustración llenando sus ojos. Siento que me voy a enfermar. Alcanzo la pared, deslizándome por el suelo, respirando con un grito ahogado. Will se sienta contra la pared, a tres metros de distancia. Envuelvo mis brazos temblorosos alrededor de mis piernas, descansando mi cabeza en mis rodillas y apretando mis ojos fuertemente. Todo lo que veo es a Poe tendido allí.

Calcetines a rayas.

Camiseta de fútbol amarilla.

Esto no puede ser real.

Él vendrá. Tiene que venir. Se sentará y hará una broma sobre comer demasiada pasta o desmayarse demasiado con Anderson Cooper, y me preguntará si quiero ir con él por una malteada. Las mismas malteadas que tomamos desde hace diez años.

Las mismos malteadas que necesitamos tomar juntos durante otra década.

Escucho pasos y levanto la cabeza para ver a la Dra. Hamid corriendo por el pasillo.

—Dra. Hamid... —empiezo, mi voz ronca.

—No ahora, Stella —dice con firmeza, abriendo la puerta. Se abre de par en par y lo veo. Su rostro se vuelve hacia mí, sus ojos cerrados.

Todavía no se está moviendo.

Pero peor que eso, es Barb. Barb tiene su cabeza en sus manos. Ella ha dejado de intentarlo. No.

Le están quitando todo. Los cables. Los tubos de intubación.

—¡No! —Escucho mi voz gritar, todo mi cuerpo grita con eso—. ¡No, no, no, no!

Me levanto y empiezo a correr de vuelta a mi habitación. Él se fue.

Poe se ha ido.

Me tropiezo por el pasillo, viendo sus ojos el día que nos conocimos, viéndole sonreír desde la puerta de su habitación, y viendo su mano apoyada en la mía a través del guante de cocina unas horas antes. Mis dedos encuentran la manija de mi puerta y me abro paso, todo desdibujándose mientras las lágrimas corren por mi cara.

Me doy vuelta para ver que Will me ha seguido, y me acerco un paso más mientras los sollozos atormentan mi cuerpo, haciendo que me duela la caja torácica, ya que es imposible respirar.

—Se fue. Will, ¡se ha ido! Michael, sus *padres*, oh dios mío. —Sacudo la cabeza, aferrándome a mis costados—. ¡Will! Estaba a punto de hacerlo... Nunca lo verán de nuevo.

La realización me golpea.

—Nunca lo volveré a ver.

Pongo mis manos en puños mientras camino.

—Ni siquiera lo abracé. Nunca. ¡No toques! No te quedes demasiado cerca. ¡No, no, no! —grito, histérica, tosiendo, mareada—. Era mi mejor amigo y nunca lo abracé.

Y nunca lo haré. El sentimiento es tan terriblemente familiar que no puedo soportarlo.

—Los estoy perdiendo a todos —jadeo. Abby. Poe. Se han ido.

—No me estás perdiendo —dice Will con voz suave pero decidida. Él camina hacia mí, estirándose, sus brazos casi se envuelven alrededor de mí.

—¡No! —Lo empujo lejos, dando un paso atrás, más y más lejos, más allá de tres metros. Presiono mi espalda contra la pared opuesta de la habitación—. ¡¿Qué estás haciendo?!

La realización llena sus ojos, y retrocede hacia la puerta, pareciendo horrorizado.

—Oh, joder. Stella. No estaba pensando, solo estaba...

—¡Fuera! —le digo, pero él ya está en el pasillo, ya corriendo a su habitación. Golpeo la puerta, mi cabeza golpea con ira. Con miedo. Miro alrededor de la habitación, y todo lo que veo es pérdida en todas partes, haciendo que las paredes se cierren sobre mí, cada vez más cerca.

Esto no es un dormitorio.

Corro hacia la pared, mis dedos se doblan alrededor de los bordes de un cartel. Se cae, derribándose de la pared del hospital.

Rompo la colcha y tiro las almohadas por la habitación. Agarro a Parches, tirándolo contra la puerta. Empujo todos los libros, los papeles y las listas de tareas pendientes de mi escritorio, todo cae ruidosamente al suelo. Agarro ciegamente mi mesita de noche, recogiendo lo primero que puedo tener en mis manos y tirándolo contra la pared.

El frasco de vidrio se rompe, un mar de trufas negras se dispersa por el suelo.

Me paralizó, mirándolas rodar en todas direcciones.

Las trufas de Poe.

Todo se queda en silencio, excepto por mi pecho que sube y baja, sube y baja. Me pongo de rodillas, los sollozos atormentan todo mi cuerpo mientras trato desesperadamente de recoger las trufas, una por una. Miro a Parches, caído de costado, harapiento y desgastado, solo en el suelo a excepción de una trufa solitaria, apoyada contra su pierna andrajosa.

Sus tristes ojos marrones me devuelven la mirada y lo alcanzo. Lo abrazo contra mi pecho, mis ojos viajan al dibujo de Abby y luego a la foto de los dos.

Me pongo de pie temblorosamente y me desplomo en mi cama, acurrucándome en una pequeña bola sobre el colchón de vinilo desnudo, las lágrimas corren por mi cara mientras estoy acostada, sola.



El sueño viene y se va, mis propios sollozos me despiertan una y otra vez en una realidad demasiado dolorosa para creer. Doy vueltas y vueltas, mis sueños mezclados con imágenes de Poe y Abby, sonrisas retorcidas en muecas de dolor mientras se funden en la nada. Barb y Julie entran, pero mantengo los ojos bien cerrados hasta que se van otra vez.

Pronto me quedo despierta, mirando el techo cuando la luz se desplaza por mi habitación, todo se va adormeciendo a medida que la mañana se convierte en la tarde.

Mi teléfono vibra ruidosamente en el piso, pero lo ignoro, no queriendo hablar con nadie. Will. Mis padres. Camila y Mya. ¿Cuál es el punto? Moriré o lo harán, y este ciclo de personas que mueren y personas que están de duelo simplemente continuará.

Si este año me ha enseñado algo, es que el dolor puede destruir a una persona. Destruyó a mis padres. Destruirá a los padres de Poe. A Michael.

Y a mí.

Durante años había estado tan bien con morir. Siempre he sabido que sucedería. Ha sido una cosa inevitable con la que he vivido desde siempre, esta conciencia de que moriría mucho antes que Abby y mis padres.

Sin embargo, nunca estuve, nunca, lista para llorar.

Escucho voces en el pasillo y me levanto, recorriendo los restos de la puerta de mi

habitación, levantando mi teléfono mientras voy, sintiendo que vibra en la palma de mi mano. Me dirijo hacia el pasillo, dirigiéndome a la habitación de Poe, mirando como alguien entra con una caja. Lo sigo, sin saber realmente por qué. Cuando miro dentro, una parte de mí espera ver a Poe sentado allí, mirándome mientras paso, como si todo esto fuera un sueño horrible.

Puedo escucharlo decir mi nombre. *Stella*. La forma en que lo decía, con esa mirada de calidez en sus ojos, esa sonrisa jugando en sus labios.

En cambio, es una habitación de hospital vacía, un monopatín solitario apoyado en la cama. Uno de los pocos rastros de que Poe, mi maravilloso mejor amigo, Poe, incluso la había llenado. Y Michael se sienta en la cama, con la cabeza entre las manos, la caja vacía junto a él. Ha venido por las cosas de Poe. El cartel de Gordon Ramsay. Las camisetas de fútbol. El estante de especias.

Su cuerpo está temblando de los sollozos. Quiero decir algo para consolarlo. Pero no tengo las palabras. No puedo salir fuera del pozo profundo dentro de mí.

Así que cierro los ojos con fuerza, apartando la cabeza y sigo caminando.

Cuando paso, las yemas de mis dedos se arrastran por la puerta de la habitación de Will. La luz está encendida, brillando debajo del fondo, desafiándome a tocar. A ir hacia él.

Aunque sigo a la deriva. Mis pies me suben y bajan por los pasillos y por las puertas hasta que miro hacia arriba y veo el letrero de la sala de juegos de los niños, el aliento atrapado en mi garganta mientras observo las coloridas letras. Aquí fue donde empezó todo. Donde jugué con Poe y Abby, Ninguno de los tres sabía que teníamos tan poca vida por delante.

Gran parte de esa vida aquí dentro de este hospital.

Me halo el cuello de la camisa, por primera vez en todos mis años en Saint Grace siento que las paredes encaladas se cierran sobre mí y me aprietan el pecho.

Necesito aire.

Volando por el pasillo, me dirijo de nuevo al Edificio 1, golpeando el botón del ascensor hasta que las puertas de acero se abren, y el ascensor me empuja de regreso a mi piso. Abriendo la puerta de un tirón, giro la cabeza para mirar con recelo a mi carrito de medicina obsesivamente organizado. Todo lo que he hecho durante más tiempo es tomar mis medicamentos y repasar mis estúpidas listas de tareas pendientes, intentando permanecer viva el mayor tiempo posible.

¿Pero por qué?

Dejé de vivir el día que murió Abby. ¿Entonces cuál es el punto?

Poe apartó a todos para que no lastimarlos, pero no hizo una gran diferencia. Michael todavía está sentado en su cama, aplastado, las semanas que podrían haber pasado juntos

volando en espiral a través de su cabeza. Sea que muera ahora o dentro de diez años, mis padres estarán destrozados. Y todo lo que he hecho es hacerme miserable centrándome en unas cuantas respiraciones adicionales.

Abro de golpe la puerta de mi armario para agarrar mi abrigo, bufanda y guantes, deseando alejarme de todo esto. Tiro mi concentrador de Oxígeno portátil en una mochila pequeña y me dirijo a la puerta.

Mirando hacia el pasillo, veo que la estación de enfermeras está vacía.

Me aferró a las correas de mi mochila, girándome hacia la escalera al final del pasillo. Caminando rápido, abro la puerta antes de que alguien pueda verme, cara a cara con el primer conjunto de escaleras. Subo una por una, cada paso me acerca a la libertad, cada jadeo por aire es un desafío para el universo. Corro, la alegría sacando todo lo demás de mi mente.

Pronto la puerta de salida roja está delante de mí. Saco el billete de dólar doblado de Will, que todavía estaba en el bolsillo de mi abrigo después de todo este tiempo. Usándolo para mantener presionado el botón de alarma, abro la puerta y uso un ladrillo apoyado contra la pared para mantenerla abierta.

Me subo al techo y me muevo hacia el borde para ver el mundo a continuación. Respiro profundamente el aire penetrante y dejo escapar un largo grito. Grito hasta que mi voz cede a la tos. Pero se siente bien. Mirando hacia abajo, mis pulmones agitados, veo a Will en su habitación abajo. Se pone una bolsa de lona grande en el hombro, dirigiéndose a la puerta.

Él se está yendo.

Will se va.

Miro las luces de navidad a lo lejos, parpadeando como estrellas, llamándome.

Esta vez, respondo.





CAPÍTULO XXII

Will

Me siento en mi silla, esperando a que Barb venga a llevarme al aislamiento, tal como merezco. La mañana se ha convertido en tarde, la tarde en atardecer, el atardecer en noche y todavía no he escuchado nada de ella, la amenaza que dio ayer enterrada bajo lo que ha sucedido.

Mis ojos viajan al reloj en mi mesita de noche mientras pasa otro minuto. Cada cambio en los números rojos pone ayer más en el pasado.

Pone a Poe en el pasado.

Poe murió en mi cumpleaños.

Sacudo la cabeza tristemente, recordando su risa en la cena. Estaba bien y entonces solo así...

Me pateo, la sorpresa y el horror que llenaron el rostro de Stella cuando me miró, la ira cuando me apartó, persiguiéndome por millonésima vez hoy.

¿Por qué hice eso? ¿Qué estaba pensando?

No lo estaba haciendo. Ese es el problema. Stella pensaba en todas las reglas y ¿yo no pude simplemente seguir las reglas? ¿Qué pasa conmigo? Es solo una cuestión de tiempo antes de que haga algo realmente estúpido. Algo que nos mate a los dos.

Me voy a largar de aquí.

Me levanto de la silla, agarrando mi gran bolso de debajo de mi cama. Abro los cajones y meto mi ropa en él, limpiando todo lo más rápido que puedo. Llamo a un Uber, meto mis materiales de arte y mis cuadernos de bocetos en mi mochila, los lápices y los papeles metidos meticulosamente dentro después de las cosas importantes. Coloco suavemente la caricatura enmarcada de mi madre sobre el montículo en mi bolsa de viaje,

envolviéndola con cuidado en una camisa, antes de cerrar mi bolsa y dejar caer una marca para que el conductor me encuentre en la entrada este.

Me pongo el abrigo y salgo de mi habitación, revisando el pasillo hacia las puertas dobles y por el ascensor hasta el vestíbulo este. Poniéndome mi gorro, abro la puerta con mi costado, dirigiéndome justo dentro de las puertas del vestíbulo para esperar.

Moviendo mi pie con impaciencia, verifico el estado de mi auto, entrecerrando los ojos cuando veo movimiento al otro lado de las puertas. El vidrio se empaña y veo como una mano se acerca para dibujar un corazón.

Stella.

Puedo verla ahora, en la oscuridad.

Nos miramos fijamente, el vidrio de la puerta entre nosotros. Ella está envuelta en una gruesa chaqueta verde. Una bufanda envuelta firmemente alrededor de su cuello, un par de guantes en sus pequeñas manos, su mochila colgada sobre su hombro.

Levanto la mano, presionando mi palma contra el vidrio, dentro del corazón que ella dibujó.

Ella dobla su dedo, diciéndome que salga.

Mi corazón salta. ¿Qué está haciendo? Tiene que volver adentro; está congelando. Tengo que ir a buscarla.

Empujo con cuidado a través de la puerta, el aire frío me golpea en la cara. Tirando de mi gorro más abajo sobre mis oídos, me acerco a ella, mis pasos crujen ruidosamente mientras camino a través de la manta perfecta de blanco.

—Vayamos a ver las luces —dice mientras me detengo a su lado, el taco de billar invisible entre nosotros. Está emocionada. Casi maníaca.

Miro en dirección a las luces navideñas, sabiendo lo lejos que están.

—Stella, eso tiene que estar a cinco kilómetros de distancia. Vuelve adentro...

Me interrumpe.

—Me voy. —Sus ojos se encuentran con los míos, resueltos y llenos de algo que nunca antes había visto allí, algo salvaje. Irá con o sin mí—. Ven conmigo.

Soy todo por ser rebelde, pero esto parece un deseo de muerte. ¿Dos chicos con pulmones que apenas funcionan caminando cinco kilómetros en una dirección para mirar las luces?

—Stella. Ahora no es el momento de ser rebelde. ¿Se trata de Poe? Esto es sobre Poe, ¿no es así?

Se vuelve hacia mí.

—Se trata de Poe. Se trata de Abby. Se trata de ti y de mí, Will, y de todo lo que nunca

podremos hacer juntos.

Me quedo en silencio, mirándola. Sus palabras suenan como si pudieran salir directamente de mi boca, pero cuando las escucho de ella, no suenan igual.

—Si esto es todo lo que tenemos, entonces tomémoslo. Quiero ser audaz y libre — dice, mirándome, desafiándome—. Es solo la vida, Will. Se acabará antes de que nos demos cuenta.



Caminamos por una acera vacía, las farolas sobre nuestras cabezas hacen brillar los parches helados. Intento mantenerme a tres metros de ella mientras caminamos, nuestros pasos son lentos y tratamos de no resbalar.

Miro la carretera en la distancia y luego de vuelta a Stella.

—¿Conseguimos un Uber, al menos? —Pienso en el que ya está en camino.

Ella pone los ojos en blanco.

—Quiero caminar y disfrutar de la noche —dice, inclinándose y agarrando mi mano entre las suyas.

Retrocedo, pero ella se agarra con fuerza, sus dedos entrelazados con los míos.

—¡Guantes! Estamos bien.

—Pero se supone que debemos estar a dos metros... —comienzo a decir mientras se aleja de mí, estirando nuestros brazos, pero negándose a soltarme.

—Dos metros —responde, decidida—. Me quedo con eso.

La observo por un momento, observando la expresión de su rostro, y dejo que todo el miedo y el nerviosismo se desvanezcan. Finalmente estoy fuera de un hospital. Ir a ver algo en lugar de verlo desde un techo o una ventana.

Y Stella está justo a mi lado. Sosteniendo mi mano. Y aunque sé que está mal, no puedo ver cómo podría ser.

Cancelo el Uber.

Caminamos a través de la nieve, las luces nos llaman en la distancia, la frontera del parque cada vez más cerca.

—Todavía quiero ver la Capilla Sixtina —dice mientras caminamos, sus pasos asertivos mientras cruje a través de la nieve.

—Eso sería genial —le digo, encogiéndose de hombros. No está en la parte superior de mi lista, pero si ella está allí, yo también iría.

—¿A dónde quieres ir? —me pregunta.

—Casi todas partes —le digo, pensando en todos los lugares en los que he estado pero que me he perdido—. Brasil, Copenhague, Fiji, Francia.

Quiero ir a un viaje por todo el mundo donde simplemente vaya a todos los lugares en los que he estado en un hospital, pero nunca pude explorar. Jason dijo que, si alguna vez pudiera hacerlo, iría conmigo.

Ella aprieta mi mano, asintiendo, entendiendo, la nieve se aferra a nuestras manos y nuestros brazos y nuestras chaquetas.

—¿Te gusta el clima cálido o frío? —le pregunto.

Se muerde el labio, pensando.

—Me gusta la nieve. Pero, aparte de eso, creo que prefiero el clima cálido. —Me mira con curiosidad—. ¿Tú?

—Me gusta el frío. Sin embargo, no soy un gran fanático de andar por ahí —respondo, arreglando mi gorro y sonriéndole con una sonrisa burlona. Me agacho, recogiendo un poco de nieve y empaquetándola—. Pero soy un gran fanático de las bolas de nieve.

Ella levanta las manos, sacudiendo la cabeza y riendo mientras se aleja de mí.

—Will. No lo hagas.

Luego, recoge una bola de nieve y, con la velocidad del rayo, me atrapa justo en el pecho. La miro asombrado, cayendo dramáticamente de rodillas.

—¡Me han golpeado!

Ella me marca con otra en respuesta, golpeándome en el brazo con un objetivo de francotirador. La persigo, los dos riendo y arrojando nieve el uno al otro mientras nos dirigimos hacia las luces.

Demasiado pronto, ambos comenzamos a jadear por respirar.

Agarro su mano en tregua mientras resoplamos y subimos una colina, dándome la vuelta para mirar todo cuando finalmente llegamos a la cima.

Stella exhala, la niebla sale de su boca mientras miramos la nieve y el hospital, muy por detrás de nosotros.

—Claro, se ve mejor detrás de nosotros.

Le doy un vistazo, observando cómo la nieve cae suavemente sobre su cabello y su cara.

—¿Estaba esto en tu lista de tareas pendientes? ¿Romper con Will?

Ella se ríe, suena alegre, real, a pesar de todo.

—No. Pero mi lista de tareas ha cambiado.

Extiende los brazos y cae sobre la colina, la nieve cede a su alrededor, resoplando

suavemente mientras aterriza en ella. La observo mientras hace un ángel de nieve, riéndose mientras sus brazos y piernas se mueven de un lado a otro, de un lado a otro. No hay una lista de tareas pendientes, ningún hospital asfixiante, ningún régimen obsesivo, nadie más por quien preocuparse.

Ella solo es Stella.

Extiendo mis brazos y caigo a su lado, la nieve se moldea en mi cuerpo cuando aterrizo. Me río, haciendo un ángel de nieve también, todo mi cuerpo frío de la nieve, pero cálido por el momento.

Nos detenemos y miramos al cielo. Las estrellas parecen estar a un brazo de distancia. Lo suficientemente brillante y lo suficientemente cerca como para que podamos alcanzarlas y agarrarlas. La miro, frunciendo el ceño cuando noto un bulto en la parte delantera de su abrigo, en su pecho.

No es que haya estado mirando, pero sus tetas no son tan grandes.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto, tocando el bulto.

Se desabrocha el abrigo para revelar un panda de peluche, recostado contra su pecho. Sonrío, levantando la vista para mirarla a los ojos.

—No puedo *esperar* a escuchar esto.

Ella saca el panda de su chaqueta, sosteniéndolo.

—Abby me dio esto para mi primer viaje al hospital. Lo he tenido conmigo cada vez desde entonces.

Puedo verla, joven y pequeña y asustada, entrando en Saint Grace por primera vez, agarrando a ese oso panda. Me río, aclarándome la garganta.

—Bueno, eso es bueno. Porque no quería tener que decirte que un tercer pezón es un factor decisivo.

Ella me mira, pero cede rápidamente. Vuelve a meter al panda dentro, sentándose para cerrar el abrigo.

—Vamos a ver tus luces —le digo, de pie. Ella trata de unirse a mí, pero se tira de nuevo al suelo. Arrodillado, veo que la correa de su concentrador de Oxígeno está atrapada en una raíz. Extiendo la mano, quito la correa y extiendo mi mano para ayudarla a levantarse. Ella lo toma y lo jalo, su cuerpo se balancea hacia arriba, el movimiento la aleja a unos centímetros de mí.

La miro a los ojos, el aire que sale de nuestras bocas se mezcla en el pequeño espacio entre nosotros, haciendo lo que sé que nuestros cuerpos no pueden. Detrás de ella veo a nuestros ángeles de nieve, a dos metros y medio de distancia. La suelto, retrocediendo rápidamente antes de que la urgencia vertiginosa de besarla vuelva a abrumarme.

Seguimos caminando, finalmente llegando al parque y al estanque gigante, las luces un

poco más lejos. Observo cómo la luz de la luna brilla en la superficie congelada, oscura y hermosa. Mirando hacia atrás, veo a Stella respirando pesadamente, luchando por recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —pregunto, dando un paso más cerca.

Asiente, mirando más allá de mí y señalando.

—Tomemos un respiro.

Miro detrás de mí para ver un puente peatonal de piedra, volviéndome para sonreír ante el juego de palabras de Stella. Caminamos lentamente hacia el pequeño puente, avanzando con cuidado a lo largo de la costa del estanque.

Stella se detiene en seco, su pie se extiende lentamente para tocar el hielo, y gradualmente aumenta su peso, probándolo debajo de su zapato.

—Stella, no lo hagas —le digo, imaginando que va a través del agua helada debajo.

—Está sólido. ¡Vamos! —Me da una mirada. La misma mirada que he visto toda la noche esta noche: valiente, traviesa, atrevida.

Imprudente, también viene a mi mente. Pero lo dejo a un lado.

Si esto es todo lo que tenemos, entonces tomémoslo.

Así que respiro hondo, tomo su desafío y le agarro la mano mientras nos deslizamos juntos en el hielo.





CAPÍTULO XXIII

Stella

Por primera vez en mucho tiempo, no me siento enferma.

Agarro las manos de Will mientras nos deslizamos por la superficie del hielo, riendo mientras luchamos por mantener el equilibrio. Chillo cuando pierdo el mío, soltando sus brazos para no arrastrarlo conmigo, y caigo con fuerza sobre mi trasero.

—¿Estás bien? —pregunta, riendo más fuerte.

Asiento alegremente. Mejor que bien. Observo como él sale corriendo, gritando mientras se desliza sobre el hielo sobre sus rodillas. Verlo hace que el dolor de Poe sea menos cegador, llenando mi corazón hasta el borde, a pesar de que todavía está en pedazos.

Mi teléfono suena en mi bolsillo, y lo ignoro como lo he hecho durante la mayor parte del día, entornando los ojos hacia Will mientras él se desliza por el estanque. El teléfono finalmente se detiene, y lentamente me pongo de pie, pero luego empieza a sonar un chirrido, los textos llegan uno tras otro.

Saco mi teléfono, molesta, mirando hacia abajo para ver mi pantalla llena de mensajes de mi mamá, de mi papá, de Barb.

Espero ver más mensajes de Poe, pero me saltan diferentes palabras.

PULMONES. TRES HORAS HASTA QUE LLEGUEN. ¿¿¿DÓNDE ESTÁS???

Stella. ¡Por favor responde! LOS PULMONES ESTÁN EN SU CAMINO.

Me congelo, el aire sale directamente de mis pulmones de mierda actuales. Miro al otro lado del estanque a Will, observando mientras él gira lentamente, da vueltas y vueltas. Esto es lo que quería. Lo que Abby quería. Nuevos pulmones.

Pero miro al otro lado del estanque a Will, el chico que amo, que tiene B. cepacia y nunca tendrá la oportunidad frente a mí.

Miro fijamente mi teléfono, mi mente zumbando.

Nuevos pulmones significan hospital y medicamentos y recuperación. Significa terapia, y potencial de infección, y enorme dolor. Pero, lo más importante, significa que estaría más lejos que nunca de Will. Aislamiento, incluso, para mantener la B. cepacia lejos de mí.

Tengo que elegir ahora.

¿Nuevos pulmones?

¿O Will?

Lo miro y él me sonrío tanto que ni siquiera es un concurso.

Apago mi teléfono y me lanzo sobre el hielo, deslizándome y deslizándome, antes de chocar con todas mis fuerzas contra él. Él me agarra, apenas logrando aguantar y evitar que nos estrellemos contra el hielo.

No necesito nuevos pulmones para sentirme viva. Me siento viva ahora mismo. Mis padres dijeron que querían que fuera feliz. Tengo que confiar en que sé lo que es eso. Me van a perder con el tiempo y no puedo controlarlo.

Will tenía razón. ¿Quiero pasar todo mi tiempo nadando contra la corriente?

Lo empujo y trato de girar, tirando mis brazos, mi cara girada hacia el cielo estrellado. Girando y girando sobre el hielo resbaladizo, escucho su voz.

—Dios, te amo.

La forma en que lo dice es tan suave y real y lo más maravilloso.

Mis brazos caen y dejo de girar, dándome la vuelta para mirarlo, mi respiración se vuelve entrecortada. Él sostiene mi mirada, y siento la misma atracción que siempre he sentido hacia él, una gravedad innegable que me hace atrever a cerrar la brecha entre nosotros. A cruzar cada centímetro de los dos metros.

Así que esta vez, lo hago.

Corro hacia Will, nuestros cuerpos chocan, nuestros pies ceden mientras caemos al hielo, riendo mientras aterrizamos juntos. Pongo sus brazos alrededor de mí, apoyando mi cabeza en su pecho mientras la nieve cae alrededor de nosotros, mi corazón late tan fuerte, que estoy casi segura de que él puede oírlo. Lo miro cuando él se inclina hacia adentro. Cada respiración magnética que toma se acerca más a mí.

—Sabes que quiero —susurra, y casi puedo sentirlo. Sus labios se encuentran con los míos, fríos por la nieve y el hielo, pero absoluta perfección—. Pero no puedo.

Aparto la vista y apoyo la cabeza en su abrigo, viendo caer la nieve. *No puedo. No puedo.* Me trago la sensación familiar que tira de mi pecho.

Él está en silencio otra vez, y siento que sus pulmones suben y bajan debajo de mi cabeza, un suspiro escapando de sus labios.

—Me asustas, Stella.

Lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me mira a los ojos, su voz seria.

—Me haces querer una vida que no puedo tener. —Sé exactamente lo que quiere decir.

Sacude la cabeza, su rostro sombrío.

—Esa es la cosa más aterradora que he sentido.

Recuerdo cuando nos conocimos, él tambaleándose en el borde del techo.

Él se acerca, su mano enguantada tocando suavemente mi cara, sus ojos azules oscuros, serios.

—Excepto tal vez esto.

Estamos en silencio, solo mirándonos a la luz de la luna.

—Esto es asquerosamente romántico —dice, dándome una sonrisa torcida.

—Lo sé —le digo—. Me encanta.

Entonces lo escuchamos. *Criiiiic, crack, crick*. El hielo gime debajo de nosotros. Saltamos hacia arriba, riéndonos, y trepamos juntos, de la mano, a tierra firme.





CAPÍTULO XXIV

Will

—¿Cuál es tu lugar de ensueño para vivir? —le pregunto mientras caminamos lentamente hacia la pasarela, su mano enguantada descansa dentro de la mía.

Limpiamos la nieve fresca en la barandilla del puente y saltamos, nuestras piernas se balancean a la vez.

—Malibú —dice, colocando el concentrador de oxígeno a su lado mientras miramos el estanque—. O a Santa Bárbara.

Ella elegiría California.

Le doy una mirada.

—¿California? ¿De Verdad? ¿Por qué no Colorado?

—¡Will! —dice, riendo—. ¿Colorado? ¿Con nuestros pulmones?

Sonrío, encogiéndome de hombros mientras me imagino el hermoso paisaje de Colorado.

—¿Qué puedo decir? ¡Las montañas son hermosas!

—Oh no —dice, suspirando en voz alta, con su voz burlona—. Me encanta la playa y tú amas las montañas. ¡Estamos condenados!

Mi teléfono emite un chirrido y me meto la mano en el bolsillo para ver de quién es. Ella agarra mi mano, tratando de detenerme.

Me encojo de hombros

—Deberíamos al menos hacerles saber que estamos bien.

—Vaya rebelde que resultaste ser —me contesta, tratando de arrebatar el teléfono de

mi mano. Me río, congelándome cuando veo mi pantalla llena de textos de mi madre.

¿Así de tarde en la noche?

Quito la mano de Stella para ver que todos los mensajes son exactamente iguales: *PULMONES PARA STELLA. VUELVE AHORA.*

Balanceo mis piernas alrededor, saltando, la emoción me llena de pies a cabeza.

—¡Oh Dios mío! ¡Stella, tenemos que irnos *ahora mismo!* —Agarro su mano, tratando de sacarla de la barandilla—. Pulmones, ¡tienen pulmones para ti!

Ella no se mueve. Tenemos que volver lo antes posible. ¿Por qué no se está moviendo? ¿No entiende?

Observo su cara mientras mira las luces, sin inmutarse por lo que acabo de decir.

—No he visto las luces todavía.

¿Qué demonios?

—¿Lo sabías? —pregunto, el asombro me golpea como un remolque de tractor—. ¿Qué estamos haciendo aquí, Stella? Estos pulmones son tu oportunidad para una vida real.

—¿Nuevos pulmones? Cinco años, Will. Esa es su vida útil —resopla, mirándome—. ¿Qué pasará cuando esos pulmones comiencen a fallar? Estaré de vuelta al cuadrado uno.

Todo esto es mi culpa. La Stella de hace dos semanas nunca sería tan estúpida. Pero ahora, gracias a mí, está a punto de tirarlo todo.

—¡Cinco años es una vida para gente como nosotros, Stella! —le grito de vuelta, tratando de que lo vea—. Antes de la B. cepacia, habría *matado* por nuevos pulmones. No seas estúpida. —Saco mi teléfono y empiezo a marcar—. Estoy llamando al hospital.

—¡Will! —grita, moviéndose para detenerme.

Observo con horror como el tubo de su cánula se engancha de nuevo en un hueco en el puente peatonal de piedra, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras pierde el equilibrio. Ella trata de agarrar el borde de la barandilla resbaladiza, pero su mano se desliza de inmediato y cae en picado.

Trato de agarrarla, pero se estrella contra el hielo, aterrizando sobre su espalda, el concentrador aterrizando con un plunk a su lado.

—Stella, ¡mierda! ¿Estás bien? —grito, a punto de lanzarme por el costado hacia su cuerpo inmóvil.

Y entonces, ella comienza a reírse. No está herida. Oh, gracias a Dios. Ella no está herida. Sacudo la cabeza, el alivio me llena el pecho.

—Eso fue algo...

Hay una grieta grande. La veo moverse, pero no hay tiempo.

—¡Stella! —grito mientras el hielo se rompe debajo de ella, chupándola, el agua oscura se la traga entera.





CAPÍTULO XXV

Stella

Chapoteo, agua helada a mi alrededor mientras trato de nadar hacia la superficie. Mi abrigo es tan pesado, el agua se aferra a él, arrastrándome más y más hacia las profundidades. Lo desabrocho frenéticamente, comenzando a deslizarme fuera de él cuando veo a Parches, flotando. Mis pulmones arden mientras miro hacia arriba a la luz del agujero por el que caí, la delgada cuerda del concentrador de oxígeno es una guía hacia la superficie.

Pero luego miro a parches.

Mi cuerpo se hunde cada vez más, el frío empuja el aire de mis pulmones, las burbujas salen de mí y suben a la superficie.

Voy por el panda, alcanzándolo desesperadamente, mis dedos rozando su pelaje. Toso, lo último de mi oxígeno sale de mi cuerpo, me golpea la cabeza y el agua llena mis pulmones.

Mi visión se oscurece más y más, el agua cambia frente a mis ojos, se transforma lentamente en un cielo negro, aparecen pequeños puntos de luz.

Estrellas.

Las estrellas del dibujo de Abby. Nadan hacia mí, me rodean y dan vueltas a mi alrededor. Floto entre ellas, mirando como brillan.

Espera.

Esto no está bien.

Parpadeo, y estoy de vuelta en el agua, la fuerza llena mi cuerpo mientras jalo con todo lo que tengo en mí hasta la cima. Una mano se extiende hacia mí, las yemas de mis dedos se envuelven desesperadamente a su alrededor mientras salgo del agua sin esfuerzo.

Me quedo allí, jadeando, y me siento, mirando alrededor.

¿Dónde está Will?

Acercándome, siento mi cabello. Seco. Toco mi camisa y mis pantalones. Secos. Apoyo la palma de la mano sobre el hielo, esperando sentir el frío. Pero... nada. Algo está mal.

—Sé que me extrañas, pero esto está yendo un poco lejos —dice una voz desde mi lado. Miro por encima, observando el cabello castaño rizado, ojos color avellana idénticos a los míos, la sonrisa familiar.

Abby.

Es Abby.

No entiendo. La rodeo con mis brazos y la abrazo para asegurarme de que es real. Está realmente allí. Ella está... espera.

Me alejo y miro a mi alrededor, al estanque helado, a la pasarela de piedra.

—Abby. Estoy... ¿muerta?

Ella sacude la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Eh... no exactamente.

¿No *exactamente*? Estoy muy feliz de verla, pero el alivio de sus palabras me abruma. Todavía no quiero morir.

Realmente quiero *vivir* mi vida.

Ambas escuchamos un chapoteo en algún lugar en la distancia. Me vuelvo, buscando la fuente del sonido, pero no veo nada. ¿Qué fue ese ruido?

Tenso mis oídos y eso es cuando lo escucho, como un eco, en algún lugar en la distancia.

Su voz.

Es la voz de Will, desgarrada, que viene entre respiraciones agudas y poco profundas.

—¡Espera, Stella!

Miro a Abby y sé que ella también lo oye. Miramos hacia abajo cuando mi pecho comienza a expandirse y caer lentamente, expandirse y caer, una y otra y otra vez.

Como si me estuvieran haciendo RCP.

—No... ahora. Ven... ahora. Respira —dice su voz, más clara ahora.

—¿Qué está pasando? —le pregunto, mirando mientras la vista frente a mí comienza a cambiar lentamente. Will. Su silueta comienza a formarse, lo suficientemente cerca como para tocarla.

Él está inclinado sobre un cuerpo.

Mi cuerpo.

Observo cómo se estremece, tosiendo, su cuerpo balanceándose mientras comienza a colapsar. Cada respiración es una lucha, y lo observo mientras jadea por aire, tratando desesperadamente de llenar sus pulmones.

Y cada vez que respira, me lo da.

—Él está respirando por ti —dice Abby mientras mi pecho se expande de nuevo.

Con cada respiración que él sopla en mis pulmones, la vista frente a mí se vuelve más y más vivida. Puedo ver su cara tornándose azul, cada respiración dolorosa.

—Will —le susurro, observando mientras lucha para empujar el aire a través de mi cuerpo.

—Él realmente te ama, Stell —dice Abby, observando. A medida que la escena se agudiza, ella se desvanece.

Me vuelvo hacia ella, frenética, sintiendo nuevamente la pérdida que me mantiene despierta por la noche. La pregunta sin respuesta.

Abby me sonrío, sacudiendo la cabeza, ya muy por delante de mí.

—No me dolió. No estaba asustada.

Respiro hondo, dejando escapar un suspiro de alivio que he estado conteniendo durante más de un año. Mi pecho se levanta repentinamente, y empiezo a toser, el agua sale de mi boca.

Veo como mi cuerpo, a pocos centímetros de distancia, hace exactamente lo mismo.

Abby sonrío ahora.

—Necesito que vivas, ¿de acuerdo? Vive, Stella. Por mi.

Ella comienza a desvanecerse y me da pánico.

—¡No! ¡No te vayas! —digo, agarrándome a ella.

Me abraza fuerte, abrazándome, y puedo oler el aroma cálido y floral de su perfume. Ella me susurra al oído:

—No voy a ir muy lejos. Siempre estaré aquí. Solo a un centímetro de distancia. Lo prometo.



A DOS
METROS

Rachael Lippincott, Mikki Daughtry



CAPÍTULO XXVI

Will

Mi garganta está en llamas.

Mis pulmones están destruidos. *Una vez más. Por Stella.*

—No... ahora. Vamos..., no ahora. Respira —le suplico, el frío golpea mi cuerpo mientras sostengo su cara en mis manos, empujando todo mi aire hacia sus pulmones.

Me duele tanto que apenas puedo soportarlo.

Mi visión comienza a desvanecerse, negro nadando desde los bordes, superando todo lentamente hasta que lo único que veo es la cara de Stella rodeada por un mar de negro.

No tengo nada más que dar. No me queda nada para... *no.*

Me enderezó, aspirando desesperadamente una respiración más corta, sabiendo en lo profundo de mi pecho que es el último aliento que obtendré.

Y se lo doy. Le doy todo lo que tengo, a la chica que amo. Ella se merece eso.

Empujo todo el aire de mi cuerpo hacia sus pulmones, colapsándome encima de ella, no tengo idea si fue suficiente, cuando escucho las sirenas de la ambulancia que llamé sonando en la distancia. El agua gotea sobre mi cabeza mientras mi mano encuentra la de ella y finalmente dejo que la oscuridad me consuma.



A DOS
METROS

Rachael Lippincott, Mikki Daughtry



CAPÍTULO XXVII

Stella

Siento que algo me pincha en el brazo.

Mis ojos se abren, mi cabeza gira mientras mi visión regresa lentamente, con luces brillantes en lo alto. Pero no las luces navideñas, que envuelven maravillosamente los árboles del parque. Son las luces fluorescentes del hospital.

Luego las caras las bloquean.

Mamá.

Papá.

Me incorporo, empujándome de debajo de las mantas y me giro para ver a Barb. Ella está de pie junto a la enfermera de urgencias, que está extrayendo sangre de mi brazo.

Intento alejar las manos de la enfermera, intento levantarme, pero estoy demasiado débil.

Will.

¿Dónde está Will?

—Stella, cálmate —dice una voz. La Dra. Hamid se inclina sobre mí—. Tus nuevos pulmones...

Me arranco la máscara de oxígeno, buscándolo. La Dra. Hamid trata de ponérmela de nuevo, pero me doy la vuelta, retorciéndome fuera de su alcance.

—¡No, no los quiero!

Mi papá envuelve sus brazos alrededor de mí, tratando de que me calme.

—Stella, cálmate ahora.

—Cariño, por favor —dice mi mamá, agarrando mi mano.

—¿Dónde está Will? —grito, pero no puedo verlo en ninguna parte. Mis ojos exploran frenéticamente, pero mi cuerpo se rinde, cayendo débilmente sobre la camilla.

Todo lo que puedo ver es su cuerpo encorvado sobre el mío, todo su aire dado a mí.

—Stella. —Escucho una voz débil diciendo—: Estoy aquí.

Will.

Está vivo.

Giro mi cabeza hacia el sonido de la voz, mis ojos se encuentran con los suyos.

No podemos estar a más de cinco metros de distancia, pero se siente más lejos que nunca. Quiero estirarme, tocarlo. Asegurarme de que está bien.

—Acepta los pulmones —susurra, mirándome como si yo fuera la única aquí.

No. No puedo. Si me acepto los pulmones, lo sobreviviré cerca de una década. Si no los acepto, será más peligroso para mí que nunca. No nos dejarán en el mismo código postal, y mucho menos en la misma habitación. ¿Y si tengo B. cepacia después de obtener los pulmones sanos que todos los pacientes con FQ quieren? Estaría mal. Sería devastador.

—Aceptarás los pulmones, Stella —dice mi madre a mi lado, apretando su mano alrededor de mi brazo.

Miro a mi papá, agarrando su mano desesperadamente.

—¿Sabes cuántas cosas voy a perder con la FQ? ¿Que ya he perdido? Los pulmones no cambiarán eso.

Estoy cansada. Estoy cansada de pelear conmigo misma.

Todo el mundo está tranquilo.

—Sin embargo, no quiero perder a Will —le digo, con toda seriedad—. Lo amo, papá.

Miro de mi padre a mi madre y luego a Barb y a la Dra. Hamid. Deseando que lo entiendan.

—Tómalos. Por favor —dice Will, y lucha por salir de debajo de una manta de emergencia, la piel de su pecho, estómago y abdomen de un color azul pálido. Sus brazos ceden cuando Julie y una mujer con sus mismos ojos lo empujan hacia abajo.

—Pero si lo hago, no cambia nada para nosotros, Will. Lo empeora —digo, sabiendo que los nuevos pulmones no me librarán de la fibrosis quística.

—Un paso a la vez —dice, sosteniendo mi mirada—. Esta es tu oportunidad. Y eso es lo que *ambos* queremos. No pienses en lo que has perdido. Piensa en cuánto tienes que ganar. Vive, Stella.

Puedo sentir los brazos de Abby a mi alrededor en el estanque, abrazándome. Puedo

escuchar su voz en mi oído, diciendo las mismas palabras que Will está diciendo ahora.

Vive, Stella.

Respiro hondo y siento la lucha familiar por el aire que tengo todos los días. Cuando estaba con Abby, dije que quería vivir. Tendré que preocuparme por cómo después.

—Está bien —le digo, asintiendo con la cabeza a la Dra. Hamid, y se toma la decisión.

El alivio llena los ojos de Will, y él se estira, colocando su mano en un carrito médico que está entre nuestras camillas. Me extiendo, poniendo mi mano al otro lado. Hay acero inoxidable entre nosotros, pero no importa.

Su mano todavía está en el carrito mientras lentamente comienzo a alejarme. Hacia los nuevos pulmones. Hacia un nuevo comienzo.

Pero lejos de él.

Escucho los pasos de mis padres detrás de mí, y los de Barb y los de la Dra. Hamid, pero miro a Will una vez más, sus ojos se encuentran con los míos. Y en esa mirada lo veo cuando nos encontramos por primera vez en el pasillo, pasándose los dedos por el cabello. Lo veo sosteniendo el otro extremo del taco de billar mientras caminamos por el hospital, diciéndome que me quede para el próximo año. Lo veo atravesar el agua en la piscina, la luz bailando en sus ojos. Lo veo al otro lado de la mesa en su fiesta, riendo hasta que las lágrimas corren por su rostro.

Veo la forma en que me miró cuando dijo que me amaba, hace solo unas horas, en ese estanque helado.

Lo veo queriendo besarme.

Y ahora sonrío esa sonrisa torcida del día en que nos conocimos, esa luz familiar que llena sus ojos, hasta que está fuera de vista. Pero sigo oyendo su voz. Todavía escucho la voz de Abby.

Vive, Stella.





CAPÍTULO XXVIII

Will

Caigo débilmente sobre mi camilla, me duele todo el cuerpo. Ella está recibiendo nuevos pulmones. Stella está recibiendo nuevos pulmones. A través del dolor, mi corazón late alegremente. La mano de mi madre se envuelve suavemente alrededor de mi brazo mientras Julie pone la máscara de oxígeno en mi cara.

Y luego me acuerdo.

No.

Me siento muy erguido, mi pecho ardiendo mientras grito por el pasillo. —Dra. ¡Hamid!

En la distancia, se vuelve para mirarme, frunciendo el ceño y asintiendo con la cabeza a Barb para que siga, mientras que la enfermera que atiende sigue haciendo rodar a Stella hacia su cirugía. Miro a los dos antes de mirar mis manos.

—Le di boca a boca.

La sala se queda absolutamente quieta mientras todos procesan lo que eso significa. Ella probablemente tiene B. cepacia. Y todo es mi culpa.

—Ella no estaba respirando —le digo, tragando—. Tuve que hacerlo. Lo siento mucho.

Miro hacia arriba, a los ojos de Barb, y luego a la Dra. Hamid.

—Lo hiciste bien, Will —dice, asintiendo, tranquilizándose—. Salvaste su vida, ¿de acuerdo? Y si ella contrajo a B. cepacia, nos ocuparemos de ello.

Ella mira a Barb, luego a Julie y luego a mí.

—Pero si no usamos esos pulmones, se desperdiciarán. Igual llevaremos a cabo la

cirugía.

Se van, y lentamente me vuelvo a hundir en la camilla, el peso de todo presionando todo mi cuerpo. El agotamiento llena cada parte de mí. Me estremezco, mi caja torácica duele por el frío. Me encuentro con los ojos de mi madre mientras Julie pone la máscara de Oxígeno de nuevo en mi boca, observando cómo mi madre se estira suavemente para acariciar mi cabello como lo hacía cuando era más joven.

Cierro los ojos, inhalando y exhalando, y dejo que el dolor y el frío den paso al sueño.



Echo un vistazo a mi reloj. Cuatro horas. Han pasado cuatro horas desde que la llevaron de vuelta.

Sacudiendo mi pierna nerviosamente, me siento en la sala de espera, mirando ansiosamente por la ventana a la nieve. Me estremezco a pesar de mí mismo, reviviendo la helada sensación del agua de hace unas horas. Mi madre sigue intentando que vuelva a mi habitación, que me arrope más, pero quiero estar aquí. Necesito estar aquí. Lo más cerca que puedo de Stella.

Alejo los ojos de la ventana y escucho pasos cada vez más cerca. Mirando por encima, veo a la madre de Stella sentada en la silla a dos metros y medio de la mía, con una taza de café en las manos.

—Gracias —dice finalmente, sus ojos se encuentran con los míos—. Por salvar su vida.

Asiento, arreglando la cánula de mi nariz, el oxígeno silbando ruidosamente.

—Ella no estaba respirando. Cualquiera habría...

—Me refiero a los pulmones —dice, sus ojos viajando a la ventana—. Su padre y yo, simplemente no podíamos... —Su voz se desvanece, pero sé lo que está diciendo. Sacude la cabeza y mira el reloj que cuelga sobre las puertas del quirófano—. Solo unas pocas horas más.

Le sonrío.

—No se preocupe. Ella estará fuera haciendo un «Plan de recuperación de trasplante de pulmón de treinta y ocho pasos» en cualquier momento.

Ella se ríe, y un cómodo silencio se asienta sobre los dos hasta que sale para almorzar.

Me siento solo, todavía nervioso, alternando entre mandar mensajes de texto a Jason y Hope y mirar fijamente la pared, imágenes de Stella girando alrededor de mi cabeza, momentos separados de las últimas semanas saltando hacia mí.

Quiero dibujarlo todo.

El primer día que nos conocimos, Stella con su improvisado traje de materiales

peligrosos, la cena de cumpleaños. Cada recuerdo máspreciado que el siguiente.

Las puertas del ascensor se abren, y Barb, como si hubiera escuchado mis pensamientos, emerge con una gran cantidad de mis materiales de arte.

—Mirar a la pared puede ser un poco aburrido después de un tiempo —dice, entregándomelo todo.

Me río. Vaya si no es verdad.

—¿Alguna noticia? —le pregunto, desesperado por saber cómo va la cirugía. Pero, más importante, los resultados del cultivo. Necesito saber que no contagié a Stella con B. cepacia. Que esos pulmones le den el tiempo que ella quiere.

Barb sacude la cabeza.

—Nada todavía. —Mira hacia las puertas del quirófano, respirando profundamente—. Te lo diré en cuanto escuche algo.

Abro la primera página en blanco de mi cuaderno de bocetos y empiezo a dibujar, los recuerdos cobran vida de nuevo ante mis ojos. Poco a poco, llega el mediodía, la puerta se abre de golpe cuando los padres de Stella regresan, Camila y Mya se arrastran unos metros detrás, los contenedores de comida de la cafetería apilados en las manos de todos.

—¡Will! —dice Mya, corriendo para darme un abrazo con un solo brazo, con cuidado de no dejar caer su comida. Intento no hacer una mueca, mi cuerpo todavía está débil por la noche anterior.

—No sabíamos lo que querías, así que te trajimos un sándwich —dice Camila mientras se sientan en las sillas a mi lado, la mamá de Stella abre su bolso para sacar una bandeja envuelta en plástico.

Sonrío agradecido, mi estómago gruñendo su agradecimiento.

—Gracias.

Levantando la vista de mi dibujo, los veo a todos mientras comen, hablando sobre lo que Stella hará ahora, sus palabras rebosan de amor por ella. Ella es el pegamento que los mantiene a todos juntos. Sus padres. Camila y Mya. Cada uno de ellos la necesita.

Alejo mis ojos y dibujo, cada página llena con otra imagen de nuestra historia.

Las horas nadan juntas: Camila y Mya se van, Barb y Julie van y vienen, pero sigo dibujando, deseando que cada pequeño detalle sea recordado por siempre. Miro a sus padres, a su madre dormida rápidamente en el pecho de su padre, sus brazos envueltos protectoramente a su alrededor mientras sus ojos se cierran lentamente.

Me sonrío a mí mismo. Parece que Stella no es la única que tiene una segunda oportunidad hoy.

Las puertas del quirófano se abren, y la Dra. Hamid viene con una pequeña comitiva de cirujanos.

Mis ojos se abren y me estiro, despierto a sus padres, y todos nos paramos, estudiando sus caras con ansiedad. ¿Lo logró? ¿Se encuentra bien?

La Dra. Hamid se baja la mascarilla quirúrgica, sonriendo, y los tres suspiramos aliviados.

—Se ve muy bien —dice uno de los cirujanos.

—¡Oh, gracias a Dios! —La mamá de Stella le da un fuerte abrazo a su papá. Me río con ellos, todos nosotros eufóricos. Stella lo logró.

Stella tiene nuevos pulmones.



Me tumbo en mi cama, absolutamente agotado, pero más feliz de lo que nunca he estado. Mirando hacia arriba, me encuentro con la mirada de mi madre mientras se sienta en una silla junto a mi cama.

—¿Tienes calor suficiente? —me pregunta por millonésima vez desde que regresó al hospital. Miro mis dos capas de pantalones de chándal y tres capas de camisas que me pongo para calmarla, con una sonrisa en mi cara.

—Estoy prácticamente sudando en este momento. —Tiro del cuello de mi sudadera con capucha.

Llaman a la puerta y Barb se asoma, mirándome a los ojos mientras sostiene una hoja llena de resultados de las pruebas. Estoy paralizado, sus ojos no están revelando nada de lo que estoy a punto de escuchar.

Se detiene, apoyándose contra la puerta mientras escanea el papel.

—Los cultivos bacterianos tardarán unos días en salir, y aún existe la posibilidad de que crezca en su esputo. Pero para este momento... —Me sonrío, sacudiendo la cabeza—. Ella está limpia. No lo contrajo. No sé cómo demonios, pero no la contrajo.

Oh Dios mío.

Para este momento, está libre de B. cepacia.

Para este momento, eso es suficiente.

—¿Qué pasa con Will? —pregunta mi madre detrás de mí—. ¿La cevaflomalina?

Me encuentro con la mirada de Barb, una mirada de comprensión pasa entre nosotros. Ella traga, mirando de nuevo los papeles que tiene en la mano, resultados de una prueba de la que ya sé la respuesta.

—No está funcionando, ¿verdad? —pregunto.

Deja escapar un largo suspiro y sacude la cabeza.

—No. No lo hace.

Oh, mierda.

Intento no mirar a mi madre, pero puedo sentir la angustia en su rostro. La tristeza. Extiendo la mano y la tomo, apretándola suavemente. Por primera vez, creo que en realidad estoy tan decepcionado como ella.

Miro a Barb con remordimiento.

—Lamento mucho todo esto.

Ella sacude la cabeza y suspira.

—No cariño... —Se aleja, encogiéndose de hombros y sonriéndome débilmente—. El amor es el amor.

Barb se va y sostengo la mano de mi madre mientras ella llora, sabiendo que hizo todo lo que podía hacer. No es culpa de nadie.

Finalmente se queda dormida, y me siento en una silla junto a la ventana, mirando mientras el sol se pone lentamente en el horizonte. Las luces en el parque que Stella nunca pudo ver encenderse mientras otro día termina.



Me despierto en medio de la noche, inquieto. Deslizándome en mis zapatos, me escabullo de mi habitación, dirigiéndome al primer piso, a la sala de recuperación donde duerme Stella. La observo desde la puerta abierta, su pequeño cuerpo conectado a grandes máquinas que hacen el trabajo de respirar por ella.

Ella lo logró.

Inhalo, dejando que el aire llene mis pulmones lo mejor que puede, la incomodidad tirando de mi pecho, pero también siento alivio.

El alivio de que Stella se despierte en unas pocas horas a partir de ahora y tenga al menos cinco años maravillosos más, llenos de lo que su lista de tareas tenga en ella. Y tal vez, si se siente intrépida, algunas cosas que no están allí, como ir a ver algunas luces navideñas a la una de la mañana.

Cuando exhalo, sin embargo, siento algo más. Una necesidad de mantener todos esos años a salvo.

Aprieto mi mandíbula, y aunque todo en mí quiere luchar, sé exactamente lo que tengo que hacer.



Miro alrededor de la habitación al pequeño ejército que he reunido. Barb, Julie, Jason, Hope, Mya, Camila, los padres de Stella. Es el equipo más raro que he visto, parado allí, mirando las cajas colocadas en mi cama, cada una de ellas con un papel separado, pero

importante. Sostengo mi dibujo, mostrando el intrincado plan en el que pasé la mayor parte de la mañana trabajando, cada detalle se explica perfectamente y coincide con una persona y una tarea diferentes.

Stella estaría orgullosa.

Escucho la voz de mi madre desde el pasillo, fuerte y firme, y haciendo su parte como ella lo hace.

Me estremezco, pensando cuando usa ese tono en mí.

—Así que —digo, mirándolos a todos—. Tenemos que hacer esto juntos.

Mis ojos se posan en Hope, que limpia una lágrima mientras Jason la abraza. Miro hacia otro lado, a Julie, a Camila y Mya, a los padres de Stella.

—¿Están todos dentro?

Julie asiente con entusiasmo, y hay un coro de acuerdos. Entonces todos miran a Barb, que está en silencio.

—¡Oh, infierno sí! Estoy dentro. Definitivamente estoy dentro —dice, sonriendo, los dos en la misma página por primera vez, probablemente, la única vez.

—¿Cuánto tiempo estará sedada Stella? —Le pregunto.

Ella mira su reloj.

—Probablemente unas horas más. —Sus ojos escanean todas las cajas, la lista de cada una de nuestras tareas—. Tenemos *suficiente* tiempo.

Perfecto.

Empiezo a repartir las cajas, emparejando a cada persona con su trabajo.

—De acuerdo, Camila y Mya —les digo, dándoles su lista de tareas y caja conjunta—. Ustedes dos van a trabajar con Jason y Hope en el...

Mi mamá termina su llamada, asomando su cabeza en la habitación.

—Está hecho. Dijeron que sí.

¡SÍ! Sabía que ella podía hacerlo. Sacudo la cabeza.

—A veces realmente asustas, ¿lo sabías? —Me devuelve la sonrisa.

—He tenido una buena práctica.

Reparto el resto de las cajas, y todos se dirigen al pasillo para comenzar a preparar todo. Mi madre se queda atrás, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Necesitas algo?

Sacudo la cabeza.

—Estaré ahí pronto. Hay una cosa más que necesito hacer primero.

La puerta se cierra y me dirijo a mi escritorio, poniéndome unos guantes de látex y sacando mis lápices de colores. He estado atrapado en el mismo dibujo. Un dibujo de Stella, dando vueltas en ese estanque helado, momentos antes de que le dijera que la amaba.

Sigo intentando acertar cada pequeño detalle. La luz de la luna brillando en su rostro. Su cabello arrastrándose detrás de ella mientras gira. Pura alegría llenando cada característica.

Las lágrimas llenan mis ojos mientras miro el dibujo, y los quito con mi brazo, sabiendo que, por una vez, estoy haciendo lo correcto.



Me paro en la puerta de Stella otra vez, observando el constante ascenso y descenso de su pecho vendado, sus nuevos pulmones funcionando perfectamente. El panda, ahora seco, está metido de manera segura debajo de su brazo, su cara está tranquila mientras duerme.

La amo.

Solía estar siempre buscando algo. Buscando desde cada azotea algo que me diera un propósito.

Y ahora lo he encontrado.

—Se está despertando —dice su papá cuando Stella comienza a moverse.

Levanto la vista cuando su madre cruza la habitación, sus ojos empiezan a llorar mientras me mira.

—Gracias, Will.

Asiento mientras alcanzo mi bolsa con una mano enguantada y saco un paquete envuelto.

—¿Le daría esto cuando se despierte?

Su mamá lo toma y me da una pequeña y triste sonrisa.

Luego miro a Stella una vez más mientras sus párpados comienzan a aletear. Quiero quedarme. Quiero quedarme en esa puerta, y justo a su lado. Incluso si siempre está a dos metros de distancia.

Tres metros, incluso.

Pero precisamente por esa razón, exhalo, y con todo en mí, me giro y me alejo.



A DOS METROS

Rachael Lippincott, Mikki Daughtry



CAPÍTULO XXIX

Stella

Abro mis ojos.

Miro al techo, todo se enfoca, el dolor de la cirugía se extiende todo mi cuerpo.

Will.

Intento mirar alrededor, pero estoy demasiado débil. Hay gente aquí, pero no lo veo. Intento hablar, pero no puedo por el ventilador.

Mis ojos se posan en el rostro de mi madre y ella levanta un paquete. —¿Cariño?— me susurra mi mamá, tendiéndomelo—. Esto es para ti. ¿Un presente? Eso es extraño.

Lucho por abrir el papel, pero mi cuerpo está débil. Se inclina para ayudarme a desvelar un cuaderno de bocetos negro en el interior, las palabras en el frente que leen.

A DOS METROS DE TI.

Es de Will.

Hojeo las páginas, mirando dibujos animados tras dibujos de nuestra historia, los colores saltando sobre mí. Yo sosteniendo el panda, los dos parados a cada lado del taco de billar, flotando bajo el agua, la mesa llena en su fiesta de cumpleaños, dando vueltas y vueltas en el estanque helado.

Luego, en la última página, los dos. En mi pequeña mano de caricatura hay un globo, la parte superior estalla y cientos de estrellas salen de él, rodando a través de la página hacia Will.

Sostiene un pergamino y una pluma, las palabras «Lista maestra de Will» escritas en él.

Y abajo, un solo artículo.

1: Amar a Stella por siempre.

Sonrío y miro alrededor todas las caras en la habitación. Entonces, ¿por qué no está aquí?

Julie da un paso adelante, apoyando un iPad en mi regazo. Frunzo el ceño, confundida.

Ella presiona reproducir.

—Mi bella, mandona Stella —dice Will, su rostro aparece en la pantalla, su cabello es su habitual y encantador desorden, su sonrisa tan desequilibrada como siempre.

—Supongo que es cierto lo que dice ese libro tuyo: el alma no sabe nada de tiempo. Estas últimas semanas me durarán para siempre. —Respiró hondo, sonriendo con esos ojos azules—. Lo único que lamento es que nunca pudiste ver tus luces.

Miro hacia arriba, sorprendida, mientras las luces en mi habitación se apagan de repente. Veo a Julie de pie junto al interruptor.

De repente, el patio exterior de la ventana de la sala de recuperación está en llamas, todo el espacio lleno con las luces parpadeantes del parque, girando alrededor de las farolas y los árboles. Jadeo cuando lanzan un brillo en mi habitación. Barb y Julie mueven la cama, la hacen rodar hasta la ventana para que pueda ver.

Y allí, al otro lado del cristal, de pie bajo un dosel de esas hermosas luces, está Will.

Mis ojos se abren cuando me doy cuenta de lo que está pasando.

Él se está yendo. Will se va. Agarro las sábanas mientras un dolor diferente se hace cargo.

Él me sonrío, mira hacia abajo y saca su teléfono. Detrás de mí, mi teléfono empieza a sonar. Julie me lo trae, poniéndolo en altavoz. Abro la boca para hablar, para decir algo, para decirle que se quede, pero no sale nada.

El tubo del ventilador silba.

Intento decirle de alguna manera a través de mi mirada que no se vaya. Que lo necesito.

Él me da una leve sonrisa, y veo las lágrimas en sus ojos azules.

—Finalmente, te tengo sin palabras —dice, su voz saliendo del teléfono.

Levanta la mano y la pone contra el cristal de la ventana. Levanto débilmente la mía, apoyándola sobre la suya, el vidrio es lo último que nos mantiene separados.

Quiero gritar.

Quédate.

—La gente en las películas siempre dice: «Tienes que amar a alguien lo suficiente como para dejarlo ir». —Sacude la cabeza, tragando, luchando por hablar—. Siempre pensé que era una tontería. Pero verte casi morir...

Su voz se desvanece, y mis dedos se enroscan contra la ventana fría, queriendo romperla, pero apenas puedo manejar un golpe.

—En ese momento nada más me importaba. Nada. Excepto tu vida.

Él también presiona más fuerte, su voz tiembla mientras continúa.

—Lo único que quiero es estar contigo. Pero *necesito* que estés a salvo. A salvo de *mí*.

Lucha para continuar, las lágrimas corren por su rostro.

—No quiero dejarte, pero te quiero demasiado para quedarme. —Se ríe a través de sus lágrimas, sacudiendo la cabeza—. Dios, las benditas películas estaban en lo cierto.

Apoya su cabeza contra la ventana donde descansa mi mano. Puedo sentirlo, incluso a través del cristal. Puedo sentirlo.

—Te amaré por siempre —dice, levantando la vista para que estemos cara a cara, los dos en silencio viendo el mismo dolor en los ojos del otro. Mi corazón se quiebra lentamente bajo la nueva cicatriz.

Mi aliento empaña el vidrio, y una vez más levanto un dedo tembloroso, dibujando un corazón.

—¿Podrías por favor cerrar los ojos? —pregunta, con la voz quebrada—. No podré alejarme de ti si me estás mirando.

Pero me niego. Él levanta la mirada, viendo el desafío en mi cara. Pero la certeza en la suya me sorprende.

—No te preocupes por mí —dice, sonriendo a través de las lágrimas—. Si dejo de respirar mañana, debes saber que no cambiaría nada.

Lo amo. Y él está a punto de dejar mi vida para siempre para que pueda tener una vida que vivir.

—Por favor cierra los ojos —suplica, apretando la mandíbula—. Déjame ir.

Me tomo un momento para memorizar su rostro, cada centímetro, y finalmente me obligo a cerrar los ojos mientras los sollozos atormentan mi cuerpo, luchando con el ventilador.

Él se está yendo.

Will se va.

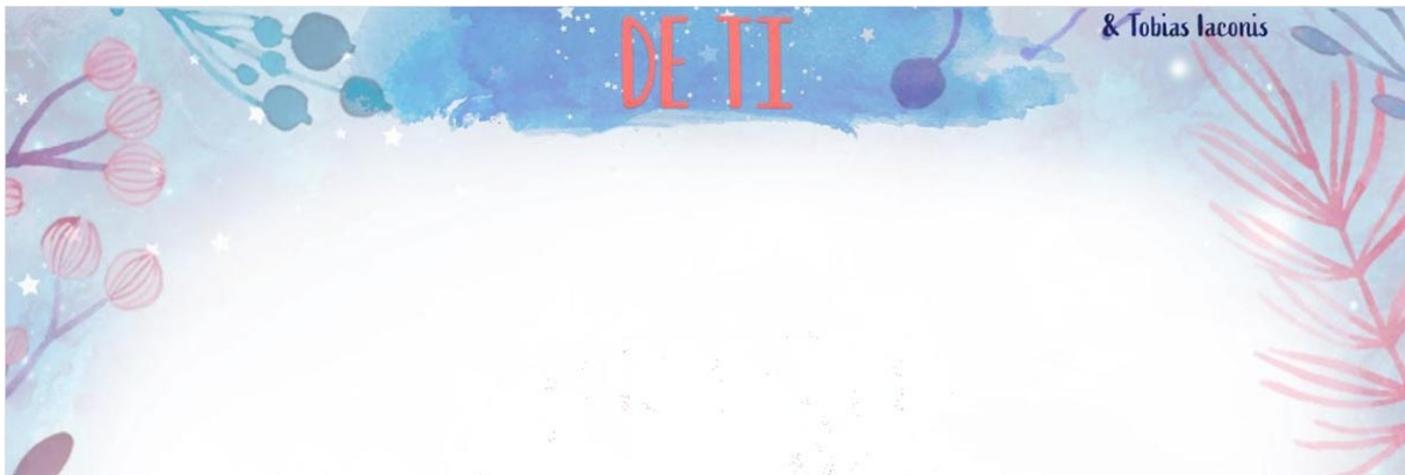
Cuando abra los ojos, se habrá *ido*.

Las lágrimas caen por mi cara cuando lo siento alejarse, mucho más allá de los dos metros que acordamos. Eso fue siempre entre nosotros.

Abro los ojos lentamente, una parte de mí aún con la esperanza de que esté al otro lado del cristal. Pero todo lo que veo son las luces parpadeantes en el patio y un auto de la ciudad en la distancia, desapareciendo en la noche.

Mis dedos se levantan, temblando, mientras toco la impresión de sus labios en la ventana. Su último beso de despedida.





Ocho Meses Después





CAPÍTULO XXX

Will

El altavoz de la terminal del aeropuerto cobra vida, una voz apagada rompe la charla de la mañana y el ruido de ruedas de maletas sobre el suelo embaldosado. Me saco uno de mis auriculares para escuchar la voz, preocupado por un cambio de puerta y por tener que cruzar el aeropuerto con un par de pulmones de mierda.

—Atención, por favor, pasajeros para el vuelo 616 de Icelandair a Estocolmo...

Coloco de nuevo mi auricular. No es mi vuelo. No iré a Suecia hasta diciembre.

Volviéndome a sentar en el sillón, abro YouTube por millonésima vez, me dirijo, como de costumbre, al último video de Stella. Si YouTube hiciera un seguimiento de los lugares individuales desde donde la ven, la policía definitivamente ya habría sido enviada a mi casa, parecería un acosador. Pero no me importa, porque este video es sobre nosotros. Y cuando presiono reproducir, ella cuenta nuestra historia.

—Toque humano. Nuestra primera forma de comunicación —dice, su voz fuerte y clara. Ella respira hondo, sus nuevos pulmones funcionan maravillosamente.

Ese aliento es mi parte favorita de todo el video. No hay lucha. Sin sibilancias. Es perfecto y suave. Fácil.

—Seguridad, comodidad, todo en la suave caricia de un dedo, o el roce de los labios en una suave mejilla —dice, y levanto la vista de mi iPad al aeropuerto lleno de gente que me rodea, la gente va y viene, pesadas bolsas a cuestas, pero, aun así, ella tiene razón. Desde los largos abrazos a la llegada hasta las tranquilas manos sobre los hombros en la línea de seguridad, incluso una pareja joven, abrazados, esperando en la puerta, el contacto está en todas partes.

—Necesitamos ese toque de la persona que amamos, casi tanto como necesitamos aire para respirar. Nunca entendí la importancia del tacto, de un toque... hasta que no pude

tenerlo.

Puedo verla. A dos metros de distancia, esa noche en la piscina, caminando para ver las luces, en el otro lado del vidrio esa última noche, siempre ese anhelo entre nosotros de cerrar la brecha.

Hago una pausa en el video para admirarla.

Ella luce... Mucho mejor de lo que nunca la vi en persona. No hay oxígeno portátil. No hay círculos oscuros bajo sus ojos.

Ella siempre fue hermosa para mí, pero ahora es *libre*. Ella está *viva*.

Todos los días aún sigo deseando no haberme ido, reviviendo el momento de alejarme, mis piernas como bloques de cemento, siendo arrastrado como un imán a su ventana. Creo que ese tirón, ese dolor, siempre estará ahí. Pero todo lo que tengo que hacer es verla así para saber que valió la pena un millón de veces.

Aparece una notificación en mi pantalla desde su aplicación, que me dice que tome mis medicamentos de media mañana. Sonrío ante el emoji de botella de pastillas bailando. Es como una Stella portátil que siempre tengo conmigo, mirando por encima del hombro y recordándome que haga mis tratamientos. Recordándome la importancia de más tiempo.

—¿Estás listo para irnos, hombre? —dice Jason, empujándome mientras abren la puerta para comenzar a abordar el avión a Brasil. Le doy una gran sonrisa, tomo mis medicinas y meto mi pastillero en mi mochila, cerrándola.

—Nací listo.

Finalmente voy a ver los lugares que he soñado.

Tengo un chequeo en cada ciudad, que fue una de las tres condiciones que mi mamá estableció antes de dejarme ir. Los otros dos eran simples. Tengo que enviarle tantas fotos como sea posible y Skype todos los lunes por la noche, no importa qué. Aparte de eso, finalmente puedo vivir mi vida como quiero. Y, por una vez, eso incluye pelear junto a ella.

Finalmente hemos encontrado un terreno común.

Me paro, respirando profundamente mientras jalo la correa de mi oxígeno portátil más arriba en mi delgado hombro. Pero el aliento queda atrapado en mi garganta casi tan pronto como inhalo. Porque a través de toda la charla y el caos del aeropuerto, justo por encima del ruido del moco en mis pulmones, escucho mi sonido favorito en el mundo.

Su risa. Tiembla como las campanas y saco mi teléfono de inmediato, seguro de haber dejado el video en mi bolsillo. Pero la pantalla está oscura, y el sonido no es diminuto o distante.

Está a solo unos metros de distancia.

Mis piernas saben que debo irme, abordar mi vuelo, seguir moviéndome. Pero mis

ojos ya están buscando. Tengo que saber

Me toma alrededor de seis segundos localizarla, y ni siquiera me sorprende que cuando lo hago, sus ojos estén directamente en los míos.

Stella siempre fue la que me encontró primero.





CAPÍTULO XXXI

Stella

—¿Qué pasó con la improvisación, Stella? Hacerlo al «Estilo Abby» —dice Mya, empujándome juguetonamente.

Levanto la vista de mi itinerario, riendo mientras lo doblo con cuidado y lo guardo en mi bolsillo trasero.

—Roma no se construyó en un día. —Les sonrío a ella y a Camila, orgullosa de mi broma sobre la Ciudad del Vaticano—. ¿Lo captas? ¿Roma?

Camila se ríe, rodando los ojos.

—Nuevos pulmones, pero no un nuevo sentido del humor.

Respiro hondo ante sus palabras, mis pulmones se expanden y contraen sin esfuerzo. Sigue siendo tan maravilloso, que casi no lo puedo creer. Estos últimos ocho meses han sido agridulces, por decir lo menos. Mis nuevos pulmones son increíbles, el dolor físico de la cirugía está dando paso gradualmente a una nueva vida. Mis padres volvieron a estar juntos y finalmente todos estamos empezando a mejorar. Como mis nuevos pulmones, no se ha arreglado todo lo que está roto. Las pérdidas de Abby y Poe son un dolor que no creo que pueda superar por completo. Al igual que sé que no importa qué, una parte de mí nunca superará a Will. Y eso está bien.

El dolor me recuerda que estaban aquí, que estoy viva.

Gracias a Will tengo mucha más vida para vivir. Mucho más *tiempo*. Aparte de su amor, fue el regalo más grande que jamás pude recibir. Y ahora no puedo creer que casi no lo aceptaba.

Miro alrededor del aeropuerto a los techos altos y los amplios ventanales, con emoción recorriendo mis venas mientras caminamos hacia la puerta 17 para nuestro vuelo a Roma.

Un viaje que finalmente puedo tomar. A la Ciudad del Vaticano y la Capilla Sixtina y la primera de tantas cosas que quiero hacer y ver. No voy con Abby, y ciertamente no voy a tachar ese único elemento en la lista de deseos de Will, pero el solo hecho de ir me hace sentir más cerca de ellos.

Me doy cuenta de que, mientras caminamos, estoy marcando el paso, Camila y Mya lo siguen de cerca. Me hubiera desmoronado por caminar tanto hace unos meses, pero ahora siento que podría seguir adelante.

—¡Todas juntas para una foto! —dice Mya cuando encontramos nuestra puerta, levantando su teléfono mientras nos apretamos, sonriendo para la cámara.

Después del destello, nos separamos y miro hacia mi teléfono para ver una foto de mi mamá de mi papá desayunando, sus huevos y tocino en forma de una cara triste con el título ¡YA TE EXTRAÑAMOS, STELL! ¡Envía fotos!

Me río, empujando a Mya.

—Oye, asegúrate de enviarla a mis padres; ya han estado pidiendo sin parar fotos de...

Mi voz se desvanece cuando veo que su boca está abierta en *shock*, y está mirando a Camila.

—¿Qué? ¿Hice eso con mi cara otra vez? —pregunta Camila, suspirando en voz alta —. No sé por qué sigo sonriendo así...

Mya levanta su mano para interrumpirla, sus ojos se mueven con urgencia a un gran grupo de personas esperando para abordar su avión, finalmente enfocándose en algo detrás de mí. Camila inhala fuertemente.

Me doy vuelta, siguiendo su mirada, los vellos en la parte de atrás de mi cuello se ponen de punta mientras mis ojos viajan por la larga fila de personas.

Mi corazón comienza a latir más rápido cuando mis ojos se posan en Jason.

Y entonces lo sé. Sé que él está allí incluso antes de verlo.

Will.

Estoy de pie, congelada en el lugar mientras él mira hacia arriba y nuestros ojos se encuentran, el azul familiar con el que he soñado durante tanto tiempo casi me derriba. Todavía está enfermo, el oxígeno portátil colgado sobre su hombro, su rostro demacrado y cansado. Es casi un dolor físico verlo así, sentir cómo se me llenan los pulmones cuando él no puede.

Pero entonces su boca se convierte en esa sonrisa torcida y el mundo se desvanece. Es Will. Es realmente él. Está enfermo, pero vivo. Ambos lo estamos.

Respiro hondo, sin obstáculos, y camino hacia él, deteniéndome exactamente a dos metros y medio de distancia de él. Sus ojos son cálidos cuando me recibe. Sin oxígeno portátil, sin dificultad para respirar, sin cánula nasal.

Soy prácticamente una Stella diferente.

Salvo por una cosa.

Le sonrío y tomo solo un paso más robado, hasta que estemos a dos metros de distancia.

FIN





ACERCA DE LOS AUTORES



Rachael Lippincott

Nació en Filadelfia y creció en el condado de Bucks, Pensilvania. Tiene una licenciatura en escritura inglesa de la Universidad de Pittsburgh. Actualmente reside en Pittsburgh, Pennsylvania, dividiendo su tiempo entre escribir y manejar un camión de comida con su pareja.

Mikki Daughtry

Es de Atlanta, Georgia. Se graduó en la Universidad de Brenau, donde estudió teatro. Ahora es guionista y vive en Los Ángeles.





Tobias Iaconis

Nació en Alemania de padre estadounidense y madre alemana. Estudió literatura inglesa en Haverford College, cerca de Filadelfia, y actualmente trabaja como guionista en Los Ángeles, donde vive con su esposa e hijo.



Notas

[1] **Mic Drop:** Un mic drop es el gesto de dejar caer el micrófono al final de un discurso en señal de triunfo. Indica en tono algo humorístico una actitud de afirmación del valor de la propia actuación, negando con el gesto al mismo tiempo que cualquier otra intervención de un oponente mereciera una ulterior respuesta. <<